

Sobre el abandono de sí mismo

Ibn ‘Atâ’ Allah al-‘Iskandari

Preámbulo

Estas son las palabras del shaij, el imám, el gnóstico, el modelo auténtico, la corona de los que están asistidos por el Conocimiento Divino, el portavoz de los teólogos, imám de su tiempo y sin par en su época, ejemplo de los antepasados y guía de sus descendientes, modelo de los iniciados y de los que tienen la certeza, Tay ad-din Abû Fal Ahmad b. Muhámmad b. Abd al-Karim b. ‘Ata’ Allah al-‘Iskandari, que Dios esté satisfecho de él, y nos haga estar satisfechos y sacar provecho de él a nosotros y a todos los musulmanes. Él es Quien escucha y responde a nuestra súplica.

Alabado sea Dios sin par en la Creación y en el Designio, tadbîr, el Único en decretar y ejecutar, Soberano sin igual. Él es el Oyente, el Vidente, sin copartícipe alguno en Su Reino, a Quien nada, grande o pequeño, se Le escapa; el Santísimo, cuya perfección no admite equivalencia posible; absolutamente Puro en Su Esencia, Incomparable; el Omnisciente, a Quien ningún pensamiento se oculta, “¿no ha de conocer todo Aquel que lo creó? Él es Quien todo lo penetra, el bien Informado” (C. LVII.14); el Sabio, cuya ciencia abarca el principio y el fin de todas las cosas; el Oyente, a Quien llegan igual las voces que los susurros; el Proveedor; que agracia a la criatura con el don de Sus alimentos; el Mantenedor; que cuida de todos los estados; el Dispensador; que da la vida a las almas por medio de la existencia; el Todopoderoso, que las hace volver tras su muerte; el Registrador; que ha de retribuirles el Día de su llegada ante Él por sus buenas y por sus malas obras.

¡Glorificado sea Él! Dios, que ejerció Su Generosidad con las criaturas antes de su existencia, las mantuvo a todas con Su sustento, Le reconociesen o Le negasen, proporcionó a todos los seres un plazo de tiempo, guardó su existencia y la del Universo con la garantía de Su Mantenimiento y se manifestó con la sabiduría de Su Ciencia en la Tierra y con la inmensidad de Su Omnipotencia en el Cielo.

Doy testimonio de que no hay otra divinidad más que Dios, Único, sin asociado, con el testimonio de un servidor que se atiene a Su Decreto y que desea someterse a lo que Él decide y ejecuta. Doy testimonio de que Muhámmad es Su servidor y Su enviado, el preferido de Sus profetas, el escogido por la Abundancia de Su Gracia y de Su Favor; el que abre y el que cierra, sin equivalente, y el intercesor de las criaturas cuando Dios las congrege para rendir cuentas. Que Dios le bendiga, así como a todos Sus profetas, a su familia y a sus compañeros que se vincularon a él, y les conceda la paz más completa.

Hermano mío, que Dios te cuente entre la gente de Su Amor y te obsequie con la realización de Su Proximidad, que te haga gustar la bebida de sus amados, te guarde, con la constancia y el estado de unión, del enfrentamiento y del alejamiento, y te conduzca hasta los servidores a los que escogió para hacerles don de sus mensajes. A los que restableció la fractura de sus corazones al hacerles saber que las mentes no pueden percibirle en las luces de Su teofanía, a

los que abrió los jardines de la Proximidad desde los que soplan en sus corazones las inspiraciones de sus aromas, les permitió contemplar la excelencia de Su Determinación, tadbîr, con ellos, y sentirse conformes con Su modo de gobernar. Descubrieron el lado oculto de la Bondad en Su Obra, al liberarse del deseo y de la obsesión por las cosas, y se sintieron plenamente conformes con Él y en Él se apoyaron para cualquier asunto, con la certeza de quien sabe que el servidor no alcanza la satisfacción más que por la satisfacción y no consigue la auténtica servidumbre más que con la plena conformidad al Decreto.

Ni son afectados por los cambios ni se sienten molestos por las adversidades. Uno de ellos ha dicho:

“El acaecer del tiempo no les arrastra,

Tienen una brida para los asuntos más graves”.

La llegada del Decreto les hace contemplar la Majestad Divina y se entregan a sus decisiones. Como dijo uno de ellos:

“Tu profundo pesar es Su Martillo

Cuando surgen ante ti las adversidades”

Quien desea llegar a Dios debe poner el asunto ante Su Puerta, aunque utilice los medios necesarios para ello. De lo que más conviene desprenderse y purificarse es del autogobierno, tadbîr[i], y del enfrentamiento a sus decisiones.

He escrito este libro para desentrañar este asunto, y a ello se refieren su título, “sobre el abandono de sí mismo”, y su contenido. A Dios Le pido que se realice sólo por Su Noble Faz, lo acepte por Su inmensa Gracia y sea provechoso tanto para la élite como para el hombre común, ¡por Muhámmad!, colmado sea de bendición y de paz. Dios, exaltado sea, hace lo que quiere y atiende todas las necesidades.

[i] Cuando el texto no lo requiera dejaremos este término, como otros, sin traducción.

Introducción

La universalidad del sufismo ha vivificado las formas del Islam desde sus orígenes hasta nuestros días. Sus principios derivan de las mismas fuentes de la Fe transmitidos y conservados a través de los mejores hombres en el conocimiento y la experiencia espiritual de la comunidad musulmana.

El término sufismo —tasawwuf— nace de una designación popular (el que se viste de lana) por la que poco a poco se fue conociendo a estos hombres, de exterior íntegro y de interior absorto, desde los primeros siglos de la era musulmana. Sus maestros sufíes han sido portadores e intérpretes de la realidad espiritual que encierra la Revelación. Con su estado y con sus palabras transmitieron como aguadores, a los hombres sedientos de la Verdad, lo que estos necesitaban para desarrollar sus posibilidades espirituales. El lenguaje, la forma y los medios que utilizaron se adaptaron a las circunstancias y condiciones que cada lugar y tiempo exigían. De ahí que aparezcan una gran variedad de métodos y de enseñanzas que son las vías, turuq (sing. tarîqa), que han caracterizado el sufismo y que han influido, a veces, sobre sociedades enteras.

Hacia mediados del S. XII, uno de estos grandes maestros, el shaij Abû-l-Hasan as-Shadilî, nacido no lejos de la actual ciudad de Ceuta, fundó una nueva comunidad sufí, la tarîqa shâdiliya. La doctrina y el método espiritual de esta nueva comunidad se extendieron de inmediato principalmente por todo el norte de África. Desde entonces esa ha sido, en sus múltiples ramas, la vía del sufismo más conocida en el occidente musulmán.

Un sufí de origen hispanomusulmán, Abû-l-‘Abbâs de Murcia, enterrado en Egipto, fue el primer sucesor del shaij Abû-l-Hasan. Aunque ambos maestros tuvieron numerosos discípulos e indiscutible reconocimiento, no dejaron apenas nada escrito de sus enseñanzas orales. La función de portavoz y de comentador de la tarîqa shâdiliya le correspondería a Ibn ‘Atâ’ Allah, discípulo y sucesor del shaij Abû-l-‘Abbâs.

Nuestro autor nació a mediados del S. XIII en Alejandría y murió en el Cairo en 1309. Se dedicó de joven al estudio de las ciencias religiosas, hecho que si en un principio le resultó, como él mismo cuenta, un obstáculo para iniciarse en el sufismo, le permitió más tarde convertirse en un maestro del sufismo y de la Ley Islámica a la vez, ocupando un puesto en la universidad religiosa de Al-Azhar para enseñar las ciencias legales, fiqh, mientras ejercía la función de guía espiritual. A diferencia de sus maestros, Ibn ‘Ata’ Allah escribió una serie de obras para difundir el mensaje con el que sus dos antecesores habían dado un nuevo impulso a los principios del sufismo. La primera de sus obras, escrita en vida aún del shaij Abû-l-‘Abbâs, fue un conjunto de aforismos, Hikarm[i], muy leídos y apreciados en los medios religiosos del Islam, que han dado lugar a numerosos comentarios[ii]. Estas breves sentencias resumen los principios de la vía espiritual con la belleza y la elocuencia de un estilo literario que se adapta

perfectamente al lenguaje de la alusión y comprensión intuitiva que la caracterizan.

Otra obra suya, el *Lata'if al-minan* (Las sutilezas de la gracia), es una 'historia' de la *tariqa shadiliya* narrada a través de la vida y los estados espirituales de los maestros anteriores.

At-tanwiru fi isqat at-tadbîr, que hemos traducido por "Sobre el abandono de sí mismo", es una obra de madurez que explica cuáles son las condiciones de la servidumbre humana ante Dios requeridas para lograr la plenitud de la realización espiritual.

Sobre la importancia de esta obra baste citar un testimonio único y sorprendente de Ibn 'Abbah de Ronda quien, en su correspondencia epistolar[iii] hace esta afirmación: "En lo que atañe a la cuestión de cuáles son las lecturas más convenientes sobre sufismo, os aconsejo el que tenéis de Ibn 'Atá' Allah, el *tanwir*; abarca el contenido de todos los demás y es de una gran claridad y concisión".

A pesar de estas palabras, empleadas por un maestro que conocía muy bien los textos más importantes del sufismo, no es fácil reconocer y apreciar a primera vista la importancia del libro.

No son los conceptos y el lenguaje religioso, como podría esperarse, un obstáculo importante para la comprensión del texto. Argumentos y ejemplos son incluso demasiado repetitivos. Más bien son la sencillez y la evidencia de los conceptos lo que puede causar un cierto desconcierto. Los maestros *shadilies* utilizan una expresión que se refiere a esto mismo: "en su facilidad está su dificultad". Indican con esas palabras que el conocimiento de la realidad más inmediata es la puerta hacia el conocimiento de la Realidad Última.

Esta sencillez o facilidad hace posible otro de los aspectos destacables del libro: la universalidad. El mismo autor señala en el preámbulo que su propósito es que resulte provechoso tanto para la élite espiritual como para el creyente común.

Entre los *sufies*, esa universalidad caracteriza el valor y el alcance de la misión espiritual de quien expone su doctrina: que no existan fisuras y que se abarquen todos los grados de comprensión posibles. A lo largo del texto, Ibn 'Ata' Allah, se refiere simultáneamente a ambos aspectos, interior y exterior, de las fuentes reveladas (Corán y Sunna). Fiel a los principios de la exégesis tradicional y sin interpretación subjetiva posible, los significados del Libro Sagrado y de la tradición profética aparecen claros e incontestables hasta el límite de la comprensión racional. Todo el texto es una prueba evidente de la ortodoxia Islámica del sufismo y de los diferentes grados de interpretación de los textos sagrados.

La forma en la que Ibn 'Ata' Allah desarrolla su argumentación es, sobre todo, 'realista'. No hace largas exposiciones doctrinales ni plantea modelos de virtud

impracticables. Su punto de partida son las necesidades y condiciones comunes a todo ser humano; su lógica, la Fe de la que todo creyente participa y con la que remonta hacia la Verdad por la vía de la servidumbre auténtica. El resultado final es la Unicidad Absoluta.

A diferencia del tardío misticismo cristiano, el autor, como todo el sufismo en general, no hace ninguna exaltación del sufrimiento o de la mortificación. La servidumbre proporciona al hombre un estado de satisfacción natural. En cualquier caso, lo que importa realmente es el estado de necesidad^[iv] cuando sirve de motor en la búsqueda de la Verdad.

El estilo literario de la obra, propio del árabe, tiene también por objeto conseguir la concentración del lector. Desarrollos concéntricos y repetitivos tratan de cerrar el paso a cualquier excusa y provocan un constante diálogo interior

El problema del Decreto Divino y de la libertad humana es uno de los que más afectan a toda religión. A pesar de que en el Islam la respuesta está implícita en el propio significado del término (entrega a la Voluntad Divina), Ibn ‘Ata’ Allah profundiza y analiza cómo se plantea ese conflicto y cuáles son los diferentes aspectos del tadbîr que seduce e ilusiona al hombre. Desde la óptica de la fe auténtica, la pérdida de esa pretensión al tadbîr aparece claramente como fuente de meditación y como método espiritual. Al mismo tiempo, el autor va señalando los principios metafísicos que resuelven las supuestas contradicciones entre Decreto y libertad humana.

La similitud aparente entre el abandono de toda afirmación del ‘yo’ y un supuesto quietismo o pasividad puede dar lugar a interpretaciones falsas. Los fundamentos de este abandono suponen un esfuerzo de concentración absoluta, una actividad interior inquebrantable y un conocimiento muy preciso de lo que exigen los principios a seguir para evitar toda distracción que conduzca al olvido de la relación íntima del hombre con su Señor. Por esa concentración y actividad se adquiere la certeza de que nada es gratuito en la Creación y el Decreto.

La argumentación del autor contrasta de raíz con la mentalidad del hombre moderno, que ha fabricado un sistema de vida artificial, se ha encerrado en una estructura mental muy compleja, pero muy limitada al mismo tiempo, y basa todo conocimiento y toda experiencia en el desarrollo de sus propias capacidades individuales, convirtiéndose así en un ser impotente para acceder a la comprensión real de los símbolos y de las realidades más evidentes que constituyen el conocimiento espiritual. Dice el autor en uno de sus aforismos: “Tu esfuerzo por lograr lo que se te ha garantizado y tu falta de interés por lo que se espera de ti, es una prueba de que la visión de tu intelecto está ensombrecida”.

“La decisión (de Dios) no es cosa tuya” (C. III.128)

Notas:

[i] Existe una excelente traducción francesa de P. NWYIA, con un estudio introductorio y un glosario de términos. *Ibn 'Ata' Allah et la naissance de la confrerie sadilite*, editada en Beirut en 1972.

[ii] Entre estos comentarios, uno de los más conocidos es el de Ibn 'Abbád de Ronda, en el S. XIV Sobre este sufí andalusí ver: Asín Palacios, *Un precursor hispano musulmán de San Juan de la Cruz en Al Ándalus* (1933), recogido en *Tres estudios sobre pensamiento y mística hispanomusulmanes*, Madrid, Riperión, 1992.

[iii] *Rasa'il as-sugrá*, "Cartas menores" . La cita que sigue se encuentra al mal de la carta XII. Sobre esta correspondencia puede verse P. NWYIA. *Ibn 'Abbid de Ronda*, Beirut, 1961.

[iv] *Rasa'il as-sugrá*, "Cartas menores" . La cita que sigue se encuentra al mal de la carta XII. Sobre esta correspondencia puede verse P. NWYIA. *Ibn 'Abbid de Ronda*, Beirut, 1961.

Capítulo 1

Sobre la necesidad de aceptar plenamente el Decreto para obtener la auténtica satisfacción y la plena servidumbre

Dios, exaltado y glorificado sea, dice: “¡No! ¡Por tu Señor! No creerán hasta que te tomen por árbitro en cualquier litigio que surja entre ellos, acepten tu decisión, sin sentir divergencia alguna en sí mismos, y queden plenamente conformes” (C. IV.65). Dice también: “Tu Señor crea y elige lo que quiere. No tienen elección posible ¡Glorificado y exaltado sea Dios, por encima de lo que Le asocian!” (C. XXVIII.68) “¿Acaso obtiene el hombre lo que desea? De Dios es esta vida y la otra” (C. LIII.24,25).

El Profeta, que Dios le bendiga y colme de paz, dijo: “Ha probado el alimento de la fe quien se siente satisfecho con Dios como Señor, con el Islam como religión y con Muhámmad como Profeta; y: sirve a Dios con satisfacción; si no eres capaz, soporta con paciencia lo que te desagrade”.

Hay otros muchos versículos coránicos y palabras proféticas que se refieren al abandono del tadbîr y la resistencia a Sus decretos, de modo bien explícito o de forma alusiva.

Se ha dicho: “La gente del Conocimiento[i] es la que no toma ninguna decisión propia”. El shaij Abû-l-Hasan as-Shadili[ii], Dios esté satisfecho de él, dijo: “Si hubiese que tomar una decisión, tomad la decisión de no tomar decisiones”; también dijo: “No elijas nada por ti mismo, elige no elegir y huye de esa elección, de tu misma huida y de cualquier cosa, hacia Dios, exaltado sea, pues tu Señor crea y decide lo que quiere”.

Del versículo ya citado antes, “¡No! ¡Por tu Señor! No creerán hasta tomarte por juez de cualquier litigio entre ellos”, se desprende que la auténtica fe no la alcanza sino quien acepta el Decreto de Dios y Su Enviado, de palabra y de hecho, aceptando (lo que Él quiera) y rechazando (lo que Él deteste), con amor o con aversión. Esto abarca someterse tanto a las cargas que Dios imponga, taklif como a lo que libremente Él disponga, tasrif; Todo creyente está obligado a sujetarse a ambos aspectos.

Los fundamentos del taklif son las órdenes y limitaciones que afectan al modo de actuar de los servidores, y los del tasrif, todo lo que Él te envía por el libre deseo de Su Voluntad. De esto se desprende que no adquirirás la verdadera fe más que por medio de ambas condiciones. Una es seguir Su Mandato, la otra, aceptar Su Deseo ineludible[iii].

Además, Él, glorificado y exaltado sea, no sólo rechaza la fe de quien no se somete, o se somete pero siente alguna divergencia sobre lo que Él decreta, sino que llega hasta el punto de jurar esto por la Señoría de Su Enviado. Se trata de

una prueba de benevolencia, de ayuda, de elección y de atención por él. No dice: “¡No! ¡Por El Señor!” Lo que ha dicho es: “¡No! ¡Por tu Señor!” No creerán hasta tomarte por juez de sus litigios. Es una confirmación del juramento y, también, un modo de reforzar a aquél por quien se jura. Él sabe, Glorificado sea, que en las almas hay un deseo oculto de dominio y de afirmación propia, tanto cuando llevan razón como cuando no la llevan. De este modo, Él hace prevalecer a Su Enviado, ya que hace de su sentencia, Su Sentencia y de su decisión, Su decisión, al ser entre sus servidores el que mejor acepta sus decisiones y sigue sus órdenes. No acepta la fe en Su Divinidad de quien no se someta a las decisiones de Su Enviado, ya que él, tal como lo describe Su Señor; “no habla por impulso del deseo sino por la inspiración que recibe” (C. LIII.3,4) y, por eso, su decisión es la Decisión de Dios y, su mandato, el Mandato de Dios. “Los que te prestan juramento se lo prestan sólo a Dios”, y aún lo refuerza más: “la mano de Dios está sobre sus manos” (C. XLVIII. 10)[iv].

Además de esto, en la expresión “¡No! ¡Por Tu Señor!” del versículo anterior; hay también otra alusión referente a la inmensidad y al valor de su misión: es el hecho de vincularle con Él, exaltado sea. Como en este otro versículo: “Kaf, ha, ya, ‘ain, sad. Es la mención de la Misericordia de tu Señor a Su siervo Zacarías” (C. XIX.1,2). También aquí Dios vincula Su Nombre al de Muhámmad, y el de Zacarías a él, para que Sus servidores sepan que hay una diferencia entre ambas revelaciones y entre ambos grados.

A Dios no Le basta con la conformidad exterior a Su arbitrio. Para convertirse en auténtico creyente exige también la ausencia de cualquier divergencia o disgusto en uno mismo con todos sus decretos, sean acordes o contrarios a los propios deseos. Las almas se sienten contrariadas debido a la ausencia de las luces y a la presencia de la alteridad, y cuando hay disidencia hay contrariedad. Al creyente no le ocurre esto, pues la luz de la fe llena su corazón, lo dilata y lo regocija. Esa luz está reforzada con la Luz del Omniabarcante y del Omnisciente, asistida por la inmensidad de Su Gracia, conforme con la llegada sucesiva de sus decisiones y dispuesta a aceptar todo lo que deba desaparecer o permanecer según Su decreto.

Has de saber que cuando Dios quiere fortalecer a alguno de sus servidores frente a lo que Él tenga decidido enviarle, le reviste de las luces de Sus Atributos y los rasgos de Sus Cualidades. Descienden en él, entonces, los decretos divinos precedidos por las luces, gracias a su Señor; no a él mismo. Él le fortalece para recibirlos y le prepara para afrontar sus sinuosidades. La llegada de las luces le ayuda a afrontar sus decretos. También puede decirse que la apertura de las facultades cognoscitivas le ayuda a hacerse cargo de los Mandatos Divinos; o que gracias a los presentes que recibe acepta el peso de las pruebas; o que por la contemplación de la excelencia de Su elección se fortalece ante los decretos; o que por el conocimiento de Su Ciencia se somete a la manifestación de Su Mandato; o que al ser consciente de que Él le ve acepta lo que le acontece; o que por la constatación de Su Belleza puede soportar la manifestación de Sus Actos; o que le conforta saber que tras la paciencia viene la satisfacción; o que sólo la desaparición de los velos le hace posible afrontar los decretos; o que sólo la

llegada de los secretos de las Disposiciones Divinas le fortalece para llevar la carga de la responsabilidad propia; o que acepta con gusto Sus Decretos gracias al conocimiento de los bienes y favores ocultos que ha depositado en ellos.

Estos son diez medios que tiene el servidor de aceptar el Decreto de su Señor y de fortalecerse cuando sobreviene. Todo esto depende de Su Gracia, que reciben aquellos que guarda la Divina Providencia.

Vamos a tratar ahora de dichas clasificaciones, de sus diversos aspectos y del valor propio de cada una.

1. “La llegada de las luces les ayuda a afrontar los decretos Divinos”.

Al llegar las luces intuitivas el servidor descubre la proximidad de Dios, glorificado y exaltado sea, y que todo procede de Él. Se da cuenta de que todo acontecimiento es un poder que tiene su Señor sobre él y un medio de probar su aceptación.

¿No has oído cómo se dirige a Su Profeta: “mantente en el Mandato de Tu Señor, estás ante Nuestros Ojos” (C. LII.48)? Es decir; o se trata de la decisión de alguien que no es Él, y te resulta penosa, o bien, se trata de la Decisión de tu Señor y es la mejor para ti. A esto se refieren estas palabras:

“Alivia mis penas

que Tú las impongas y las quieras.

No hay escape ni elección posible

para lo que Dios decide.”

Ejemplo de esto podría ser el de un hombre que entrase en una habitación a oscuras y se golpease con algo sin saber de qué se trata. Al encender la lámpara y ver que (ese objeto) es de su maestro, de su padre o de su emir; piensa que lo más correcto es dejarlo en su sitio.

2. “La apertura de las capacidades cognoscitivas les asiste para hacerse cargo de los mandatos divinos”.

Has de saber que cuando Dios impone Su decreto a uno de Sus servidores, y le concede su comprensión, es porque Él, glorificado sea, quiere facilitárselo. El conocimiento te hace volverte hacia Dios, te impulsa hacia Él y te hace apoyarte en Él. En efecto, Él, exaltado sea, dice: “Quien confía plenamente en Dios, Él le basta” (C. LXV.2) Es decir; Él le llena, le socorre y le guarda ante las perturbaciones, porque la comprensión que viene de Dios te permite descubrir el secreto de la servidumbre en ti mismo. “¿Acaso Dios no le basta a Su servidor?” (C. XXXIX.36).

En realidad cada uno de estos diez casos se refiere a alguna forma del conocimiento intuitivo; sólo son diferentes categorías del mismo.

3. “Gracias a la llegada de los presentes pueden hacerse cargo de las pruebas”.

Los presentes que Dios te ha concedido con anterioridad te hacen darte cuenta de cómo Él te asiste para sobrellevar Sus decretos. Igual que Él te dio lo que tú deseabas, acepta ahora lo que Él desea. “Cuando os llega un infortunio vosotros ya habíais infligido (al enemigo) el doble” (C. III.165). Dios les hace olvidar; con un nuevo infortunio, los presentes que obtuvieron anteriormente. La llegada de las pruebas, para los próximos[v], va unida al descubrimiento de una gran recompensa que les alivia y hace que la prueba en sí les resulte insignificante. Además de la confirmación y la calma que, gracias a esto, llega a sus corazones.

Hasta tal punto saborean las sutilezas de la Bondad Divina y los efectos de sus favores, que alguno de los Compañeros del Profeta, Dios esté satisfecho de ellos, llegó a decir en una de sus enfermedades: “Acentúa Tu enojo”.

Un gnóstico cuenta que se puso enfermo y su deseo era que siguiese la enfermedad, por la asistencia divina que traía consigo y la presencia que sentía del mundo invisible. Hablar de esto es un tema aparte.

4. “La contemplación de la excelencia de Su Elección les fortalece para hacerse cargo de Sus decretos”.

Cuando el hombre contempla la excelencia de lo que Dios quiere para él, descubre que no busca el sufrimiento de Su servidor. “Él es Misericordioso con los creyentes” (C. XXXIII.43). Por eso el Enviado de Dios, sea con él la plegaria y la paz, al ver a una mujer que llevaba a su hijo con ella, dijo:

“– ¿Creéis que esta mujer podría arrojar a su hijo al fuego?

– No, Te contestaron.

– Pues Dios es más Misericordioso con los creyentes que esta mujer con su hijo”, añadió.

No obstante, Él, exaltado sea, decreta para ti los sufrimientos cuando de ellos pueden extraerse una gracia y unos beneficios espirituales. ¿No dice Dios: “a los pacientes se les concederá una recompensa sin medida” (C. XXXIX.10)? Si Dios concediese a los hombres capacidad para elegir libremente, quedarían privados de Su Favor y les resultaría un impedimento para entrar en Su Paraíso. Alabado sea por la excelencia de Su Elección. “Quizás aborrezcáis algo que sea un bien para vosotros y deseéis otra cosa que os perjudica (C. II.216).

Un padre compasivo puede llevar a su hijo al cirujano, pero no es para hacerle sufrir. Igualmente, el médico te aconseja, para curarte, que te sometas a una cauterización aunque sea dolorosa. Si aceptase lo que tú prefieres no podría

curarte; si no te hace caso, es porque sabe que sólo así puede hacerlo. Este rechazo es en realidad un favor. Ocurre lo mismo con la madre que no deja comer demasiado a su hijo por temor a que le haga daño. Por eso el shaij Abû-l-Hasan, Dios tenga misericordia de él, dice: “Cuando Dios, glorificado sea, te priva de algo, no lo hace por avaricia, sino porque privarte de ello es una misericordia para ti”.

La privación por parte de Dios es un don, pero no comprende el don, por medio de la privación, más que el hombre auténticamente sincero. Ya lo hemos tratado en otro libro: “Que te alivie del sufrimiento de la prueba saber que es Él Quien te la envía. Aquél de Quien te llegan los decretos es El que mejor decide por ti” [vi].

5. “Gracias al conocimiento de Su Ciencia les hace llevar con paciencia la manifestación de Su Mandato”.

El conocimiento que tiene el servidor de que Dios le asiste al mismo tiempo que le prueba, le descarga de las penas que le sobrevienen. ¿No dice Él, exaltado sea: “Mantente en el Mandato de tu Señor, estás ante Nuestros Ojos”? Es decir; soporta la oposición y el desmentido que sufres, ¡Oh Muhámmad!, por parte de los incrédulos Quraysh[vii], pues Nós sabemos bien lo que te ocurre.

Hay una conocida historia de un hombre al que le dieron noventa y nueve golpes sin que se quejara pero, cuando recibió el que completaba los cien, se quejó. Le preguntaron el por qué y contestó: “Aquél por causa de quien me golpeaban se encontraba en el corro (de los que presenciaban el castigo) durante los noventa y nueve golpes, pero cuando se apartó, sentí el dolor”.

6. “Gracias a la constatación de Su Belleza pueden soportar la manifestación de Sus Actos”.

Quiere decir que Dios, exaltado y glorificado sea, se muestra a Su servidor cuando éste va a Su encuentro para poder vencer las pruebas, y le libra de las amarguras haciéndole gustar la dulzura de Su aparición. Esto puede incluso hacerle perder el sentido del dolor. Te basta con lo que Dios ha dicho a este respecto: “Cuando ellas le vieron, quedaron maravilladas y se cortaron sus manos” (C. XII.31)[viii].

7. “Son capaces de aceptar el Decreto porque saben que tras la paciencia viene la satisfacción”.

Es decir; quien soporta con paciencia los Decretos Divinos, consigue la satisfacción de Dios. Por consiguiente, aguantando Sus Ardores se logra Su Satisfacción, como un medicamento amargo que cura.

8. “Gracias a la desaparición de los velos aceptan Su Decreto”.

Cuando Dios, exaltado sea, quiere descargar a uno de sus siervos de las penalidades que puedan ocurrirle, descorre el velo de la visión de su corazón para que vea Su proximidad. La intimidad de la proximidad le hace perder entonces el sentido del dolor. Si Dios manifestase Su Belleza y Su Plenitud a los condenados al Fuego les haría olvidarse del castigo; igualmente, si Él Se velase a la gente del Paraíso no les resultaría agradable la gracia.

El castigo no es más que la existencia del velo, y las diferentes clases de castigo son sus modalidades. La gracia no es más que la manifestación y la teofanía, las diversas clases de gracia son sus modalidades.

9. “La aparición de los secretos de la Resolución Divina les fortalece para llevar la carga de la responsabilidad humana”.

La responsabilidad es algo penoso para el servidor: acatar las órdenes, evitar las faltas, aceptar los decretos y agradecer los beneficios. Son cuatro cosas: virtud, pecado, beneficio y prueba. No hay nada más.

Cada uno de estos cuatro casos tiene unas obligaciones con Dios correspondientes al estado de servidumbre respecto a La Señoría. En la virtud estás obligado a reconocer el favor que Él te ha concedido con ella; en el pecado, estás obligado a pedir perdón por la falta que has cometido; en la prueba, estás obligado a llevarla con paciencia; y en el beneficio, estás obligado a darle gracias. El conocimiento te descarga de estar pendiente de tales obligaciones.

Cuando comprendas que la obediencia es un don que Él te ha hecho, sabrás mantenerte en ella. Cuando comprendas que persistir en la desobediencia, primero provoca una sanción divina y, después, hace perder la luz de la fe, entonces, te apartarás de ella. Cuando comprendas que la paciencia te reporta Sus frutos y te procura Su Bendición, te esforzarás y te mantendrás en ella fácilmente. Cuando comprendas que el agradecimiento conlleva un aumento de gracia según Él ha dicho: “Si sois agradecidos, recibiréis aún más (C. XIV.7), conseguirás fortalecerte sin esfuerzo en él.

En la parte final del libro trataremos sobre esto con más detalle, si Dios quiere.

10. “Gracias al conocimiento de la bondad y del beneficio oculto depositado en Su Decreto pueden afrontar las dificultades”.

Las adversidades que Dios ha dispuesto encierran beneficios ocultos: “Quizás aborreczáis algo que sea preferible para vosotros” (C. II.216). El Profeta, sobre él sea la paz, ha dicho: “El Paraíso está cercado de adversidades y el Fuego [del infierno] de deseos”.

Las pruebas, los dolores y las privaciones son secretos de beneficios ocultos que sólo penetran quienes están dotados de visión interior. ¿No ves cómo se apaga, se humilla y se constriñe el alma cuando aparecen las pruebas? Las pruebas producen un estado de humildad, y con este estado de humildad llega el

Socorro. “Os hemos socorrido victoriosamente en Badr mientras os sentáis abatidos” (C. III.126). Comentar con extensión estas palabras nos haría salirnos del tema de este libro.

Volvamos de nuevo al versículo: “¡No! ¡Por tu Señor! No creerán hasta que te tomen por árbitro entre sus litigios, sin quedarles objeción alguna sobre lo que decidas, y estén plenamente conformes”.

Hay tres situaciones posibles: antes de recurrir al arbitraje, en el momento de hacerlo y después del arbitraje. Antes de recurrir al arbitraje el estado de servidumbre consiste en el hecho de recurrir a él. En el momento del arbitraje, y después de él, el estado de servidumbre es la ausencia total de discrepancia sobre sus decisiones.

Podría objetarse que esto ya se desprende de las palabras, “hasta que te tomen por árbitro”, pero no todo el que toma por árbitro está libre de objeción. A veces se acepta el arbitrio exteriormente pero queda un sentimiento de contrariedad. Además del arbitraje, debe desaparecer toda objeción y existir una plena conformidad.

Ahora bien, podría decirse que si no existe objeción es porque ya se está plenamente conforme pero, entonces, ¿qué sentido tiene añadir y “estén plenamente conformes”, cuando ya se ha dicho que no les queda objeción? El sentido de esto es que las palabras de Dios “y estén plenamente conformes”, se refieren a todos sus asuntos. Si se dijese que esto ya está incluido en el hecho de aceptar el arbitrio, habría que responder que ese arbitrio no es de carácter general, pues sólo se refiere a una parte de sus asuntos, los que precisa el texto: “entre sus litigios”.

Es decir que este versículo tiene tres niveles: primero, aceptar el arbitrio sobre las divergencias que se presentan con los demás; segundo, abandonar cualquier objeción al respecto de la sentencia; tercero, la plena conformidad, no sólo con la sentencia sobre los litigios que surjan entre ellos, sino también en todo lo que surja en uno mismo. ¡Date cuenta! Primero es lo general, luego, lo particular[ix].

“Tu Señor crea lo que quiere y elige. Ellos no tienen elección posible. Glorificado y exaltado sea Dios por encima de lo que Le asocian”. Este versículo también tiene varias aplicaciones. “Tu Señor crea lo que quiere y elige”, implica que el servidor debe prescindir del tadbîr junto a Dios, pues Él crea lo que quiere y decide lo que quiere. Quien no tiene capacidad de crear no la tiene tampoco de decidir:

“¿Acaso Quien es capaz de crear es como quien no puede hacerlo? ¿No os dais cuenta?” (C. XVI.17). También implica que Él elige con total independencia y que Sus actos no dependen de la necesidad ni del constreñimiento, sólo a Él corresponden la Voluntad y la Elección. Por este motivo el servidor debe dejar de decidir y de elegir frente a Dios. Lo que es propio de Él a ti no te corresponde.

La expresión, “no tienen elección posible”, tiene dos interpretaciones: que no conviene que ellos elijan por sí mismos, pues Él es más digno de ello, y que no hay mejor bien que el que Nosotros damos o quitamos.

La última expresión, “glorificado y exaltado sea Dios por encima de lo que Le asocian”, quiere decir que Dios trasciende cualquier posibilidad de participar en Su acto de elección. Este versículo deja bien claro que quien pretende tener capacidad de elección junto a Dios es un asociador que se atribuye el estado de Señoría con su forma de comportarse aunque, en su forma de expresarse exteriormente, diga lo contrario.

El tercer versículo, “¿consigue el hombre lo que se propone? De Dios es esta vida y la otra”, contiene también una clara indicación sobre el abandono de la propia determinación. La expresión “¿consigue el hombre lo que se propone?”, indica que ni puede hacerlo ni le corresponde, ya que Dios es quien gobierna por él. Así lo confirma el resto de la frase: “de Dios es esta vida y la Otra”. Esto implica que el hombre debe abandonar toda autodeterminación frente a Dios; si a Él pertenecen esta vida y la Otra, al hombre no le corresponde decidir en ninguna de las dos. Sólo a Él, como Soberano de ambas moradas, le corresponde su gobierno, glorificado y exaltado sea.

La afirmación del Profeta, “ha gustado el alimento de la fe quien se siente satisfecho con Dios como Señor”, indica que, si no es así, el hombre no siente la dulzura de la fe ni la experimenta realmente. Su fe es sólo una imagen exterior, no algo interior; un comportamiento formal, no una cualidad real.

El símbolo de estas palabras es que el corazón, libre de las enfermedades de la distracción y de la pasión, goza de los significados de las realidades esenciales igual que los seres gozan con los sabores de los alimentos. Quien está satisfecho de Dios como Señor ha gustado el alimento de la fe porque está plenamente sometido a Él, se deja llevar por Su justo proceder; arroja su propio gobierno y se despoja de su propia determinación y elección ante la excelencia de la decisión y elección divina. Siente la dulzura de la gracia de vivir y el descanso de no actuar por cuenta propia.

Cuando se sienten satisfechos de Dios como Señor es porque Dios está satisfecho de ellos: “Dios está satisfecho de ellos y ellos están satisfechos de Él” (C. XCVIII.8). Al sentirse satisfechos con Dios, Él les hace sentir esta dulzura para que se den cuenta de la gracia que con ello les ha hecho y el beneficio que les dispensa.

No hay satisfacción sin el conocimiento, no hay conocimiento sin la luz, no hay luz sin la proximidad, y no hay proximidad sin asistencia divina.

El siervo a quien Dios le favoreció con Su asistencia obtiene el don de la gracia sin límite[x]. Al llegar el Socorro Divino, y las luces que lo acompañan, aparta de su corazón las enfermedades y dolencias. Su percepción queda sana y así capta el sabor y la dulzura de la fe, ya que la percepción y el gusto son propios del

estado de salud. Cuando el corazón está enfermo por el olvido de Dios no puede captar esto, del mismo modo que el estado febril hace sentir amargo lo dulce aunque la realidad sea lo contrario. Si el corazón se desprende de su dolencia ve las cosas tal como son: capta la dulzura de la fe y el gusto por la obediencia, así como la amargura de la separación y de la oposición.

Realizar esa dulzura de la fe implica sentir su júbilo, contemplar el favor que Dios otorga con ella e intentar preservarla y procurarla. La verdadera comprensión lleva implícita la obediencia y la contemplación del beneficio de Dios en ésta. Implica, también, percibir la amargura de la incredulidad y de la transgresión, rechazarlas y evitarlas. Conduce, en definitiva, a dejar el pecado y la inclinación que se siente por él.

Ni puede dejar de pecar el que se siente inclinado a ello, ni todo el que deja de pecar deja de sentir tal inclinación. Sólo se puede conseguir esto cuando la luz de la visión intelectual hace descubrir que la transgresión y el olvido de Dios son un veneno mortal para el corazón; de ahí la aversión que el corazón del creyente siente por la transgresión, como tú sientes aversión por un alimento envenenado.

El hadiz añade luego: “y está satisfecho con el Islam como religión”. Quien está satisfecho con el Islam como religión lo está con lo que satisfaga y prefiera Su Señor. Él afirma, exaltado sea: “La religión de Dios es el Islam” (C. III.19), “quien siga otra religión distinta al Islam no se le tendrá en cuenta” (C. III.85) y “Dios ha escogido una religión para vosotros, morid como musulmanes”(C. II.132).[xi]

Estar satisfecho con el Islam como religión supone acatar sus prescripciones y respetar sus limitaciones, ordenar lo que está bien establecido y prohibir lo que resulte reprobable. Es salir en su defensa cuando aparece un hereje que trate de desvirtuarlo, usando las pruebas y argumentos que lo refuten y lo derriben.

Por último, estar satisfecho con Muhámmad como profeta exige encomendarse a él, adaptarse a su enseñanza e identificarse con sus costumbres: el desapego y la renuncia al mundo, apartarse de toda injusticia, perdonar a quien te hace daño, y otras actitudes, de palabra y de hecho, por acción y omisión, por amor o rechazo, exterior e interiormente.

Quien está satisfecho con Dios se somete a Él, quien está satisfecho con el Islam actúa de acuerdo a ello, y quien está satisfecho con Muhámmad sigue su ejemplo. No se puede tener una de estas cosas sin tenerlas todas. Es absurdo concebir que se pueda estar satisfecho con Dios como Señor y no estarlo con el Islam como religión, o estar satisfecho con el Islam y no estarlo con Muhámmad como profeta.

[i] *‘Árif bi-l-Láh, el que conoce por medio de la Gracia de Dios. A veces puede traducirse, con reservas, por gnóstico o santo.*

[ii] *Sobre el shaij Abû-l-Hasan as-Shadili ver introducción.*

[iii] *Es decir; el hombre de auténtica fe se somete, ‘voluntariamente’, a las prescripciones de la Ley Revelada que corresponden al taklif (la carga de su responsabilidad) y acepta, ‘involuntariamente’, los decretos del Destino que son propios del tasrif (el devenir constante y libre de las disposiciones divinas).*

[iv] *Este juramento fue un pacto de fidelidad que consistió en colocar la mano derecha entre las manos del Profeta.*

[v] *Los próximos, al-muqarrAbûn, término coránico, se refiere a los que gozan de la intimidad y contemplación de su señor.*

[vi] *Hikam nº 97.*

[vii] *Durante los primeros años de la Revelación el Profeta soportó el escarnio de los incrédulos sin responder a sus ataques.*

[viii] *Se refiere a la historia de José y la mujer de Putifar.*

[ix] *Es decir, esa absoluta conformidad implica primero reconocerle como árbitro en todo conflicto exterior y, finalmente, en cualquier estado interior.*

[x] *La asistencia divina es el resultado de una elección anterior a la existencia, pero sólo aparece reflejada en el momento de ésta.*

[xi] *No hay que olvidar que “Islam” significa entrega a Dios*

Capítulo 2

Las estaciones de la Certeza

Has de saber que las estaciones de la certeza son nueve: el arrepentimiento, tawba; la renuncia, zuhd; la perseverancia, sabr; el agradecimiento, shukr; el temor; jawf; la satisfacción, rida; la esperanza, raÿa; la confianza plena, tawakkul, y el amor; mahabba.

Ninguna de estas estaciones es auténtica si no se prescinde del tadbîr y de la elección frente a Dios. El que se arrepiente de sus pecados, debe arrepentirse igualmente de mantener una determinación propia junto a Su Señor; pues la determinación y la elección forman parte de los pecados capitales del corazón. El arrepentimiento significa volverse hacia Dios mediante lo que Él quiere para ti. Actuar según tu propio criterio, tadbîr, no puede satisfacerle porque es un delito de asociación a Su Señoría y una infidelidad al don de la razón[i], y Él detesta la infidelidad de Sus servidores. ¿Cómo puede considerarse auténtico el arrepentimiento de un servidor preocupado con su propia decisión en este mundo e indiferente a la perfecta atención de su Guardián?

La renuncia al mundo no es auténtica más que si uno se desprende de su propia decisión, porque a lo que debes renunciar; y en esto consiste la renuncia, es a tu propia decisión.

La renuncia puede ser de dos clases: renuncia exterior; que uno manifiesta, y renuncia interior; que se lleva consigo. La renuncia exterior se refiere a beneficios lícitos como alimentos, vestidos, etc.; la renuncia interior es la renuncia a todo poder y pretensión, lo cual implica la renuncia a la propia determinación.

La perseverancia y el agradecimiento auténticos también suponen desprendimiento del tadbîr. El que persevera evita lo que Dios no ama, y lo que Dios no ama es que tú pretendas tener capacidad de determinación frente a Él. Hay diferentes categorías de perseverancia: una consiste en cumplir con las prohibiciones y las obligaciones, otra, en prescindir de tus propias decisiones y preferencias. También podría decirse que una es saber guardar las limitaciones de la naturaleza humana, y otra aceptar las condiciones inherentes a la servidumbre. Forma parte de la servidumbre desprenderse del tadbîr frente a Dios.

El agradecimiento auténtico tampoco es posible sin el abandono de la decisión propia porque, como dice Yunayd[ii], Dios tenga misericordia de él: “El agradecimiento consiste en no ser infiel a Dios a cambio de Sus mismos favores”. Si no fuera por la razón, con la que Dios te ha distinguido al formarte y te ha concedido como modo de perfección, no podrías tener capacidad de decidir frente a Él. Ni los seres inanimados ni los animales irracionales pueden tener

capacidad de decisión, por falta de capacidad mental que examine las consecuencias y los intereses.

El temor y la esperanza también se oponen. Cuando los envites del temor asaltan el corazón le impiden que aspire a tomar decisiones propias. Si la esperanza llena el corazón, lo regocija en Dios y lo ocupa totalmente en el Quehacer Divino, ¿cómo podría, entonces, afanarse por sus propias decisiones?

Ocurre lo mismo con la confianza plena. El que se remite a Dios se desprende de su gobierno y se apoya sólo en Él para todos sus asuntos y para toda decisión, sometiéndose al curso de los acontecimientos y decretos. La relación que hay entre la pérdida del tadbîr y las estaciones de la confianza plena y de la satisfacción es más evidente que en las demás estaciones.

El amor implica estar totalmente sumergido en el Bien Amado y abandonar toda voluntad propia junto a la Suya. Esta es la esencia de lo que buscamos. El amante no tiene determinación propia ni por un instante, el amor a Dios le tiene totalmente absorto. Por eso dicen algunos: “Quien haya gustado algo del verdadero amor de Dios se despreocupa de cualquier otra cosa”.

También está claro que la satisfacción no admite tampoco el tadbîr. La satisfacción consiste en contentarse de antemano con la decisión de Dios. ¿Cómo alguien con determinación propia va a estar satisfecho con Su Decreto? ¿No sabes que la satisfacción limpia el corazón de las turbulencias del tadbîr? El que está satisfecho con Dios siente que la luz de la satisfacción en el Decreto le llena de tal modo que no le queda voluntad posible frente a Dios. Al verdadero servidor le basta la excelencia de la elección de Su Señor. ¡Tenlo en cuenta!

[i] La razón es una gracia de Dios que debe utilizarse para servirle y acercarse a Él, como se explicará más adelante

[ii] El imám Yunayd es una de las principales autoridades del sufismo. Vivió en Bagdad entre los siglos IX y X.

Capítulo 3

Principios sobre el abandono de sí mismo y de la elección propia

Has de saber que hay una serie de principios que conducen al abandono de sí mismo y de la elección propia:

1. Tomar conciencia de la anterioridad de lo que Dios ha determinado a tu respecto. Es decir; darte cuenta de que Dios era para ti antes de que tú fueses para ti mismo. Él se encargó de ti antes de tu existencia, sin que tú intervinieras para nada en lo que Él decidía. De la misma manera, Él, glorificado y exaltado sea, tiene la capacidad de decidir por ti después de tu existencia. Sé con Él como fuiste con Él, Él es ahora para ti como lo fue siempre.

Por eso dijo Husayn al-Hallaÿ[i]: “Sé conmigo tal como eras cuando yo no era”. Pidió a Dios que se encargase de él, después de su existencia, igual que se encargó de él antes de ella. Antes de existir el servidor estaba ya condicionado en la Omnisciencia Divina sin que allí tuviese existencia. Su pretensión a decidir por sí mismo es lo que provoca su desamparo.

Tal vez te preguntes: “Si no tenía, en ese momento, el servidor existencia alguna, ¿cómo pudo Dios ocuparse de él?” Debes darte cuenta de que las cosas existen en la Omnisciencia Divina aunque no tengan existencia en sí mismas y, por el hecho de existir en Su Omnisciencia, a Dios, exaltado sea, le corresponde determinarlas. Este es un asunto de gran profundidad que debe tratarse más detenidamente.

COMENTARIO

Has de saber que Dios se hace cargo de ti en todos tus estadios hasta hacerte salir a la manifestación. Con la más excelente atención se preocupó por ti el Día de los decretos, ÿawma-l-maqádir, el día de “¿No soy Yo vuestro Señor? Sí, respondieron” (C. VII.172)[ii]. Gracias a la excelencia de Su tadbîr contigo en ese momento, Él te hizo conocerle y tú Le reconociste, Él Se te manifestó y tú diste testimonio de Él, te interrogó, te inspiró el reconocimiento de Su Señoría y tú Le identificaste. Te colocó como esperma contenido junto a la región lumbar. Allí siguió haciéndose cargo de ti, pues te guardó a lo largo de todo el tiempo transcurrido desde tus padres hasta tu padre Adán. Te arrojó luego en el útero de la madre haciéndose cargo de todo lo que necesitabas; dispuso el útero para recibirte como una tierra en la que crecieses y como un cobijo en el que pudiera desarrollarse tu vida. Luego unió las dos aguas y con ambas te constituyó. Fuiste hecho de ambas, porque la Sabiduría Divina quiere que toda la existencia esté formada a partir del misterio del apareamiento. Después, de ese esperma, te convirtió en un coágulo preparado para lo que Él quiso transformarlo. De coágulo te convirtió en embrión y, en el embrión, Él, glorificado y exaltado sea, trazó tu forma y erigió tu constitución; en él insufló el espíritu y, a continuación, te alimentó con la sangre menstrual en el vientre de la madre. Ya antes de que

salieses a la existencia te ha procurado los medios de subsistencia. Te mantuvo aún en el vientre de la madre hasta que tus órganos se fortalecieron y estuviste preparado para salir al encuentro de lo que te ha destinado y para entrar en la morada en la que Él se te dará a conocer por Su Gracia y Su Justicia.

Cuando llegas al mundo Él sabe que tú no puedes valerte ante las dificultades de los medios de alimentación, no tienes dientes ni muelas para poder digerirlos, así que te proporcionó los pechos de una madre con una sustancia delicada que atiende la solicitud misericordiosa puesta en el corazón de la madre. Cada vez que la leche deja de fluir provocas la compasión que Él ha infundido en tu madre para que no disminuya ni se corte. Hace despertar la solicitud y el interés de tus padres para que te cuiden y brote su amor por ti. No es más que un sentimiento de ternura que Él ha colocado en ti y en los hombres, cuando son padres y madres, denominado amor; aunque en realidad no es más que Su Señoría quien te cuida y no es más que Su Cualidad Divina quien te incuba. Hace que tu padre se encargue de ti, impulsa su atención hasta tu emancipación y levanta la carga de tu responsabilidad hasta que se forma por completo el uso de la razón al llegar la pubertad.

Así llegas a la madurez sin que te prive de atenciones y favores. Alcanzas la vejez, luego te presentas y reúnes con Él, te coloca ante Él, te libra de Su Castigo, te hace entrar a la morada de la Recompensa, descorre ante ti Su Velo y te sienta en la Asamblea de Sus Amigos y Amados. Él ha dicho, glorificado sea: “Los que temen a Dios estarán entre jardines y ríos en una residencia verídica junto a un Rey Poderoso” (C. LV.54,55). ¿Puedes, acaso, agradecer Su beneficio, ni siquiera mencionar Sus favores y distinciones? Presta atención a lo que Él dice: “Cualquier beneficio que obtengáis, es de Dios” (C. XVI.53), y te darás cuenta de que no has salido ni saldrás de Su Beneficio, ni nunca estás excluido de Su Favor y de Su Don.

Si quieres encontrar un argumento, sobre el proceso de tu desarrollo, escucha lo que Él, glorificado y exaltado sea, dice: “Hemos creado al hombre de una porción de arcilla, luego le hemos asignado, como una gota de esperma, un paradero seguro; luego, del esperma hicimos un coágulo, del coágulo creamos un trozo de carne, del trozo de carne creamos unos huesos; luego hemos revestido de carne los huesos y hemos producido otra criatura. ¡Bendito sea Dios, El mejor de los creadores! Después de esto moriréis y después, el Día de la Resurrección, seréis resucitados” (C. XXIII.12,15).

Son destellos y resplandores bien evidentes, que exigen de ti ¡oh criatura! una sumisión perfecta y una entrega completa a Él, y te obligan a prescindir de tu propia determinación y a dejar de confiar en tus capacidades. De Dios es el éxito.

2. Date cuenta de que tratar de autogobernarte es un signo de ignorancia, porque desconoces lo que más te conviene. El creyente debe comprender que al abandonar su propio tadbîr logra la excelencia de Su tadbîr: “Quien se confía a Dios, Él le basta” (C. LXV.2); debe dejar que se realice Su gobierno prescindiendo del tadbîr, y preocuparse de sí mismo dejando de pensar en sí

mismo. Fíjate bien en estas palabras: “entrad a las casas por sus puertas” (C. II.189). La puerta del tadbîr de Dios contigo es prescindir de tu propio tadbîr.

3. Sabes bien que el Decreto no se realiza de acuerdo con tu tadbîr, más bien coincide muy poco con lo que tú proyectas. El hombre inteligente no levanta un edificio sin cimientos sólidos. ¿Por qué continuas realizando proyectos que el Decreto destruirá sin dejarlos concluir?

“¿Cuándo lograrás finalizar tus proyectos

Si una vez concluidos otro los destruye?”

Si tu tadbîr no concuerda con el Decreto, ¿de qué te puede servir ese tadbîr? El tadbîr sólo le corresponde a Quien tiene en Sus manos las riendas del Decreto.

Por eso dijo el poeta:

“Cuando vi cumplirse el Decreto,

sin duda ni discusión alguna,

me entregué de verdad a mi Creador

y me dejé llevar por los acontecimientos”.

4. Debes saber que Dios, exaltado sea, es el Encargado de gobernar Su Reino, desde lo más elevado a lo más bajo, tanto lo oculto como lo manifiesto. Igual que dejas en Sus manos el gobierno de Su Trono y Su Escabel, de los Cielos y de la Tierra, deja también que gobierne tu existencia como lo hace con estos mundos. Tu existencia con relación a estos mundos es forzosamente desproporcionada. Igualmente los siete Cielos y las siete Tierras, en relación con el Escabel, son como un anillo arrojado en un lugar perdido de la Tierra. El Escabel y los siete Cielos y Tierras son a su vez un anillo arrojado en un lugar perdido de la Tierra en relación con el Trono. ¿Qué serás tú, pues, en Su Reino? La importancia que te das a ti mismo y a tu tadbîr se debe a la ignorancia que tienes de Dios. El, exaltado sea, dice: “No han sabido valorar a Dios en su justa medida” (C. VI.91). Si el servidor conociese a Su Señor se sentiría avergonzado de su tadbîr. Estar velado de Dios es lo que te arroja en el océano del tadbîr.

Quienes poseen la certeza por la visión del corazón se ven a sí mismos como pacientes y no agentes, gobernados no gobernantes de sí mismos, en definitiva, sujetos y no autores de ningún movimiento. De igual modo los moradores de la Asamblea Suprema son testigos de la manifestación de la Omnipotencia Divina y del cumplimiento de la Voluntad Divina, la Omnipotencia por Su Decreto y la Voluntad por Su Orden. Desaparecida en ellos esa relación de causa, quedaron libres de toda pretensión gracias a la fuerza de la visión y de la concentración. Por eso Dios ha dicho: “Nós recogeremos la herencia de la Tierra y a quienes están en ella, y hacia Nós regresarán” (C. XIX.40). Excluye a los ángeles, porque

no solicitaron de Dios su propia administración ni la de su dominio de existencia; si no, habría dicho: “Nós recogeremos la herencia de la Tierra y del Cielo”. Todo lo contrario, por su relación con Él, por su temor reverencial y por la consternación que les produce Su Grandeza, no pueden recurrir a nada que no sea Él.

Del mismo modo que dejas el gobierno del Cielo y de la Tierra a Dios, deja también el de tu existencia. “En verdad la creación de los cielos y de la Tierra es mayor que la creación del hombre” (C. XL.57).

5. Eres una propiedad de Dios, y por lo tanto no puedes decidir sobre algo que es de otro. De lo que no es tuyo no debes disponer. Todo cuanto posees ioh criatura! es tuyo sólo porque Él te lo ha transferido, no porque te corresponda realmente. No es una auténtica propiedad, sólo un usufructo legítimo que se te adjudica sin ningún derecho por tu parte para que te creas su propietario real.

Es obvio que no puedes disputar a Dios, en ningún caso, Su Soberanía, y más cuando ha dicho, glorificado sea: “Dios ha comprado a los creyentes sus almas y sus bienes a cambio del Paraíso” (C. IX.111). Después de efectuado el trato el siervo no debe gobernar ni tener deseos de ello. Después de tu contrato estás obligado a la plena conformidad y a que no te quede ninguna pretensión. El tadbîr es también una violación del contrato.

Cierto día me presenté al shaij Abû-l-‘Abbas Al-Mursî[iii], Dios tenga misericordia de él, y me quejé de cierto asunto. Me dijo: “si tu alma te pertenece, haz con ella lo que quieras -aunque no podrás jamás hacerlo-, si es de Su Creador; entrégasela para que haga lo que quiera con ella. La calma interior está en someterse a Dios y prescindir de la propia determinación. Esta es la servidumbre auténtica”, añadió.

Ibrâhîm ben Adham[iv], que Dios tenga misericordia de él, cuenta: “Me quedé dormido cierta noche sin hacer mis recitaciones, wird, y sentí pesar. Después de aquello no me desperté durante tres días consecutivos para hacer mis plegarias obligatorias, lo que me causó aún más tristeza. El tercer día al despertarme oí una voz interior que recitó esto:

Todo se te perdona

salvo alejarte de Nós,

Y si te hemos perdonado,

lo que ocurra es asunto Nuestro.

Luego me dijo: ‘iOh Ibrâhîm! sé un servidor, cumple como servidor y descansa’.”

6. Has de saber que eres un invitado de Dios, ya que este mundo es la casa de Dios, y llegaste aquí por Él. Derecho del invitado es no tener que hacerse cargo de lo que corresponde al dueño de la morada.

Le preguntaron al shaij Abû Madyan[v], Dios tenga misericordia de él:

“–Señor; ¿qué piensas de otros maestros que utilizaron medios de ganarse la vida que tú no utilizas?

–Ellos están de acuerdo con nosotros en que este mundo es la casa de Dios y que nos encontramos en él como invitados. El Profeta, la paz sea con él, dijo que la invitación dura tres días, tenemos, en consecuencia, tres días como invitados de Dios; y Dios ha dicho: ‘Un día, para Tu Señor, es como mil años de los que vosotros contáis’ (C. XXII.47). Por lo tanto tenemos derecho a un período de tres mil años como invitados de Dios durante nuestra estancia en este mundo, completado por Su Gracia en el Más Allá y por añadidura, durante toda la Eternidad”, respondió.

7. El siervo debe considerar que Dios sustenta todas las cosas. ¿No has oído decir: “Dios, no hay divinidad más que Él, el Viviente, el Sustentador?” (C. II.255). Él es, glorificado sea, el Sustentador de este mundo y del Otro. Sustenta este mundo mediante Su providencia y Su favor; el Otro, mediante Su recompensa y Su asignación. Cuando el siervo se da cuenta de que su Señor le mantiene, y que por Él y a Su costa subsiste, deja que Él le guíe y se entrega sumiso entre Sus Manos sometiendo su alma a Él, atento a cualquier decreto que quiera enviarle.

8. Ocuparse de cumplir las obligaciones de la servidumbre es la finalidad de la vida: “Sirve a tu Señor hasta que te llegue la certeza” (C. XV.99). Al ocuparte de guardar la servidumbre como es debido te desentiendes de la ‘autodeterminación’ y de la preocupación por ti mismo.

El shaij Abû-l-Hasan[vi] Dios tenga misericordia de él, ha dicho: “Has de saber que Dios, exaltado sea, exige de ti a cada instante una actitud de servidumbre conforme a Su derecho de Señoría”. El hombre está totalmente sometido a esto y será responsable de él mismo y de todos sus soplos, que son como prendas de Dios en él ¿Dónde hay algo por determinar; para los hombres capaces de reconocer los derechos de Dios, que les permita mirar por su propio bien y por sus intereses? Nadie alcanza la gracia de Dios sin desentenderse de sí mismo y renunciar a la búsqueda de su propio interés a cambio de lo que Dios desea, tratando con la máxima exigencia de servirle y de proceder conforme a Él. En la medida en la que te desentiendas de ti mismo se realiza la extinción del yo gracias a la cual Dios te hará permanecer en El.

Por eso dijo el shaij Abû-l-Hasan: “¡Oh tú que te diriges hacia la vía de Su salvación atraído por el deseo de la Presencia de Su Vecindad, presta la mínima atención a tu condición exterior si deseas abrir tu interior a los secretos del mundo de la soberanía, malakût[vii], de tu Señor!”.

9. Tú eres sólo un siervo y el deber del siervo es no preocuparse de lo que es asunto exclusivo de su Señor. El espíritu de la estación de la servidumbre consiste en confiarse y someterse a Dios, y ambas cosas son contrarias al autogobierno y elección propios. El servidor debe ocuparse de servir a su Señor y el Señor de mantenerle con su favor. Obligación del siervo es cumplir con su deber y del Señor sostenerle con lo que sea necesario darle. Presta atención a las palabras de Dios: “Ordena a los tuyos la plegaria y obsérvala constantemente. No te pedimos que trates de conseguir tu sustento, a Nós, Nos incumbe dártelo” (C. XX.132). Es decir; encárgate de servirnos y nos encargaremos de darte lo que necesites.

10. Piensa que desconoces las consecuencias de tus asuntos. A veces proyectas algo pensando que te beneficia, y te perjudica. Otras veces los beneficios provienen de las adversidades, y las adversidades de los beneficios. Perjuicios de las satisfacciones, y satisfacciones de los perjuicios. Puedes encontrar dones en las pruebas, y pruebas en los dones. A veces, de tus enemigos sacas provecho y tus amigos te causan problemas. ¿Cómo puede un hombre inteligente decidir por sí mismo frente a Dios si no sabe lo que le conviene y lo que le perjudica?

ET shaij Abû-l-Hasan dijo sobre esto: “¡Dios mío! si hemos sido incapaces de evitar hacernos daño en aquello que conocíamos, ¿cómo lo evitaríamos, entonces, en lo que no conocemos?”

Las palabras de Dios son suficientemente claras: “Quizás os repugne algo que sea bueno para vosotros y os agrade algo que os cause daño. Dios es Omnisciente y vosotros ignorantes” (C. II.216). ¡Cuántas veces deseas algo que se te escapa y te sientes afligido en tu corazón y contrariado en tu alma hasta que, descubiertas las consecuencias del asunto, comprendes que Él te tiene en gran estima y te cuida sin que te des cuenta! ¡Qué detestable resulta quien busca a Dios sin ser capaz de comprenderle y quien pretende servirle sin entregarse!

Sé tal como han dicho:

“Cuánto me has favorecido con lo que me has quitado.

Siempre has sido conmigo más compasivo

[y benévolo que yo mismo.

Que no haya en mi corazón sino lo que Tú le infundas

Y sólo me veas como Tú deseas,

Para que seas Grande, Excelso, en mi corazón”.

Se cuenta que cierto hombre, cuando le sucedía algún percance, solía decir:

“Es un bien”. Cierta noche vino un lobo y se comió el gallo que tenía. Le preguntaron qué había pasado y contestó: “Es un bien”. A continuación golpearon a su perro y murió. Le preguntaron sobre aquello y dijo lo mismo. Poco después su burro terminó muriendo. Él respondía lo mismo, aunque a sus vecinos les resultaban insoportables sus palabras. Aquella misma noche, unos beduinos que se habían alojado en las cercanías se dedicaron a saquear y matar a la gente del poblado. Sólo quedaron a salvo él y su familia. Los beduinos se habían guiado del canto de los gallos, de los ladridos y de los rebuznos para sorprenderles en la oscuridad. Como él había perdido esos animales no los localizaron. La pérdida de esas cosas fue la causa de su salvación ¡Gloria al que todo lo dispone y decreta!

El servidor contempla la excelencia del tadbîr de Dios cuando descubre las consecuencias. Esta no es la estación de los elegidos, porque los hombres que comprenden a Dios contemplan la excelencia del tadbîr Divino antes de que se descubran las consecuencias.

Hay diversas categorías y grados en esta contemplación.

Los hay que tienen confianza en Dios y se entregan a Él porque están habituados a la bondad y a la gracia con la que Él procede.

Otros basan esa confianza en que saben que la preocupación, el tadbîr y la oposición no evitará lo que Él haya decretado ni aportará nada que Él no haya determinado.

Otros tienen plena confianza en las palabras que el Profeta, sobre él la Paz, transmite de su Señor: “Soy como mi servidor espera que sea”[viii]. Confían en Dios y en Su proceder con la esperanza de que, actuando así, Dios será para ellos tal como ellos esperan que sea. Dios facilita las cosas a los creyentes que confían en Su Palabra: “Dios quiere facilitaros las cosas, no poner os dificultades” (C. II.185).

El más elevado de estos grados es el de la entrega y dejación porque a Dios, Realidad Absoluta, Le corresponde por Sí mismo, no por algo que dependa de la criatura.

En el primer caso el servidor no queda libre del vínculo con las contingencias, ya que su entrega es debida a una experiencia habitual beneficiosa y depende de los beneficios adquiridos precedentemente. Si no fuese así no se habría entregado. Con el segundo ocurre lo mismo, porque deja el tadbîr en manos de Dios debido a que no encuentra otra salida, no por Dios mismo. Si este servidor supiese que su tadbîr sirve de algo, quizás no prescindiría de él. El que se entrega a Dios y confía en Él para que Dios sea como espera de Él, sólo se preocupa por sí mismo porque sólo busca no perder la gracia que se le escaparía si prescindiese de la entrega y de la confianza en Dios.

Quien se ha entregado y confiado a Dios, porque así lo exige la Inmensidad Divina y los atributos de la Señoría, es, en verdad, el servidor que merece contarse entre aquellos a los que se refirió el Enviado de Dios: “Dios tiene servidores de los que una sola alabanza vale tanto como el monte Uhud”[ix].

Dios pactó con los hombres la pérdida de su tadbîr frente a Él: “Cuando tu Señor tomó, de la zona lumbar de los Hijos de Adán, a su descendencia y les hizo dar testimonio: ‘¿No soy vuestro Señor?’ ‘Sí’, respondieron” (C. VII.172). Reconocerle como Señor es prescindir del tadbîr frente a Él.

Este pacto fue anterior a la existencia del alma, que es donde tiene lugar el conflicto del tadbîr frente a Dios. Si el hombre se hubiese mantenido en su estado primordial, en el que se le manifestó la Presencia Divina, no podría determinar nada frente a Dios. Cuando se descorre el velo, cae el tadbîr y el conflicto.

Por esta razón la gente del Conocimiento, al contemplar los secretos del dominio espiritual, no participan en el tadbîr frente a Dios, ya que el estado de presencia no se lo permite y anula el poder de sugestión del tadbîr. El servidor que se encuentra en Su Presencia y contempla la grandeza de Su Inmensidad, ¿cómo podría pensar en determinar lo que le conviene frente a Dios?

[i] Contemporáneo de Yunayd (5. IX-X). Su condena y martirio en Bagdad sirve de punto de referencia sobre los conflictos entre el sufismo y el Islam exotérico.

[ii] Es el pacto primordial en el que las almas fueron convocadas para reconocer la Señoría Divina antes de venir a la existencia.

[iii] Sobre el shaij Abû-l-'Abbas ver introducción

[iv] Nacido en Balj (Irán) en el S. VIII. Dejó sus orígenes nobles para llevar una vida de renuncia y pobreza completa.

[v] Originario de Sevilla (m. 1197). Su tumba, en Tlemcen (Argelia), es un lugar muy visitado y venerado.

[vi] Sobre el iayj Abû-l-Hasan ver introducción.

[vii] El malakut es el mundo de las realidades y de los significados espirituales.

[viii] Hadiz qudsí. Palabras sagradas que no pertenecen al Corán pero en las que Dios se expresa en primera persona por boca de Su Enviado.

[ix] En ese paraje tuvo lugar la segunda batalla del Profeta contra los incrédulos de la Meca, donde murieron como mártires algunos de sus Compañeros más queridos.

Capítulo 4

Sobre la Importancia y las graves consecuencias del tadbîr y la libre elección

Fue su propio tadbîr lo que condujo a Adán, la paz sea con él, a comer del árbol prohibido. Satanás dijo a Adán y Eva, la Paz sea con ambos: “Vuestro Señor sólo os ha prohibido este árbol para que no seáis ángeles o eternos moradores” (C. VII.20). Adán, la Paz sea con él, reflexionó y quedó convencido de que la morada eterna junto al Bienamado era lo más deseable y, por tanto, era preferible transformar el estado ‘adámico’ en estado angélico, bien porque el estado angélico sea superior o bien porque Adán así lo creyese. Cuando Adán se propuso, la Paz sea con él, este objetivo, comió del árbol, ¿y qué le condujo a ello sino la aparición del propio tadbîr?

Fue la Voluntad de Dios que, de esta manera, descendiese a la Tierra y hacerle Su representante en ella. Menguó en el aspecto formal pero creció en su contenido espiritual. Por eso afirma el shaij Abû-l-Hasan, Dios tenga misericordia de él: “¡Por Dios! Dios no hizo descender a Adán a la Tierra con el fin de privarle de nada, lo hizo con el fin de completarle”.

Continuó elevándose hacia Dios, unas veces, por la escala de la proximidad y la elección, otras, por la de la bajeza y la necesidad. Esta es la realización más completa.

El creyente debe estar convencido de que todo Profeta y Enviado es llevado siempre de un estado a otro más perfecto. Presta atención a lo que Dios ha dicho: “La Otra Vida es mejor para ti que la presente” (C. XCIII.4). Ibn ‘Atiya[i] comenta: “El estado posterior es mejor que el precedente cuando ya has conocido éste”.

Si has comprendido bien te darás cuenta de que a Dios iglorificado sea! Le corresponde decidir y gobernar. Había predeterminado poblar la Tierra con los hijos de Adán, que entre ellos apareciesen hombres virtuosos e injustos consigo mismos y que la ciencia de Su Designio se realizase y manifestase plenamente.

Dios, exaltado sea, quiso que, por medio del Árbol, Adán descendiese a la Tierra y que su descenso sirviera para que Dios le concediese Su representación en ella, jilafah. Por eso el shaij Abû-l-Hasan, Dios esté satisfecho de él, dice que “en pago a una desobediencia se le concedió el honor de la representación y se aceptó el arrepentimiento de toda su posteridad hasta el Día de la Resurrección”.

El descenso de Adán a la Tierra se produjo por disposición del Decreto Divino antes de que se creasen los Cielos y la Tierra. El shaij Abû-l-Hasan dice:

“¡Por Dios! Él ha hecho descender a Adán a la Tierra antes de que fuera creado, pues afirma: ‘He de poner en la Tierra un representante’ (C. II.30). Por lo tanto formaba parte de la excelencia del tadbîr de Dios con Adán hacerle comer del Árbol, que descendiera a la Tierra y, así, colmarle con el cargo de representante y guía.

A continuación vamos a tratar de los beneficios y privilegios que Adán, sobre él la Paz, recibió gracias a este acontecimiento, para que comprendas que los elegidos tienen una condición que no posee nadie más que ellos, porque Dios les ha concedido algo que sólo a ellos concierne.

En el hecho de que Adán comiese del árbol y viniese a la Tierra hay una serie de beneficios: Adán y Eva, la Paz sea con ambos, estuvieron en el Paraíso y pudieron conocer el Sustento, el Don y la Excelencia Divina. Dios quiso, por el misterio oculto de la gracia de Su tadbîr, que comiesen del árbol para hacerles conocer la magnanimidad, hilm, el pudor, sitr, el perdón, magfira, el arrepentimiento, tawba, y la elección, iyiba’iya.

1.La magnanimidad fue que no se les castigó inmediatamente después de cometer la falta. Magnánimo es quien no se apresura a castigarte por lo que haces, sino que te tolera hasta que te perdona y te agracia, o bien te trata duramente y te castiga.

2.Dios les hizo conocer el pudor cuando comieron del árbol y se hicieron evidentes sus vergüenzas, al desaparecer las prendas del Paraíso, y se cubrieron con hojas: “Y se pusieron a coser hojas del Paraíso” (C. XX.121), debido al sentimiento de pudor.

3.Dios, glorificado y exaltado sea, quiso hacerle conocer Su Elección y le estableció sobre dos estaciones: el arrepentimiento y la guía divina. Así, Dios quiso que Adán conociese la anterioridad de Su Elección y de Su Asistencia. Dios decretó que comiera del árbol, pero no dispuso que comer del árbol fuera un medio de apartarse de Él ni de cortar con el flujo de Su Gracia; todo lo contrario, fue un modo de manifestar Su Amor y Su Atención con él. Los maestros dicen que “a quien la Divina Providencia elige no le echan a perder las faltas”. ¡Cuántas veces la desobediencia acaba con el amor! Amor auténtico es el de quien te ama tanto cuando eres fiel como cuando le faltas.

La afirmación, “Luego su Señor le escogió” (C. XX.122), no quiere decir que el hecho de escogerle ocurriese entonces. Fue anterior a su existencia. Lo único que sucedió después del pecado es que se manifestó la prueba de Su Elección. Lo que Dios quiere decir con “Luego su Señor le escogió”, es que le mostró la prueba de Su Elección y de Su Asistencia, facilitándole el arrepentimiento (la vuelta hacia Él) y Su guía; y termina con las palabras: “Luego su Señor le escogió, aceptó su arrepentimiento y le guió” (C. XX.122). Tres aspectos que son resultado uno de otro: la elección, la aceptación y la guía.

Debes comprender que, al hacerle descender a la Tierra, Adán pudo conocerle en la Sabiduría de Su Ciencia, igual que en el Paraíso Le reconocía por los destellos de Su Omnipotencia. Por eso, como este mundo es el dominio de las causas intermediarias, cuando Adán, la Paz sea con él, descendió a la Tierra, aprendió a arar, a cultivar y a todo aquello que precisaba como medios de vida.

Dios le hizo realizar lo que ya antes de descender le había enseñado: “Que no os expulse (a ambos) (Satanás) del Paraíso pues serás desgraciado” (C. XX.117). A lo que se refiere con “serás desgraciado” es a la fatiga de las condiciones manifestadas, no a la desgracia como algo opuesto a beatitud. La prueba de esto es que dice “serás desgraciado”, no dice “seréis desgraciados (ambos)”[ii] ya que la fatiga y la carga es algo propio del hombre y no de la mujer. Dios, exaltado sea, ha dicho: “Los hombres son responsables de las mujeres porque Dios les dio la preferencia” (C. IV.34). Si hubiera querido indicar que tal desgracia fue causada por la ruptura o por el alejamiento, habría dicho: “seréis desgraciados”. El singular indica que esa desgracia no significa ruptura ni alejamiento. De todas formas, y en cualquier caso, tendríamos que pensarlo mejor e interpretarlo como hemos comentado[iii].

El hecho de comer del árbol no fue una oposición ni una transgresión de Adán, la Paz sea con él. Pudo tratarse tan sólo de un olvido. Se puso a comer sin recordar el mandato, como ha dicho algún maestro de acuerdo con la palabra de Dios: “Habíamos hecho un pacto con Adán anteriormente, pero olvidó y no encontramos resolución en él” (C. XX.115). O quizás sí que recordase el Mandato y, a pesar de eso, deseó hacerlo; pero si lo deseó, fue sólo porque se le había dicho: “Vuestro Señor os ha prohibido este árbol para que no seáis unos ángeles o moradores eternos” (C. VII.20). Fue el amor por Dios y el deseo ardiente de Él lo que le llevó a procurarse la eternidad de la compañía y la permanencia en Él, buscando el estado angélico, ya que Adán, la paz y la bendición sean con él, había podido contemplar directamente la proximidad de los ángeles con respecto a Dios. Comiendo del árbol trató de conseguir la condición angélica, porque ésta sea superior o porque así lo creyese él. Del mismo modo hay divergencias entre la gente de la Ciencia y del Conocimiento sobre la superioridad del estado angélico y el profético. Además, Él, glorificado sea, añade: “Y les juró (Satanás): soy un buen consejero vuestro” (C. VII.21). Adán pensó que, quien jurase por Dios, no podría mentir, como dice a continuación: “Les hizo caer con engaño” (C. VII.22).

Cuando Adán comía (en el Paraíso) no le causaba ningún trastorno, sólo tenía una secreción como la del almizcle —igual que la tienen los que entran en el Paraíso— pero, al comer del árbol prohibido, tuvo necesidad de evacuar su vientre. Entonces escuchó: “¡Adán! ¿dónde podrás hacerlo? ¿En los estrados, en los lechos o en las orillas de los ríos? Desciende a la Tierra, en la que es posible hacer tal cosa”. Cuando se produjo la desobediencia pagó sus consecuencias. ¿Cómo no va a traer consecuencias actuar con desobediencia? ¡Tenlo en cuenta! [iv].

MEDITACIÓN

Todo lo que Dios ha prohibido es un árbol y el Paraíso es la presencia de Dios.

A Adán, que es tu corazón, y a Eva, que es tu alma, se les dijo: “no os aproximéis a este árbol pues formaríais parte de los extraviados”. Adán, cuando comió del árbol, fue preservado por la Asistencia Divina y descendió a la Tierra como representante, mientras que tú, cuando comes del árbol prohibido, descienes a la tierra de la ruptura, ¿comprendes?.

Si disfrutas del árbol prohibido sales del paraíso de la concordia hacia la tierra de la discordia, y tu corazón será desgraciado.

El momento de la ruptura sólo causa la desgracia del corazón, no del alma, porque la ruptura coincide con los deleites, los caprichos y las distracciones del alma humana.

Dios, exaltado sea, se dio a conocer primero a Adán, la Paz sea con él, en la creación existencial, y él Le invocó por su nombre de Todopoderoso, Qadîr. Luego en la elección providencial, y Le imploró como Aquel que escoge a quien desea, Murîd. Después se le dio a conocer en la determinación de Su Decreto al prohibirle comer del árbol, y Le invocó como Juez de todo decreto, Hakîm. A continuación por haber decidido que comiese de él, y Le invocó por Su nombre de Constriñente, Qahir. No le castigó de inmediato, por su falta al comer del árbol, y Le invocó: “¡Oh Magnánimo!”, Halîm. No le echó en cara su falta y Le invocó: “¡Oh El que cubre!” Sattâr. Se volvió arrepentido hacia Él y Le invocó: “¡Oh El que acepta al arrepentido!” Tawwâb. Le mostró que comer del árbol no le privaba de Su Amor y Le invocó: “¡Oh Señor del Amor!” Wadûd. Después le hizo descender a la Tierra y le facilitó los medios de vida, y Le invocó: “¡Oh El que trata con benevolencia!” Latîf. Le fortaleció para realizar su misión, y Le invocó: “¡Oh Socorredor!” Mu’in. Le hizo contemplar el secreto del acto de comer, de la prohibición y del descenso, y Le invocó por la ciencia de Su sabiduría, Hakîm. Le socorrió frente a enemigos y trampas, y Le invocó: “¡Oh Salvador!” Nasîr. Le ayudó a cumplir con las obligaciones de la servidumbre, y Le invocó: “¡Oh Sostén de todas las cargas!” Zahîr.

Le hizo descender a la Tierra para que se realizase plenamente toda posibilidad de ser y se cumpliesen las condiciones propias de cada una de ellas. En Adán, la Paz sea con él, se realizaron completamente las dos estaciones de la servidumbre: la que corresponde al libre devenir de las disposiciones divinas, tasrîf; y la que corresponde a la carga propia de las condiciones de la existencia, taklîf. El favor y el beneficio que Dios le hizo fue inmenso, ¡fíjate bien!

Toda estación en la que se encuentre el servidor tiene su fundamento en la estación de la servidumbre, y todas las estaciones sólo son funciones dependientes de esta estación. La prueba de que la servidumbre es la más noble estación está en todas estas afirmaciones de Dios, glorificado y exaltado sea:

“¡Gloria a Aquel que trasladó en una noche a Su siervo!” (C. XVII.1), “Lo que hemos hecho descender en Nuestro siervo” (C. VIII.41), “Kaf, ha, ya, ‘ain sad. El recuerdo de la Misericordia de tu Señor a Su siervo Zacarías” (C. XIX.1,2), “Cuando el siervo de Dios se levantó a invocarle” (C. LXXII.19)[v].

Cuando al Enviado de Dios, Dios le colme de bendición y de paz, se le dio a escoger entre ser un profeta rey o un profeta siervo, prefirió la servidumbre de Dios. Esto demuestra que es la estación más excelsa y el mayor grado de proximidad. Él, Dios le colme de bendición y de Paz, dijo: “Sólo soy un siervo, no como reclinado en alto; sólo soy el siervo de Dios; como igual que comen los esclavos”. Al mismo tiempo afirma: “Soy el señor de la descendencia de Adán, sin jactancia”.

He oído decir al shaij Abû-l-‘Abbas que, sin jactancia, quiere decir “no me jacto por la primacía, sólo me enorgullezco por la servidumbre a Dios”. Este es el motivo de la existencia, pues Dios ha dicho: “He creado a los genios y a los hombres para que me sirvan” (C. LI.56).

Los actos de culto son el aspecto exterior de la servidumbre, la servidumbre es su espíritu. Cuando hayas comprendido que el espíritu y el secreto de la servidumbre está en el abandono de la elección propia y en la total ausencia de oposición a los decretos, te resultará evidente que la servidumbre consiste en dejar toda autodeterminación y preferencia frente a la Señoría. La estación de la servidumbre, la más noble de todas, no se realiza, de hecho, más que con el abandono de sí mismo. El auténtico servidor debe abandonarse, entregarse a Dios, dejar todo por Él, siguiendo el camino que conduce a la estación más perfecta por la vía más excelsa.

El Enviado de Dios, Dios le colme de bendición y de Paz, escuchó a Abû Bakr recitar el Corán en voz baja, y a ‘Umar, Dios esté satisfecho de ambos[vi], hacerlo en voz alta. Preguntó a Abû Bakr:

— “¿Por qué bajas la voz?”

—“Me hago oír de Quien me escucha en secreto, contestó éste”

Y a ‘Umar:

—“¿Por qué levantas la voz?”

—“Para despertar al soñoliento y rechazar a Satanás”

Entonces les dijo:

—“¡Abû Bakr! levanta un poco la voz, ¡‘Umar! bájala un poco”.

Nuestro shaij Abû-l-'Abbas, Dios sea Misericordioso con él, decía: “El Profeta quería que cada uno prescindiese de su propia voluntad para hacer la voluntad del Profeta, que Dios colme de bendición y de Paz”.

Reflexiona sobre este hadiz, Dios tenga misericordia de ti, y podrás darte cuenta de que el acto de culto más meritorio es prescindir de la voluntad individual. Abû Bakr y 'Umar respondieron cada uno a la cuestión del Enviado de Dios explicando el buen propósito que tenían. Después de esto, el Enviado de Dios, la Paz sea con él, les hizo prescindir de aquello que se proponían correctamente para atenerse sólo al buen parecer del Enviado de Dios.

COMENTARIO

El pueblo de Israel, al entrar en el desierto, fue alimentado con el maná y las codornices, que Dios les concedió como único alimento y que hacía brotar de la fuente del Maná[vii], sin causarles cansancio ni esfuerzo alguno. Pero sus almas, cargadas con el peso de los hábitos y privadas de la contemplación del tadbîr de Dios, solicitaron a Moisés que pidiera lo que tenían por costumbre: “ ‘Pide a tu Señor por nosotros para que la tierra nos produzca sus legumbres, sus pepinos, sus granos, sus lentejas y sus cebollas’. Moisés respondió: ‘¿Deseáis cambiar lo mejor por lo más bajo? bajad a las urbes y allí tendréis lo que pedís’. El envilecimiento y la miseria les afligió y sufrieron la cólera de Dios” (C. II.61); porque abandonaron lo que Dios había escogido para ellos, como más conveniente, por lo que ellos preferían para sí mismos; y les dijo para reprenderles: “¿deseáis cambiar lo mejor por lo más bajo? Descended a las urbes”.

Según el comentario exotérico, “¿deseáis cambiar?”, se refiere al grano, las cebollas y las lentejas a cambio del maná y las codornices, a pesar de que estas dos especies fueran incomparables por el gusto y por el hecho de que su obtención no requería dificultad. La interpretación esotérica de “¿deseáis cambiar?” es: vuestro propio deseo por el deseo de Dios para vosotros. “¿Deseáis cambiar lo más bajo?”, que es lo que os satisface, “por lo que es preferible”, que es lo que Dios desea para vosotros. “Descended a las urbes” porque lo que vosotros ansiáis es más propio de las zonas pobladas, amsâr[viii]. El significado interior de esto es: descendad del cielo del no actuar y de la excelencia con que Dios administra y decide por vosotros, hacia la tierra de la autodeterminación y preferencia individuales, que se caracteriza por el envilecimiento y la miseria producida por vuestra propia elección frente a Dios.

Si esta comunidad[ix] hubiese estado en el desierto, no habría dicho lo que dijo el pueblo de Israel, debido a la evidencia de las luces espirituales y al estado de contemplación interior. ¿Fíjate cómo el pueblo de Israel, al comienzo de su misión, le dijo a Moisés, y ésta fue la causa de su paso por el desierto: “Ve tú y tu Señor y combatid ambos. Nosotros permaneceremos aquí sentados” (C. V.24). Por último dijeron: “Pide a tu Señor para nosotros...” Al comienzo, se opusieron

a la propuesta de la Orden Divina, y, al final, prefirieron para sí mismos algo distinto a lo que Dios eligió para ellos.

Muchas de las cosas que se cuentan sobre el pueblo de Israel muestran su alejamiento de la Realidad Esencial y de la Vía auténtica. Por ejemplo, cuando dijeron: “Haznos ver a Dios de modo manifiesto” (C. IV.153). En otra ocasión, al cruzar el mar que acababa de abrirse para ellos, con la humedad del agua aún bajo sus pies, pasaron junto a un pueblo que se entregaba a los ídolos y dijeron a Moisés: “Haznos un dios como los dioses de esta gente”[x]• Moisés les respondió: Sois un pueblo de ignorantes (C. VII.138).

En otro versículo dice: “Cuando sacudimos el Monte encima de ellos como si fuese una cubierta, pensaron que iba a caer sobre ellos. Coged lo que os damos con fuerza” (C. VII.171). Las montañas del temor reverencial y de la Inmensidad Divina fueron sacudidas sobre los corazones de esta comunidad. Cogió el Libro con la fuerza de la fe, y esto la consolidó y la fortaleció preservándola de adorar el becerro y otras cosas semejantes, porque Dios la había elegido y la elogió con estas palabras: “Sois la mejor comunidad que hemos hecho surgir entre los hombres” (C. III.110), y “Así os hemos convertido en una comunidad del medio” (C. II.143), es decir, unos testigos excelentes.

De todo esto se desprende que la afirmación propia y la elección es el más grave de los pecados y de las impiedades. Deja tus preferencias, si quieres lo que prefiera Dios para ti. Si deseas la excelencia de Su gobierno no quieras imponer tu gobierno y si deseas llegar al Objetivo no tengas ningún otro objetivo. Por eso cuando le preguntaron a Abû Yazid[xi]: “¿Qué quieres?” Respondió: “Quiero no querer”. Su deseo, lo único que le pidió a Dios, fue perder su propia iniciativa, porque sabía que era ése el más excelente de los carismas y el mejor medio de aproximarse a Él.

A veces, alguien puede obtener carismas exteriores mientras en él sigue latente el tadbîr. Los auténticos carismas son el abandono del tadbîr y la entrega al Decreto Divino. El shaij Abû-l-Hasan, Dios tenga Misericordia de él, dijo que “sólo hay dos carismas que resumen y engloban a todos: el carisma de la fe, que trae consigo la certeza y la contemplación, y el carisma de proceder de acuerdo con las enseñanzas religiosas, apartándose de las pretensiones y los engaños del alma”. Quien recibe ambos carismas, y luego sienta deseo de otros, o bien es un falso servidor que se engaña a sí mismo o carece del suficiente conocimiento y de recta intención. Es como alguien a quien el rey aceptase en la intimidad de su compañía y él echara de menos cuidar las cuerdas y dejar ese privilegio.

Todo carisma que no vaya acompañado de la satisfacción divina indica que, quien lo posee, es presa de la ilusión o del extravío más completo. El carisma sólo es auténtico cuando va acompañado de la satisfacción de Dios, y quien está sujeto a la satisfacción de Dios, prescinde del tadbîr frente a Él y deja sus preferencias entre Sus Manos.

Alguien dijo que Abû Yazid ya quiso algo, al querer no querer. Esas palabras son de quien carece del verdadero conocimiento. Sólo quiso no querer porque Dios desea para todos Sus siervos que carezcan de iniciativa frente a El. Su deseo de no querer concuerda con la Voluntad de Dios.

El shaij Abû-l-Hasan dice que todas las disposiciones y órdenes de la Ley sólo son para ti una cuestión de “oigo y obedezco”[xii] Este es el planteamiento fundamental del estudio de la Ley Divina y de la ciencia revelada, dominio que da acceso a la ciencia de la Realidad Absoluta que Dios concede a quien está en condiciones de recibirla[xiii].

Con esta afirmación, el shaij, quiere mostrarnos que cualquier iniciativa conforme a la Ley Divina no se opone al estado de servidumbre, basado en prescindir de la elección individual, para que el intelecto que no haya alcanzado la comprensión de la Verdad no se deje engañar, y piense que las obligaciones y los actos de piedad y de culto tradicionales son contrarios a la pureza de la servidumbre al tratarse de una forma de decisión propia. El shaij, Dios tenga misericordia de él, aclara que todas las disposiciones y órdenes de la Ley Divina no son ocurrencia tuya. Sólo debes oponerte a tu propio tadbîr y a tu propia elección, ino al tadbîr de Dios y de Su Enviado!

Cuando Abû Yazid prescindió de su querer fue porque Dios así lo quería de él, sin que este deseo excluyera la servidumbre que se le exigía. La Vía que lleva hacia Dios, Altísimo, es la supresión de la propia iniciativa; hasta el punto de que el shaij Abû-l-Hasan dijo: “El santo no llegará a Dios en tanto haya en él un resto de tadbîr y de elección propia”.

He oído decir a nuestro shaij Abû-l-‘Abbas: “El servidor no llegará a Dios hasta que desaparezca su deseo de llegar a Dios”. Quiere decir, pero Dios es el más sabio, que desaparezca ese deseo por una cuestión de cortesía con Dios, adab[xiv] no por un sentimiento de cansancio; y puede referirse también a que contemple, cuando está próximo el momento de su Llegada a Él, que ésta no se debe a sus méritos ni a sus cualificaciones. En esto consiste suprimir su deseo de la Llegada, y no por “cansancio” o despreocupación hacia Dios.

Si deseas la iluminación debes prescindir del tadbîr, sigue la vía hacia Dios que ellos siguieron y obtendrás lo que ellos obtuvieron. Practica su método espiritual y su ejemplo, “arroja tu bastón, éste es el flanco del Valle”[xv].

En mis comienzos le escribí algo, sobre esto, a uno de mis hermanos:

“¡Amigo! Esta caravana sigue incesante su marcha

mientras nos quedamos sentados. ¿Qué haces?

¿Quieres quedar atrás,

atrapado por la pasión y los deseos?

El lenguaje de la existencia te dice claramente
que todos los seres son efímeros
Sólo ve el fin del camino quien,
libre de la dualidad, no se deja seducir por los deseos.
Quien percibe la Verdad antes que las cosas,
las hace desaparecer en Su Productor.
Sus signos son luces para el caminante
y realización de secretos para quien retorna.
Levántate, observa los seres y la luz que los envuelve,
El alba de la proximidad es tu dirección
[al levantar el día.
Sé Su servidor y ponte en Sus Manos.
Guárdate del tadbîr, ¿cuál es su provecho?
¿De qué dispones si es otro El que decide?
¿Puedes enfrentarte a los decretos de Dios?
Abandonar toda iniciativa y deseo
es el objetivo final. ¿Me oyes?
Así actuaron los hombres de antes. Alcánzales
siguiendo sus pasos.
¡Que llore por sí mismo quien buscó (la Verdad)
sin sentir el resplandor de los que aman!
¡Que llore por sí mismo quien se lamentó! (de perderla).
¿Llegó el momento y quedó distraído?”

Has de saber, Dios te asista, que Él tiene servidores que están libres del tadbîr gracias a la educación y a la enseñanza que reciben de Dios. Las luces han hecho desaparecer los arraigados propósitos de su tadbîr y los conocimientos y secretos espirituales han abatido las montañas de su elección propia. Se aposentaron en la mansión de la satisfacción y sintieron la dicha de esa estación, hasta el punto de pedir a Dios socorro con toda su fuerza por temor a que la dulzura de la satisfacción les distrajera de Él, les atrapara y quedaran presos en ella.

El shayj Abû-l-Hasan, Dios tenga misericordia de él, cuenta: “Al comienzo de mi vía espiritual determinaba qué tipos de actos de devoción debía realizar. A veces, decidía quedarme en los montes y en los desiertos, otras, que debía volver a las ciudades y aldeas para tener contacto con los hombres de ciencia y de élite. Me hablaron de un santo de la zona del Magreb que vivía en una montaña de aquella zona y salí en su búsqueda[xvi] Llegué junto a él de noche, pero me pareció mal visitarle en ese momento; entonces, le escuché desde fuera que decía: ‘¡Dios mío! Algunos te piden el favor de tus criaturas y, una vez que se lo has concedido, quedan satisfechos de Ti. ¡Dios mío! yo te pido que Tus criaturas me traten con mezquindad para que sólo encuentre asilo en Ti’. Me dije a mi mismo: ‘Mira de qué océano emerge este maestro’. Cuando amaneció me fui a visitarle, le saludé y le dije: ‘¿Cómo te encuentras?’. ‘Me quejo a Dios de la frescura de la satisfacción y la entrega a Él como tú te quejas del ardor del tadbîr y de la elección’, me respondió. Exclamé: ‘Señor, en cuanto a mi queja del ardor del tadbîr y de la elección, como tú dices, es mi situación; pero, en cuanto a tu queja de la satisfacción y de la entrega, no comprendo lo que quieres decir’. ‘Temo que la dulzura de ambas me distraiga de Dios’, respondió. Después le pregunté: ‘Señor, ayer te oí decir: ¡Dios mío! hay gente que te pide el favor de tus criaturas y, una vez que se lo concedes, quedan satisfechos con esto. Te pido que tus criaturas se muestren mezquinas conmigo para que sólo encuentre asilo junto a Ti’. Me respondió sonriendo: ‘Hijito mío, en vez de pedirle que te conceda el favor de sus criaturas, di: Señor, sé para mí. ¿Te servirían de algo? ¿A qué viene, entonces, tal inquietud?’ ”.

COMENTARIO

La perdición del hijo de Noé se debió al deseo de volver a su propio tadbîr, no satisfecho con el tadbîr que Dios prefería para Noé y quienes estaban con él en el Arca. Noé le dijo: “¡Hijito mío! sube con nosotros y no seas de los incrédulos”. El respondió: “Buscaré refugio en una montaña que me preserve del agua”. “Sólo a quien Dios haya hecho misericordia está hoy preservado de Su Mandato” (C. XI.42). Se refugió en la montaña de su inteligencia, que no era sino la representación de su tadbîr. Por eso Dios dice: “Una ola pasó entre ambos y se quedó entre los sumergidos” (C. XI.43). En el sentido exotérico, por el diluvio, en el esotérico, por la expulsión de la Presencia Divina.

¡Oh criatura! reflexiona sobre esto y, cuando choquen contra ti las olas de los decretos divinos, no te vuelvas hacia la montaña de tu inteligencia engañosa,

para que no seas de los sumergidos en el océano de la ruptura. Vuélvete al Arca de la protección divina y de la confianza en Dios, “Quien busca protección en Dios, es guiado hacia la Vía Recta (C. III.101). “A quien se remite confiado a Dios, Él le basta” (C. LXV.3). Si actúas así, el Arca de la salvación te posará sobre la tierra de la seguridad, luego descenderás en el estado de proximidad, libre de todo mal, y obtendrás las bendiciones de la Unión, así como todas las especies que están contigo y que son los mundos de tu existencia. Comprende esto y no seas de los distraídos, sirve a Tu Señor y no seas de los ignorantes. Convéncete de que la pérdida del tadbîr y de la elección propia es lo más importante que tienen los hombres de la certeza, lo que más buscan los que practican la piedad y el mejor adorno con el que se visten los gnósticos.

[i] *Comentador coránico del S. XII de origen granadino.*

[ii] *En árabe el dual es una persona verbal específica.*

[iii] *Por tratarse de un profeta y elegido.*

[iv] *En el Paraíso la contemplación divina era el alimento de Adán. La relación causa-efecto tiene lugar en el mundo fenoménico.*

[v] *Le distingue, no como Profeta o Enviado, sino como servidor.*

[vi] *Se trata de los dos primeros califas sucesores, respectivamente, del Profeta.*

[vii] *Su raíz significa don, gracia.*

[viii] *Se refiere a la tierra poblada y cultivada en contraposición al desierto. Para el nómada el agricultor es un esclavo que depende del trabajo de la tierra.*

[ix] *Según se entienda: la comunidad musulmana o el sufismo dentro de ella.*

[x] (C. VII.138), *El versículo completo dice: “Hicimos atravesar el mar al pueblo de Israel. Se acercaron a un pueblo que se entregaba a los ídolos y dijeron: ‘¡Oh Moisés! Haznos un dios igual que los dioses de esta gente’. Les respondió: ‘sois un pueblo de ignorantes’ ”.*

[xi] *AbûYazid al-Bistami’, sufi iraní del S. IX a quien se atribuyen numerosos carismas y expresiones teofánicas.*

[xii] *Expresión coránica.*

[xiii] *Es decir, todo conocimiento exotérico de la Ley debe ser ‘práctico’, no especulativo.*

[xiv] *Por cortesía quiere decir que la criatura se vea realmente nula frente a la Verdad.*

[xv] *Alusión a la historia de Moisés.*

[xvi] *Se trata de su maestro Abd As-Salam b. Mashish*

Capítulo 5

Sobre la excelencia de la gracia divina

Estábamos frente a la Kaaba y le pregunté a un gnóstico: “¿Por qué lado vas a regresar?” “Junto a Dios tengo por costumbre no dar un solo paso por mi voluntad”, me respondió.

Otro maestro dijo: “Aunque viese cómo entran los bienaventurados en el Paraíso y los condenados en el Fuego, no podría elegir en cuál de las dos moradas quedarme”. Este es el estado de aquel servidor cuya elección y deseo propio ha desaparecido y no le queda más voluntad que la Voluntad de Dios. Como decían los antiguos santos: “Me he despertado, y todo mi deseo está puesto en los designios del Decreto Divino”.

Abû Hafs al-Haddâd[i], que Dios tenga misericordia de él, dice: “En cuarenta años no me he sentido a disgusto ni me ha molestado ninguno de los estados en los que Dios me haya puesto”. Otro ha dicho: “Desde hace cuarenta años mi único deseo es dejar todo deseo, ¡y no encuentro lo que deseo!”.

Estos son los corazones custodiados y atendidos por Dios. ¿No has oído que dice: “Sobre Mis servidores Satanás no tiene poder alguno” (C. XV.42)? La realización de la estación de la servidumbre impide que tengan decisión propia frente a la Señoría Divina y que puedan desear el pecado o vivir en falta. “(Satanás) No tiene poder alguno sobre aquellos que creen y se remiten por completo a Su Señor” (C. XVI.99). En corazones donde el demonio no puede introducirse, ¿cómo pueden llegar las sugerencias del tadbîr o producirse el sentimiento de desgracia? Este versículo muestra que la fe auténtica y la confianza plena en Dios impiden caer bajo el dominio satánico. Satanás sólo puede hacerse con alguien por dos motivos: por la duda en los principios de la fe o por el apego a las criaturas. La duda se vence con la fe, y el apego a las criaturas, con la plena confianza en Dios.

Al creyente también le llegan a veces las insinuaciones del tadbîr, pero Dios no le deja desamparado por ello. ¿Acaso no dice: “Dios es el Protector de quienes creen. Él les hace salir de las tinieblas hacia la Luz”? (C. II.257).

Dios, exaltado y glorificado sea, hace salir a los creyentes de las tinieblas del tadbîr hacia la luz del no-actuar por cuenta propia y arroja, con la realidad de Su determinación, la ilusión de su agitación, sacudiendo y destruyendo los soportes sobre los que se apoya. “¡No! Destruiremos la ilusión con la Verdad, será aplastada y he ahí que no es nada” (C. XXI.18).

Aunque al creyente le lleguen las insinuaciones de la agitación y del tadbîr, éstas son pasajeras y no llegan a tener efecto real, porque la luz de la fe, que está

establecida en su corazón, calma su alma, ilumina su interior y le alivia con su irradiación.

La fe arraigada en el corazón impide que se instale algo opuesto a ella. A pesar de todo, es habitual que el corazón sufra el espectro del tadbîr; espectro que desaparece una vez que el corazón despierta, pues no era sino un sueño. Dios ha dicho: “Cuando una sugestión diabólica toca a aquellos que temen a Dios, se acuerdan de El y, ¡heles ahí!, clarividentes” (C. VII.201).

COMENTARIO

Este versículo tiene varios puntos de interés.

1. Las palabras de Dios “Cuando una sugestión diabólica toca a aquellos que temen a Dios, se acuerdan de Él y, ¡heles ahí!, clarividentes”, indican que su asunto está preservado por Él, aunque les llegue esta sugestión y en algunos momentos queden privados de las prendas de la fe.

2. Ha especificado: “Cuando una sugestión diabólica les toca”. No dice les toma o se apodera, porque tocar es un contacto sin dominio. Este punto aclara que la aparición de la pasión no se apodera de sus corazones, es sólo un contacto que no llega a producir un dominio como en el caso de los incrédulos, los que Satanás subyuga por completo. En cuanto al corazón del creyente, embauca sólo mientras el intelecto, que guarda el corazón, se queda dormido; pero al despertar, los ejércitos del perdón, de la humildad y de la indigencia vuelven al corazón y recuperan el bien que Satanás ha tenido embaucado.

3. Otra interpretación posible de tayf[ii] es espectro, que indica un estado irreal como el producido en los sueños, y, entonces, se entendería que Satanás no se acerca al corazón que está despierto, porque la somnolencia de la distracción y de la pasión sólo sobreviene en el corazón cuando se duerme presa de la negligencia. Quien no duerme no padece de sueños imaginarios.

4. Dice: “Cuando un espectro diabólico les toca”. No se trata de un pensamiento o algo parecido, porque el espectro no posee una realidad y existencia propia, sólo es una imagen con semejanza de realidad pero no real. Él, exaltado sea, nos enseña que esto no puede perjudicar a los hombres que temen a Dios porque lo que Satanás envía a sus corazones es como una pesadilla que tienes en estado de sueño pero que, cuando despiertas, no le queda realidad alguna.

5. Dice: “Cuando una sugestión diabólica les toca, se acuerdan, tadzakkaru”. No dice: “invocan a Dios”, dzakarû[iii]. Esto aclara que la invocación, dzikr, hecha con distracción no expulsa el estado de distracción, que sólo puede expulsarse con el recuerdo, tadzakkur, y la meditación, aunque no se hagan invocaciones; porque la invocación es el dominio de la lengua y, el recuerdo, el dominio del corazón. La insinuación de la pasión tiene lugar en el corazón y no en la lengua, por lo que el recuerdo es el único que puede rechazarla, sustituirla y acabar con su actividad.

6. Se acuerdan está libre de complemento, no dice se acuerdan del Paraíso, del Infierno, del castigo o de algo parecido. De esto se deduce que ese recuerdo borra la sugestión de la pasión en el corazón del hombre piadoso según los grados de certeza y de temor a Dios, sean profetas, enviados, santos, justos o simples musulmanes.

El temor de Dios en cada cual depende de su condición y de su estado y, por lo tanto, ocurre lo mismo con su forma de recordar a Dios. Si hubiese citado alguna clase determinada de recuerdo sólo se referiría a la gente que corresponde a esa categoría. Si dijera, “cuando una sugestión diabólica toca a los que temen a Dios, se acuerdan del Castigo...” , excluiría a los que se acuerdan de la Remuneración. Si dijese, “se acuerdan del valor de la virtud”, excluiría a los que se acuerdan de la vergüenza del pecado, etc. Dios no especifica ningún complemento de se acuerdan para así englobar todas las posibilidades. ¡Tenlo en cuenta!

7. Dios dice, glorificado sea: “¡Heles ahí!, clarividentes” (fa-idzâ hum mubsirûn). No dijo: “y se volvieron clarividentes” (wa absarû), ni dijo “después, se volvieron clarividentes” (zumma absarû), ni tampoco: “entonces, se volvieron clarividentes” (fa-absarû)[iv]. No se emplea la conjunción “y”, uniendo dos oraciones copulativas, porque la conjunción no hace notar que la clarividencia se debe al recuerdo y está provocada porque este recuerdo hace sentir el deseo de ella.

Prescinde del “después” (zumma), por la misma razón anterior: la ausencia de relación causal. Además, “luego”, implicaría señalar un intervalo, y Dios quiere mostrar que la clarividencia de esos servidores no está separada de su recuerdo. Por último, tampoco empleó el “fa” consecutivo. Dios, exaltado sea, dice todo lo contrario: “Se acuerdan y, ¡heles ahí!, clarividentes”. Es decir que no dejaron nunca de ser clarividentes. Es un modo de reconocerles y hacer ver el alcance del favor que les ha concedido. Es lo mismo que cuando se dice: “Fulano se acordó del asunto y, ¡he ahí!, estaba en lo cierto”. El asunto en sí, era cierto; lo que ahora queda claro es que tenía conocimiento de ello.

Del mismo modo los hombres que temen a Dios son clarividentes, aunque cuando les sobrevienen las sugestiones de la pasión, ésta cubra sus inteligencias y vele la fuerza de la luz que hay en ellos; pero, al despertar, el estado de distracción parte y surge el sol de la penetración intelectual.

8. Este versículo y otros semejantes son muestra de la condescendencia que Dios tiene con los hombres piadosos y de Su bondad con los creyentes. Si hubiera dicho: “A quienes temen a Dios no les afectan las apariciones diabólicas”, todos, salvo los que estuvieran libres de caer en falta, estarían excluidos. Pero Dios quiere que el ámbito de Su Misericordia sea lo más amplio, y dijo: “Cuando una sugestión satánica toca a aquellos que temen a Dios”, para que sepas que, aunque la sugestión les llegue, no dejan de mantener la virtud del temor, y de ser dignos de llevar ese calificativo, porque, como Él dice, se apresuran a recordarle y se vuelven hacia Él clarividentes.

Parecido a este versículo, en cuanto a la amplitud y posibilidad de esperanza para las criaturas, es este otro: “Dios ama a los que vuelven a Él arrepentidos y a los que se purifican” (C. II.222). No dice “ama a los que no pecan”, porque eso excluiría a casi todos. Dios, glorificado sea, sabe que las criaturas llevan consigo el estado de descuido, dado que la constitución física del hombre implica una tendencia al pecado. Él, exaltado sea, dice: “Dios quiere aligerar vuestra carga, pues creó al hombre débil” (C. IV.28). Cierta persona de ciencia comenta que eso indica que es incapaz de dominar sus deseos. Dios afirma: “Él es Quien mejor os conoce, porque os creó de tierra y os convirtió en embriones” (C. LIII.32).

Como sabe que las faltas dominan al hombre, le ha abierto la puerta del arrepentimiento, se lo ha enseñado y le ha invitado a que lo practique, prometiéndole que será aceptado si se arrepiente y que le acogerá si retorna hacia Él. El Profeta, Dios le colme de bendición y de paz, dijo: “Todos los hijos de Adán son pecadores, y el mejor de los pecadores es el que se arrepiente”. Quiere enseñarte que el pecado es inherente a tu existencia, más aún, es la fuente de tu existencia condicionada. Dios dice: “aquellos que, cuando cometen alguna torpeza o prevarican contra sí mismos, invocan a Dios, piden perdón por sus pecados, y ¿quién perdona los pecados sino Dios?, y no se empeñan en seguir haciendo lo mismo una vez que se dan cuenta” (C. III.135); no dijo: “aquellos que no cometan pecados”. También dice: “Perdonan cuando se enfurecen” (C. XLII.37), y no dice: “los que no se enfurecen”; y también: “Los que dominan la ira” (C. III.134), no dice: “los que no tienen ira”. Piensa en esto, Dios sea Misericordioso contigo.

9. Aclara los diferentes grados que tienen los hombres de piedad que practican el recuerdo de Dios.

Al hombre piadoso su temor no le permite persistir en la desobediencia a su Señor, tiene que recurrir a Él con su recuerdo. Este recuerdo es de diferentes clases: el recuerdo de la recompensa, el del castigo, el de la rendición de cuentas, el de la pérdida provocada por la desobediencia, el del valor de la virtud y la vergüenza del pecado, el del reproche de las gracias recibidas y el pudor de comportarse como un descreído, el de la proximidad de Dios, el de que Dios conoce todo lo que uno hace y le observa, el del pacto que tiene con Dios, el del carácter efímero del deseo y el carácter permanente del Fin, el de los daños que causa la transgresión y el envejecimiento que trae consigo, el de los beneficios del estado de gracia y el ennoblecimiento que eso aporta, el de que Dios es el fundamento sobre el que uno se sostiene. En definitiva, el recuerdo de la Grandeza y el Poder divino y otras categorías innumerables de recuerdo. Hemos citado sólo los más familiares para ti, que son propios de los estados de los hombres piadosos que corresponden a las estaciones de la clarividencia. ¡Presta atención!

10. “Cuando una aparición ilusoria toca a los que temen a Dios”. Es posible que, por aparición, se refiera a una sugestión, *tzâ'if*, de susurros y pensamientos súbitos lanzados por el demonio dentro del alma, denominada aparición o

espectro porque acecha al corazón. Esta lectura comenta la otra lectura, “Cuando una sugestión de Satanás les toca”, pues ese susurro que acecha al corazón, si encuentra algún hueco en la muralla de la estación de la certeza, penetra; si no, parte.

Las estaciones de la certeza, y la luz de esa certeza, son como las murallas que rodean la ciudad y sus fortalezas. Las murallas son las luces, y las fortalezas, las estaciones de la certeza que circundan la ciudad del corazón. Aquel cuyo corazón está rodeado por la muralla de su certeza y reforzado por sus estaciones, que forman murallas y fortalezas, Satanás no tiene forma de llegar hasta él, ni punto débil por el que introducirse. ¿No has oído cómo dice: “(Satanás) no tiene poder alguno sobre mis servidores?” Puesto que guardan íntegramente su estado de servidumbre, no se oponen a Su Decreto ni objetan Su tadbîr, sino que se entregan y se someten a Él, Dios los guarda con la protección, el socorro y la tutela. Volvieron toda su aspiración hacia Él, y Él les libró de todo lo demás.

Le preguntaron a un hombre del Conocimiento Divino: “¿Cómo combates al Demonio?”; “¿Qué es el Demonio? Nosotros somos hombres que hemos dirigido toda nuestra aspiración hacia Dios y Él nos hace prescindir de todo lo demás”, respondió.

He oído a nuestro maestro Abû-l-‘Abbas, Dios sea Misericordioso con él, decir que “al oír: ‘Satanás es vuestro enemigo, tratadle como a un enemigo’ (C. XXXV.6), algunos entendieron que Dios les exhortaba a preocuparse de la enemistad de Satanás y, por tanto, al dirigir toda su preocupación contra el enemigo, se desentendieron del amor del Amado. Otros, sin embargo, entendieron que, tratar a Satanás como enemigo, significa: tomadme a Mí como Amigo, y se ocuparon del amor de Dios de modo que Él les basta en todo”. Luego citó la anécdota que acabamos de mencionar

Si ellos piden refugio contra Satanás es porque Dios se lo ha ordenado así, no porque contemplen que alguien, que no sea Él, puede decidir frente a Él. ¿Cómo pueden considerar a otro que no sea Él si han comprendido el sentido de estas palabras: “La decisión sólo es de Dios. Él ordenó que sólo le sirvieseis a Él” (C. XII.40)?. Además, dice: “La astucia de Satanás es débil” (C. IV.76). “Carece de poder sobre sus servidores. Carece de poder sobre aquellos que creen y ponen toda su confianza en su Señor” (C. II.257). “A quien pone toda su confianza en Él, Él le basta. Dios es el Protector de quienes creen, Él les hace salir de las tinieblas hacia la luz” (C. XVI.99). “Socorrer a los creyentes es de Nuestra incumbencia” (C. XXX.47).

Estos versículos, y otros parecidos, fortalecen el corazón de los creyentes y lo socorren con toda evidencia. Si piden refugio contra Satanás se debe al cumplimiento de Su Mandato, aunque estén inundados por su fe; a que buscan Su Socorro, aunque estén preservados de la astucia demoníaca; y por su deseo de apoyarse en Él y de obedecerle piadosamente.

El shaij Abû-l-Hasan contó lo siguiente, Dios tenga misericordia de él: “En mi peregrinar espiritual encontré un hombre que me dio estas indicaciones: No hay palabras que refuercen más los actos que: ‘No hay decisión ni fuerza sino en Dios’; no hay acto que sirva de más ayuda que la huida hacia Dios y aferrarse a Él, ‘Quien se aferra a Dios, está guiado en el Camino Recto’ (C. III.101). Luego dijo: ‘En el nombre de Dios, huyo hacia Dios y me aferro a Dios, no hay decisión ni fuerza sino en Dios, ¿quién perdona los pecados sino Dios?’ En el nombre de Dios es una expresión de la lengua que viene del corazón; huir hacia Dios es el atributo propio del espíritu y del secreto íntimo del ser, aferrarse a Dios es el atributo del intelecto y del alma; ‘No hay decisión ni poder sino en Dios es el atributo de la Soberanía y del Mandato. ¿Quién perdona los pecados sino Dios? Señor me refugio en Ti contra la actividad de Satanás, enemigo y seductor evidente’. Luego, dirigiéndose a Satanás, le dijo: ‘Esto es lo que Dios ha enseñado sobre ti, en Dios creo, en Él pongo toda mi confianza y me refugio en Dios contra ti. Si no fuera porque Él me lo ordenó no pediría refugio contra ti. ¿Quién eres tú para tener que refugiarse en Dios contra ti?’ ”

Debes comprender, Dios tenga misericordia de ti, que Satanás es bien poca cosa para aquellos corazones cuya fuerza reside en Él y cuya voluntad depende de Él.

El secreto de la razón de ser del Demonio está en el hecho de que es una manifestación a la que se atribuyen las causas creadas de la desobediencia, de la incredulidad, de la negligencia y del olvido. Fíjate en estas expresiones: “No me lo hizo olvidar sino Satanás” (C. XVIII.63); “Esto es obra de Satanás” (C. XXVIII.15)[v].

La razón de su existencia es recoger lo más sucio y por eso, un gnóstico ha dicho que Satanás es el mandil de este mundo con el que se limpia toda la porquería del pecado y de la maldad. Si Dios hubiera querido que no se pecara, no hubiese creado a Satanás.

El shaij Abû-l-Hasan, Dios tenga Misericordia de él, decía que “Satanás es como el macho y el alma como la hembra. El pecado es producto de ambos, como el hijo es producto del padre y de la madre; eso no quiere decir que ambos le den la existencia, aunque sí son su medio de manifestación”.

Estas palabras del shaij enseñan que, igual que el hombre inteligente no tiene dudas de que el hijo no es una creación del padre y de la madre, ni su existencia se debe a ellos, sino que se les atribuye como su medio de manifestación, del mismo modo, el creyente no duda que el pecado no es creación de Satanás y del alma, procede de ambos, pero no es realmente de ellos. Como ambos lo manifiestan, se les atribuye.

Esta atribución del pecado a Satanás y al alma es de procedencia y causalidad pero, su creación y existencia, debe atribuirse a Dios. Igual que Él es el Creador de la virtud por su Gracia, es el Creador del pecado por su Justicia. “Di: Todo procede de Dios, ¿pero acaso puede esta gente comprender una sola palabra?” (C. IV.78). “Dios es el creador de todas las cosas” (C. XXXIX.62). “¿Hay algún

otro creador que no sea Dios?” (C. XXXV.3). “¿Acaso el que crea es como quien no puede crear? ¿No os dais cuenta?” (C. XVI.17).

El versículo que echa por tierra la pretensión de los innovadores[vi] “, que pretenden que Dios creó la virtud pero no el pecado, es: “Dios os creó a vosotros y a vuestros actos” (C. VII.28). Si objetan que “Dios no ordena lo aborrecible” (C. IV.79), hay que contestar que el Mandato no es lo mismo que el Decreto.

Si plantean que Él dice, “Lo que te llega de bien procede de Dios y lo que te llega de mal de ti mismo” (C. IV.79), es porque no comprenden que esa diferencia enseña a la criatura la relación de cortesía que debe tener con Dios, indicándonos que los beneficios son propios de Su Ser, y los defectos, propios de nuestra existencia. Como dijo Al-Jidr, la paz sea con él: “Quise estropearlo” (C. XVIII.79)[vii], y más adelante: “Tu Señor quiso hacerles llegar a ambos a la plenitud” (C. XVIII.81). Abraham, la Paz sea con él, también dijo: “Cuando estoy enfermo Él me cura” (C. XXVI.80).

Al Jidr no dijo: “Tu Señor quiso estropearlo”. El defecto se lo atribuyó a sí mismo y la virtud a su Señor, igual que Abraham no dijo: “Cuando Él me pone enfermo...” Se atribuyó la enfermedad a sí mismo y la curación a su Señor, a pesar de que Dios, exaltado sea, es El verdadero Hacedor y Creador de todo.

La expresión: “El bien que te llega procede de Dios”, alude a lo que es creado y existente. La expresión: “Lo que te ocurre de mal proviene de ti mismo”, es en tanto que condición y atributo (humano). Igualmente dijo el Profeta, la paz sea con él: “El bien está en Tus manos, pero el mal no puede atribuírseTe”, para enseñarnos que, aunque Dios es el Creador del bien y del mal, de lo beneficioso y de lo perjudicial, hay que expresarse con cortesía y decir: “El bien está en Tus manos...”, de acuerdo con la interpretación que hemos dado. ¡Tenlo en cuenta!

Cuando dicen que Dios no puede haber creado el pecado, porque es un mal, y Dios está libre de toda impureza, hay que responder que la desobediencia es un mal del hombre porque supone transgredir el Mandato. El mal no está en la cosa prohibida, sino que se debe al hecho de realizar algo prohibido. De igual modo el bien no está en lo que se ordena, sino en lo que significa cumplirlo. ¡Tenlo en cuenta! Además, la trascendencia misma de Dios está por encima de esta trascendencia (al respecto del mal), de modo que, si dijese:

“¡Gloria a Dios! ¡Cómo ha podido Él crear el pecado!”, responderíamos: “¡Gloria a Dios! ¡Cómo puede existir en Su Reino algo que Él no desea!” ¡Fíjate bien!

Que Dios nos guíe en el camino Recto y por Su Gracia nos guarde en la auténtica religión.

[i] Originario de Nishapur en Irán (m. 878).

[ii] Todo este comentario utiliza simultáneamente dos términos muy próximos, *tayf*, aparición irreal o espectro, que se produce sobre todo en la somnolencia, y *tâ'if*, sugestión diabólica. Después aclarará que son dos lecturas posibles del texto coránico.

[iii] La misma raíz en forma 1ª “invocar y mencionar”, y, en forma 5ª, “acordarse”.

[iv] El comentario gramatical que a continuación desarrolla marca matices difíciles de precisar en la traducción. La expresión coránica indica simultaneidad. El recuerdo sólo es un medio de actualizar la clarividencia.

[v] En tales expresiones los profetas remiten los defectos a la intervención satánica.

[vi] Por innovadores se refiere a las corrientes heréticas y, en concreto, sobre este punto, al pensamiento *mu'ta'ili*.

[vii] Véase la historia de Al-Jidr con el profeta Moisés en la azora XVIII del Corán

Capítulo 6

Sobre la excelencia de la entrega al Decreto Divino

Dios, exaltado sea, dice: “¿Quién rechaza la religión de Abraham sino quien se denigra a sí mismo? En verdad le hemos escogido en este mundo y, en la Otra Vida, se encuentra entre los virtuosos. Cuando su Señor le dijo: ‘Sométete’, respondió: ‘Me someto al Señor de los mundos’” (C. II.130). “La religión, para Dios, es la sumisión, Islam” (C. III.19). “Es la creencia de vuestro padre Abraham. Él os denominó sumisos anteriormente” (C. XXII.78). “Someteos a Él” (C. XXII.34). “Si argumentan contra ti, responde. he inclinado (sometido) mi rostro ante Dios, así como quienes me siguen” (C. III.20). “Quien desea otra religión que no sea la sumisión, Islam, no le será aceptada y en la Otra Vida será de los fracasados” (C. III.85). “Quien inclina su rostro a Dios, haciendo el bien al mismo tiempo, se agarra al asa más sólida” (C. XXXI.22). “Hazme morir en la

sumisión y júntame con los virtuosos” (C. XII.101). “Soy el primero de los que se someten” (C. XXXIX. 12).

Este énfasis con el que se menciona el término sumisión, islam, se debe a que es una alabanza de Su Decreto y una exaltación de Su Mandato. El Islam, entrega a Dios, tiene un aspecto exterior y otro interior; Su exterior es conformarse con lo que Dios ordena, su sentido interior es que desaparezca cualquier tipo de resistencia frente a Él. El Islam corresponde a los miembros, la no-resistencia y la entrega, istislam, corresponde al corazón. El Islam es como la forma y, el istislam, el espíritu de esa forma. El Islam es el exterior, el istislam, su interior. Musulmán es quien se entrega a Dios, exteriormente como Él ordena e, interiormente, por el abandono a la Fuerza de Su Deseo.

La realización de la estación de la entrega se produce tras perder todo sentimiento de resistencia frente a los decretos divinos y por el abandono —no-actuar por cuenta propia— a Él, tanto en Su hacer como en Su deshacer. A quien pretende el Islam se le exige la entrega total. “Di: Traed vuestra prueba si sois sinceros” (C. II.111). Fíjate cómo Abraham, cuando su Señor le dijo: “sométete”, respondió: “me someto al Señor de los Mundos” (C. II.130).

COMENTARIO[i]

Cuando fue arrojado en la catapulta los ángeles imploraron por él: “Señor, he ahí a tu amigo, bien sabes lo que le ocurre”. Dios, exaltado y glorificado sea, respondió: “¡Oh Gabriel! vete junto a él, si te pide socorro, socórrele y si no lo hace, es Mi amigo, abandónalo a Mí”. Cuando Gabriel llegó junto a él, mientras estaba ya en el aire, le preguntó: “¿Tienes necesidad de algo?” .“De ti no, pero de Dios, sí”, respondió Abraham. “Implóraselo”, le dijo Gabriel. “Me basta como súplica el conocimiento que Él tiene de mi estado”, exclamó Abraham.

No pidió socorro más que a Dios, ni se preocupó más que de Dios. Se entregó al decreto de Dios, prescindió de su propio interés en favor de la decisión de Dios a su respecto, de su propio cuidado en favor del cuidado de Dios, de su propia súplica en favor del Conocimiento de Dios, sabiendo que la gracia de Dios penetra todos los estados. Dios lo ha elogiado así: “Abraham el que ha cumplido” (C. LIII.37). Y le salvó del fuego diciendo: “¡Oh fuego! sé frescor y paz para Abraham” (C. XXI.69).

La gente de la ciencia religiosa dice que si Dios, glorificado sea, no hubiese dicho “paz”, le hubiese hecho perecer de frío. Aquel fuego quedó extinguido y, según las tradiciones proféticas, en ese momento se extinguió también el fuego en Oriente y Occidente, tal como parece indicarlo el sentido de la orden divina, y sólo llegó a quemar sus ataduras.

Presta atención a la respuesta que Abraham le dio a Gabriel, cuando éste le preguntó “¿Tienes necesidad de algo?” “No”, dijo, “no tengo necesidad de nada”,

porque la estación de la misión profética y de la intimidad exige dar testimonio del estado de servidumbre, y tal estado implica mostrar la necesidad de Dios, tener ante Él una actitud de indigencia y preocuparse sólo de Él.

A tal actitud corresponden las palabras: “de ti, no”. Es decir, estoy necesitado de Dios, y no de ti. Sus palabras expresaron su indigencia ante Dios y su preocupación sólo por Él. El asunto no es, como dijo alguien, “que el sufí no es realmente sufí hasta que no tenga ninguna necesidad de pedir a Dios”. Estas palabras no son propias de los hombres de la rectitud, los hombres perfectos; aunque puedan interpretarse en el sentido de que el sufí, consciente de que Dios ya le ha concedido todo lo que necesita antes de crearle, no tiene necesidad de pedir a Dios lo que sabe que le ha destinado ya en la eternidad. No pedir no quiere decir que no tenga necesidad de Él. También puede haber una segunda interpretación: que “no tenga ninguna necesidad de pedir a Dios” es que solamente esté pendiente de Él y no se preocupe más que de Él. ¡Qué gran diferencia hay entre estar pendiente de Él y estar pendiente de lo que viene de Él! Quizás haya querido decir que, abandonado a Dios, ha hecho total entrega a Él y no le queda otra voluntad más que Su Voluntad.

Otro punto que también cabe considerar es que, cuando Abraham le respondió a Gabriel “de ti no tengo necesidad pero de Él sí”, Gabriel se dio cuenta de que no solicitaba su ayuda y que su corazón contemplaba sólo a Dios. Por eso Gabriel le dijo “entonces suplícale”, es decir, si no tienes necesidad de depender de mediación alguna, entonces, suplica a tu Señor, puesto que Él está más cerca de ti que yo. Abraham, la paz sea con él, le respondió: “Su Ciencia a mi respecto es suficiente para mí como súplica”. Es decir; Le he contemplado y Le he visto más cerca de mí que mi súplica, me he dado cuenta de que mi súplica es un medio de intercesión, y no deseo depender de ningún medio de intercesión más que Él exclusivamente; sé que Dios, glorificado sea, es Omnisciente, y no hay necesidad de suplicarLe ni es posible que Él me descuide. Me basta con la Ciencia de Dios como súplica y con saber que Él no aparta de mí Su Bondad en cualquier circunstancia. Esto es atenerse, de verdad, sólo a Dios y cumplir como corresponde con las palabras “Dios me basta”.

Nuestro shaij Abû-l-‘Abbas comentando el texto, “Abraham el que cumplió”, decía que “cumplió con lo que requería su afirmación, ‘Dios me basta’. Alguien ha dicho: ‘dio su comida al huésped, entregó su hijo en sacrificio y su cuerpo al fuego, por eso, Dios le elogió diciendo: ...y Abraham el que cumplió’ ”.

Fíjate que, cuando Dios, exaltado sea, dijo a los ángeles: “Voy a poner un representante en la Tierra”, aludiendo a Adán y a sus descendientes, éstos respondieron: “¿Vas a poner a alguien que la corrompa y vierta la sangre en ella, mientras nosotros Te glorificamos con Tu Alabanza y Te Santificamos?” “Yo sé lo que vosotros ignoráis, les respondió” (C. II.30).

El hecho de que Abraham no pidiese ayuda a Gabriel en ese momento, fue una respuesta de Dios a los ángeles. Como si dijese: “¿Qué os parece mi servidor, aquel de quien decíais: ‘¿vas a poner en ella a alguien que la corrompa y vierta la

sangre?’ ” Quedaron así bien claras sus palabras: “Yo sé lo que vosotros ignoráis”.

El Enviado de Dios, sea con él la bendición y la paz, ha dicho: “Los ángeles se turnan noche y día en torno vuestro, ascienden hasta Él con lo que saben de Vosotros, y Él les pregunta, aunque Él es el más Sabio: ‘¿Cómo dejasteis a mis servidores?’. ‘Llegamos mientras hacían la plegaria y les dejamos mientras la plegaria, responden ellos”. Dice el shaij Abû-l-Hasan, Dios esté satisfecho de él: “Es como si Dios preguntase a los ángeles: ¿Cómo dejasteis a mis servidores? Vosotros que dijisteis: ¿vas a poner en ella a quien la corrompa y vierta la sangre?”

La intención de Dios al enviar a Gabriel junto a Abraham era mostrar la estación espiritual del “amigo íntimo” a los ángeles, haciéndoles ver la nobleza de sus cualidades y la importancia de su cometido. ¿Cómo hubiera podido pedir ayuda Abraham a algo que no fuese Él, si sólo Le veía y Le contemplaba a Él? La verdadera razón de que se le llamase “amigo íntimo” se debe exclusivamente a que su estado interior estaba penetrado por el Amor, la Inmensidad y la Unicidad Divina, sin que quedase en él espacio para ningún otro. Dicen:

“La fuerza del Espíritu se apoderó de mí

Por eso fue llamado íntimo, el amigo.

Si hablo, Tú eres mi palabra;

Si callo, Tú eres mi silencio”.

Ten presente que Dios, exaltado sea, colmó de intimidad a Abraham, la paz sea con él, mediante la luz de la satisfacción, le concedió el espíritu de la entrega total y guardó su corazón de la atención por las criaturas. El fuego se convirtió en frescor y paz para Abraham cuando su corazón se remitió por completo a Dios. La grandeza y excelencia que mostró se debió a su entrega y a la pureza interior de su estado. Presta atención ¡creyente! Quien se entrega a Dios en los imprevistos de la prueba, Dios convierte su aflicción en regocijo, y su temor en seguridad.

Cuando Satanás te arroje en la catapulta de la prueba, apártate de las criaturas que te dicen: “¿Tienes alguna necesidad?” Responde: “De ti, no; de Dios, sí”. Si te dicen: “Implórale”, responde: “Me basta como súplica el conocimiento que Él tiene de mi estado”. Así, Dios convertirá el fuego de este mundo en frescor y paz, y te concederá Su favor y Su gracia. Dios ha abierto, por medio de los profetas y enviados, el camino de la rectitud. Tras ellos marcharon los creyentes, siguiendo a los hombres de certeza. “Di: ésta es mi vía, llamar a Dios con toda claridad, yo y quienes me sigan” (C. XII. 108).

En el caso de Jonás, la paz sea con él, dice igualmente: “Le respondimos y le salvamos de la tristeza. Así salvamos a los creyentes” (C. XXI.88). Es decir, así

salvamos a los creyentes que marcharon tras esos pasos, que están anhelantes de sus luces y que buscan a Dios con humildad e indigencia, cubiertos por el distintivo de la pobreza y el abatimiento.

En la narración de Abraham, la paz sea con él, hay un motivo de reflexión y de guía para los que meditan y están dotados de visión interior. Quien prescinde de su propio tadbîr, Dios, exaltado sea, se hace cargo de él con la excelencia de Su tadbîr. ¿No te das cuenta de que cuando Abraham no se preocupó por su tadbîr, se lo cedió a Dios, se lo entregó y puso su confianza en Él, fue cuando, en consecuencia, obtuvo la salvación y la consideración, de modo que su elogio perdura a lo largo del tiempo? Dios nos ha ordenado que no nos apartemos de la religión de Abraham y que pongamos cuidado en guardar como es debido esa denominación de acuerdo con lo que Él dice: “La religión de vuestro padre Abraham. Él os denominó musulmanes (entregados a Dios) anteriormente” (C. XXII.76).

Quien de verdad pertenezca a la religión abrahámica debe estar exento de su propio tadbîr y de toda resistencia a Él, “¿Quién se aparta de la religión de Abraham sino el que se denigra a sí mismo?” (C. II.130). Su religión implica el “no-actuar” frente a Dios y la entrega a los imprevistos de los decretos divinos.

El objetivo es que no tengas más objetivo que Dios. A esto aludimos en este poema:

“Lo que quiero de ti es que olvides el querer,

Si quieres encaminarte hacia la rectitud.

Deja la existencia, no le prestes atención,

Y conseguirás agarrarte a un firme asidero.

¿Hasta cuándo vas a descuidarMe

Mientras me encargo de custodiarte y atenderte?

¿Hasta cuándo estarás pendiente de las criaturas,

Errando por cualquier valle,

Y dejarás de preocuparte por Mí?

¡Por tu vida! que te has extraviado.

Mi amor por ti, si supieras, es antiguo.

Mi singularidad fue atestiguada el día de ¿No soy yo..?[ii]

¿Acaso hay otro Señor y esperas
Que te salve, mañana, de una gran aflicción?
La impotencia engloba la existencia,
Toda ella se siente necesitada.
Por Mí se mantienen los seres
Y se manifiestan según Mi Voluntad.
¿Acaso en Mi morada y Mis dominios
Hay otro al que puedas recurrir?
Proyecta los ojos de la fe y mira,
Verás a las criaturas anunciar su vacuidad.
Quien no tiene ser propio, su fin es la no existencia;
Y tú, sin duda, te desvanecerás.
Toma Mis vestiduras, no las dejes jamás
Poniendo tu anhelo en las criaturas.
Deja a mi puerta todas tus esperanzas,
Y no vengas a Nuestra Presencia con provisiones.
Atente a tu condición y sé humilde,
Acéptala y tendrás lo que buscas de Mí.
Sé Nuestro servidor, un servidor satisfecho
Con lo que su Señor quiere de él.
¿Cubro tu bajeza con Mis Atributos
Y, a cambio, por ignorancia, te resistes?
¿Tienes parte en Mi Reino para disputármelo?
La verdad es clara,

Si quieres llegar hasta Mí,
¡He ahí el alma! Desconfía de ella y trátala como enemiga,
Sumérgete en el Océano de la extinción: Nos verás.
Concéntrate en Nós hasta el Día del Retorno,
Implora Nuestra Generosidad y hallarás
La belleza de la obra de un Señor espléndido.
Ya no buscarás más, ese día,
Sólo Yo seré tu Guía”.

[i] Este comentario está basado en la tradición musulmana sobre la historia de Abraham con Nemrod.

[ii] ¿No soy Yo vuestro Señor? (C. VII.172).

Capítulo 7

Tadbîr censurable y tadbîr elogiabile

El tadbîr tiene dos aspectos: uno, elogiabile, y otro, censurable. El tadbîr censurable es el que lleva a tu alma a buscar su propio interés, no el de Dios. Es el caso de los actos de desobediencia y de distracción, o los actos de obediencia hipócrita, por el “qué dirán” y otros semejantes. Este es el censurable, y lleva consigo un castigo o un velo.

Quien se da cuenta de lo que supone la gracia de la inteligencia, siente vergüenza de emplearla en procurarse lo que no conduce hacia Su Proximidad y no es motivo de Su Amor.

La inteligencia es el don más precioso que Dios ha concedido a sus siervos. Dios, glorificado y exaltado sea, al crear a los seres, los dotó a todos con la existencia y unos medios de asistencia. Ambas gracias son inherentes a cada ser, y éste precisa de ambas forzosamente. Sus palabras: “Mi Misericordia lo abarca todo” (C. VII.56), pueden entenderse, aquí, en este sentido.

Al hacerles partícipes de Su Existencia y de Su Asistencia, estableció diferencias entre ellos para manifestar la amplitud de posibilidades y la capacidad inagotable del Querer Divino. A algunos seres los distinguió por el crecimiento, como son las plantas, los animales y los seres humanos. En estos seres manifestó su Omnipotencia de forma más evidente que en los seres sin crecimiento. Entre las modalidades de seres que participan del crecimiento, los seres humanos y los animales tienen además el privilegio de la vida animada. Su Omnipotencia en estos seres es aún más manifiesta que en los que carecen de vida animada. Luego, Dios quiso distinguir al hombre entre los animales, de forma especial y más perfecta, y le concedió la inteligencia. Su amplitud, su irradiación y su luz abarcan las diferentes necesidades de este mundo y del Otro.

Malgastar esa inteligencia en tratar de ocuparse de este mundo, que carece de valor junto a Dios, es una ingratitud hacia el don de la inteligencia.

Emplearla como es debido para retornar a Él, en agradecimiento a Quien te la concedió y la dotó de su luz, es lo más apropiado y lo más conveniente.

No emplees tu inteligencia, con la que Él te ha agraciado, en las ocupaciones de este mundo que es, como nos lo transmite el Profeta, la paz sea con él, “Una carroña maloliente”. En otra ocasión el Profeta, que Dios le bendiga y colme de paz, le preguntó a Dahhâk: “¿De qué te alimentas?”. “De carne y leche, ¡Oh Enviado de Dios!”. “¿En qué se convierte eso?”, le preguntó de nuevo. “No sé, ¡Oh Enviado de Dios!”. “Dios ha puesto, como símbolo de este mundo, lo que evacua el hijo de Adán”, le respondió.

También ha dicho, Dios le colme de bendición y de paz: “Si este mundo pesara para Dios lo que el ala de un mosquito, el incrédulo no sacaría de él ni un sorbo de agua”.

Un ejemplo de quien emplea su inteligencia en este mundo así descrito[i], es alguien a quien el rey ha concedido una espada de enorme valor, cuya investidura sólo se la concede a unos pocos vasallos para que combatan a sus enemigos y la lleven con orgullo. Sin embargo, él emplea esta espada para golpear carroñas hasta mellar su filo. Actuando así echa a perder su virtud y su rango, y merece que el rey, cuando sepa cómo actúa, le quite la espada, le haga padecer un grave castigo por su mal proceder y le aparte de su presencia.

Este ejemplo sirve de aclaración entre lo que es el tadbîr censurable y el que es digno de alabanza. Este último consiste en todo aquello que te aproxima a Dios, como es el propósito de saldar los compromisos contraídos con las criaturas, cumpliendo con ellos o rescindiéndolos lícitamente, para volverte sinceramente arrepentido hacia el Señor de los Mundos[ii].

También la meditación, fikr (como forma de tadbîr), con la que uno trata de rechazar la rebeldía de la pasión y la seducción del Demonio, es, sin duda, algo muy loable. Por eso dijo el Enviado de Dios, la paz sea con él: “Una hora de meditación es mejor que setenta años de actos de devoción”.

En lo que respecta a las ocupaciones de este mundo, hay dos formas de actuar: por intereses mundanales o por intereses espirituales. Hay una actividad que trata de lograr reputación y bienes. Todo lo que supone un aumento por ese lado implica también un aumento de distracción y de ilusión. Signo de esta actitud es descuidar las obligaciones con Dios y caer en el pecado. Pero puede uno tener actividades en este mundo con vistas a la Otra Vida, como quien con el comercio, los negocios o el campo, trata de alimentarse lícitamente, ayudar a los pobres con lo que le sobre y evitar por completo depender de los hombres. El signo de esta actitud es la falta de ansiedad y de avaricia, y el desprendimiento.

El hombre que renuncia al mundo se reconoce por dos cosas: por lo que gana y por lo que pierde. Cuando gana, es desprendido y, cuando pierde, guarda la tranquilidad de espíritu. El desprendimiento es una forma de agradecimiento por la ganancia. La tranquilidad de espíritu es una forma de agradecimiento por la pérdida. Ambas cosas son fruto de la intuición y del conocimiento. Dios te agracia tanto con lo que te da como con lo que te quita. Y la gracia que te hace con lo que te quita es aún más completa.

Dice Sufyan at-Tawri[iii], Dios tenga misericordia de él: “La gracia que Dios me otorgó, con lo que me quitó en este mundo, fue más completa que la que hizo con lo que me ha dado”.

El shaij Abû-l-Hasan, Dios esté satisfecho de él, cuenta que vio al Verídico[iv] en sueños. Éste le dijo: “¿Sabes cuál es el signo de que el corazón está libre de amor por este mundo?”. “No sé”, le respondí. “El signo de que el corazón está libre de

amor por este mundo consiste en dar cuando se tiene y en mantener la tranquilidad de espíritu cuando se pierde”.

Todo esto sirve para aclarar que no todos los que se procuran los bienes de este mundo son censurables. Lo censurable es procurárselos por ellos mismos, no por tu Señor; para tu propia vida mundanal, no con vistas a la Otra Vida. Hay, en conclusión, dos clases de hombres: quienes buscan este mundo por este mundo, y quienes lo buscan por la Otra Vida.

He oído decir a nuestro shaij Abû-l-‘Abbas, Dios le haga misericordia: “El gnóstico no tiene vida profana[v], su duniâ es para la Otra Vida, y su Otra Vida es para su Señor”.

Así se comportaron los Compañeros del Profeta y los primeros santos, Dios esté satisfecho de ellos. Todos los recursos materiales que recibieron les sirvieron para aproximarse a Dios y obtener Su Satisfacción. No persiguieron, con eso los bienes de este mundo, ni su encanto, ni gozar de él. Por ello Dios les describe así: “Muhámmad es el Enviado de Dios, los que están con él, son severos con los incrédulos y compasivos entre sí. Los verás inclinándose y prosternándose, implorando gracia y aceptación por parte de Dios. En sus rostros está la huella de la prosternación” (C. XLVIII.29). Y en otro versículo: “Casas que Dios ha permitido levantar, para que se mencione Su Nombre y Le alaben, mañana y tarde, hombres a los que, ni el negocio ni el comercio les distraen del recuerdo de Dios, de cumplir la plegaria y pagar el zakat; que temen a Dios y el Día en el que los corazones y las miradas se revuelvan” (C. XXIV.36). También dice: “Hay hombres que han sido fieles con lo que han pactado con Dios, algunos cumplieron ya su voto y, otros, esperan, sin cambiar para nada” (C. XXXIII.23). Hay muchos otros versículos que hablan en términos parecidos.

¿Qué piensas de unos hombres a los que Dios eligió como compañeros de Su Enviado para recibir la llegada de su mensaje? No hay creyente alguno, hasta el Día de la Resurrección, que no esté en deuda con los Compañeros, por sus innumerables favores y por su ayuda inolvidable. Ellos son los que nos han transmitido la sabiduría y los principios del Enviado de Dios, aclararon lo que es lícito e ilícito, enseñaron al pueblo y a la élite, conquistaron regiones y países, sometieron a los politeístas y a los apostatas. El Enviado de Dios, la paz sea con él, dijo de ellos: “Mis Compañeros son como las estrellas, siguiendo a cualquiera de ellos estaréis bien guiados”.

En el versículo anterior Dios describe su estado: “implorando gracia y aceptación por parte de Dios”, enseñándonos así, al ser Él Quien está enterado de lo que hay dentro de ellos y conoce tanto su intimidad como su actitud exterior, que su objetivo en este mundo, y todo lo que trataron de obtener en él, sólo fue buscando la Noble Faz de Dios y la plenitud de Su Gracia.

Dios dice también sobre ellos: “aguarda junto a aquellos que imploran a su Señor, día y noche, aspirando a Su Faz” (C. XVIII.28). Esto nos enseña que no tenían otra aspiración y otro deseo más que Él, exaltado sea.

Dice en el otro versículo: “Le alaban, mañana y tarde, hombres a los que ni el negocio ni el comercio les distrae del recuerdo de Dios”. Quiere decir que Él ha purificado su interior y ha completado sus luces y, por eso, este mundo no puede atrapar sus corazones ni perturbar la rectitud de su fe. ¿Cómo podría este mundo atrapar unos corazones que están llenos de Su amor y en los que brillan las luces de Su intimidad? Dios, exaltado sea, afirma: “No tienes poder sobre Mis servidores” (C. XV.42). Si este mundo tuviese poder sobre ellos, también lo tendría Satanás; pero Satanás no puede llegar hasta los corazones donde brillan las luces de la renuncia al mundo y se han barrido las porquerías del deseo. Es como si dijese: “no tienes poder sobre mis servidores, ni tú (Satanás), ni ninguna otra criatura, ya que la fuerza de Mi Grandeza sobre sus corazones, no permite que algo tenga poder sobre ellos”. Dios lo reafirma en ese versículo: “Ni el negocio ni el comercio les distraen del recuerdo de Dios”. No les impide que comercien y negocien, al contrario, el versículo corrobora la licitud de negociar y comerciar, de acuerdo con la frase, si lo miras atentamente con inteligencia. ¿No dice también: “cumplid la plegaria y pagad el zakat? (C. XXI.73). Si les hubiese prohibido ser ricos, tendría que haberles prohibido aquello que lo hace posible, como es negociar y comerciar. ¿No te das cuenta de que, si les impuso la obligación del zakat, es porque entre esos hombres, a los que Él ha descrito con tales características, había algunos que eran ricos? Su riqueza no les priva de la alabanza que Dios les hace, porque han cumplido con lo que corresponde a su Señor.

Abdallah ibn ‘Utba cuenta que ‘Uzmân ibn ‘Affân[vi], Dios esté satisfecho de él, tenía guardados el día en que fue asesinado, ciento cincuenta mil dinares y un millón de dirhams, y dejó una finca entre Aris, Jaybar y el valle de Al-Qurâ, cuyo valor era de doscientos mil dinares. En cuanto a los bienes de Zubayr[vii], Dios esté satisfecho de él, se dice que eran de cincuenta mil dinares, y que dejó mil caballos y mil esclavos. ‘Amr ben al-‘Ass[viii], Dios esté satisfecho de él, dejó trescientos mil dinares. Y está el caso del rico Abd ar-Rahmân ben Awf[ix], que es el caso más conocido de todos.

Este mundo estaba en sus albardas, no en sus corazones. Supieron privarse de él cuando no tuvieron sus bienes y dieron gracias a Dios cuando se les presentaron. Dios les probó con la privación al comienzo de su vía, para que sus luces llegaran a la plenitud y sus estados interiores se purificaran. Entonces, les proporcionó los bienes, porque si se los hubiese dado antes este mundo podría haberles atrapado. Cuando les concedió los bienes de este mundo, una vez bien arraigada y consolidada la certeza, los administraron con la potestad del encargado fiel, de acuerdo con las palabras de Dios: “Distribuid los bienes de los que se os ha hecho administradores” (C. LVII.7).

En este sentido se entiende que, al comienzo de su vía, se les impidiese combatir: “Perdonad y soportad hasta que llegue el mandato de Dios” (C. II.109). Si el combate hubiese estado permitido al comienzo del Islam, aquel que fuese aún reciente en el Islam hubiera considerado la victoria, sin ser consciente, como algo propio.

‘Ali[x], Dios esté satisfecho de él, llegaba hasta el punto de que, cuando golpeaba en el combate, dejaba un momento de calma y luego volvía a atacar. Por temor a dejarse llevar por su impulso y que esto le hiciera sentir que el resultado dependía en parte de él, ya que conocía bien las maquinaciones y celadas del alma, que Dios esté satisfecho de él.

La vigilancia de sus corazones, la pureza de sus actos y el cuidado en que nada les desviase de Dios era enorme. Este mundo estuvo en las manos de los Compañeros, no en sus corazones, tal como se desprende de su desapego y caridad. A ellos se refiere Dios con estas palabras: “...Y prefieren dar a los demás, privándose, aunque eso les empobrezca” (C. LIX.9).

A uno de ellos le ofrecieron la cabeza de un cordero y dijo: “Fulano la merece más que yo”. Se la llevaron a éste y dijo lo mismo. Así fue, de uno a otro, hasta volver al primero de ellos, después de haber pasado por unas siete personas.

Otra prueba de esto es el ejemplo de ‘Umar que se desprendió de la mitad de sus bienes, el de Abû Bakr, el “verídico”, que se desprendió de toda su fortuna, el de Abd ar-Rahmân ben Awf , que se desprendió de setecientos camellos cargados de mercancías, o el de ‘Uzmân, que aprovisionó el ejército de la expedición de la “Dificultad”, y otros muchos ejemplos que demuestran la excelencia de sus actos y lo sublime de sus estados.

En cuanto al contenido del versículo: “Hay hombres que han sido fieles con lo pactado con Dios, algunos cumplieron ya su pacto, otros esperan aún, sin cambiar para nada”, muestra su estado de sinceridad interior, que nadie, salvo Dios, penetra. Este es un gran elogio y un honor inmenso, porque la apariencia de los actos puede disimular los estados interiores a los ojos de los hombres[xi] . Esta aleya es una garantía de la pureza de su conducta exterior y de su realidad interior, y una confirmación de sus méritos y de su gloria.

De todo lo dicho se desprende que el tadbîr, en lo referente a este mundo, tiene dos aspectos: uno, es el tadbîr con el fin de obtener el beneficio de este mundo, el otro, es el tadbîr por el beneficio de la Otra Vida. El primero, es el estado que corresponde a los hombres de la separación y a los profanos, el segundo, es el de los nobles Compañeros y el de los santos antepasados. Así lo explican las palabras de ‘Umar, Dios esté satisfecho de él: “organizo el ejército mientras cumplo mi plegaria”, porque su tadbîr estaba asistido y dirigido hacia Dios. Esa es la autorización[xii] del tadbîr legítimo, y, por ello, no le separaba ni disminuía nada la integridad de su plegaria.

Podría objetarse lo siguiente: “Afirmas que no tenían deseos de este mundo, pero Dios ha revelado a este propósito: “Entre vosotros, algunos buscan este mundo, otros, buscan la Otra Vida” (C. III.152). Incluso, alguno de los Compañeros, dijo sobre este versículo: “No pensábamos que ninguno de nosotros pudiera desear este mundo hasta que Dios reveló estas palabras”.

Has de saber, Dios te permita comprenderLe y ser de los que Le escuchan, que todo creyente tiene la obligación de pensar bien de los Compañeros, de creer en sus méritos, justificar sus palabras, sus actos y sus circunstancias, durante la vida del Enviado de Dios, que Dios le bendiga y conceda la Paz, y después de su fallecimiento. Dios les purificó por completo y de una vez por todas, como también lo hizo el Enviado de Dios al decir: “Mis Compañeros son como las estrellas, a cualquiera de ellos que os dirijáis os guiará”. De acuerdo con esto, ese versículo puede interpretarse de dos maneras: “Entre vosotros hay quien desea este mundo” para conseguir el Otro, como son aquellos que buscan el botín de la batalla para cumplir con Dios haciendo caridad con lo que consiguen; y quienes no esperan nada de esto, ya que su único deseo es conseguir la gracia del combate espiritual y nada más, sin buscar el botín ni preocuparse por él. Es decir, entre ellos los hay buenos y los hay excelentes, los hay cumplidores y los hay perfectos.

Otra conclusión es ésta: el Señor puede decir lo que desee a Su siervo, pero nosotros debemos guardar la cortesía con el siervo en cualquier caso. Además, no siempre que el Señor amonesta a su servidor hay que atribuirle esa falta ni echársela en cara, ya que el Señor puede decirle algo a su servidor para estimular y avivar su aspiración y su resolución, pero siempre debemos guardar los límites de nuestro respeto. Al examinar el Libro Glorioso, puedes encontrar varios casos sobre esto. Un ejemplo es la sura, abasa, “Fruunció el ceño”[xiii]. La misma ‘Aisha, Dios esté satisfecho de ella[xiv], dijo que si el Enviado de Dios hubiese ocultado algo de la Revelación, habría ocultado esta sura.

De todo lo dicho queda bien claro que no es aconsejable prescindir del tadbîr, abandonando las ocupaciones de este mundo y sus ventajas, siempre que sea con vistas a la otra vida y por complacer a tu Señor. El tadbîr que debe evitarse es aquel que busca este mundo por intereses mundanales. Su signo es la desobediencia a Dios y el afán de este mundo por encima de todo.

Ten presente que las cosas son censurables o loables según hacia dónde conduzcan. El tadbîr censurable es el que te distrae de Dios, te priva de poder servirLe y te enfrenta a Su Designio. El tadbîr loable es todo lo contrario, te lleva hacia la proximidad de Dios y hacia Su Satisfacción.

No se debe hablar mal ni bien de este mundo. Critica solamente de él lo que te aparta de tu Señor y te impide prepararte para la Otra Vida. Como dijo un hombre del Conocimiento: “Todo lo que te distrae de Dios, sean personas, bienes o hijos, es nefasto para ti, y todo lo que te ayuda a obedecerLe y te incita a servirLe, es beneficioso”. En resumen, lo que trae el bien, es bueno; lo que lleva al mal, es malo.

El Enviado de Dios, la paz sea con él, ha dicho sobre este mundo: “Este mundo es una carroña maloliente, Este mundo es una maldición, así como todo lo que contiene, excepto el recuerdo de Dios y lo que lo favorece: quien lo enseña o aprende y Dios ha puesto un símbolo de lo que es este mundo en lo que evacua el hijo de Adán”. Estas son las tradiciones que se refieren a la crítica de este

mundo y previenen contra él. Pero también se transmite esta otra tradición suya: “No reneguéis de este mundo, ya que sirve de montura al creyente para conseguir el bien y salvarle del mal”.

Este mundo, al que maldijo el Enviado de Dios, es la vida profana que nos aparta de Dios y, por eso, en el hadiz se hace una salvedad: “...excepto el recuerdo de Dios y lo que lo favorece: quien lo enseña o aprende”, para aclarar que, eso, no es de este mundo. Cuando dice: “...no reneguéis de este mundo”, se refiere al que os conduce a la virtud, y, por eso, añade, Dios le bendiga y colme de paz, “pues sirve de montura al creyente”. Es loable en tanto que su razón de ser es servirle de montura y no de morada a la ilusión y la iniquidad. Si te das cuenta de esto, comprenderás que prescindir del tadbîr no es renunciar a los recursos materiales y llegar a prescindir de un medio de subsistencia. Eso sería una carga para los demás y una forma de ignorar la Sabiduría Divina en la constatación de las causas y en la necesidad de los medios.

Se cuenta que Jesús, la paz sea con él, pasaba junto a un hombre consagrado al servicio de Dios y le preguntó: “¿De dónde sacas para comer?” . “Mi hermano me alimenta”, le respondió. “Entonces tu hermano es más devoto que tú”,le dijo. Es decir, tu hermano, aunque esté en el mercado, sirve mejor a Dios que tú, porque sostiene tu devoción y tu dedicación a ella.

¿Cómo es posible criticar las ocupaciones materiales si Dios mismo ha dicho: “Dios ha permitido el comercio y ha prohibido la usura” (C. II.275), “Tomad testigos cuando negociéis” (C. II.282). El Profeta, la paz sea con él, dijo: “El alimento más lícito que toma el hombre es el que gana con su esfuerzo. David, profeta de Dios, comía de lo que ganaba con sus manos; el mejor modo de ganarse la vida es el trabajo artesanal cuando es honrado; y el comerciante fiel, honrado y entregado a Dios se contará entre los mártires el Día de la Resurrección.

Después de estos argumentos, ¿podría aún alguien decir que recurrir a un medio de vida es algo censurable? ¡No! Lo censurable es olvidar a Dios y apartarse de su Designio. Si abandonases los medios de vida y esa renuncia te distrajera de Dios, también serías censurable.

Los perjuicios no sólo afectan a los que utilizan los medios de vida, pueden afectar, igualmente, a los que han renunciado a ellos. “Hoy no hay protección alguna contra el Mandato de Dios, salvo para quien Él haga esa misericordia” (C. XI.43). Incluso, esos males pueden ser más graves en quienes viven al margen del mundo, porque las faltas de quienes dependen de un medio de vida se deben al hecho de que tienen que recurrir al mundo y, eso mismo, hace que carezcan, interior y exteriormente, de pretensiones, porque tienen que reconocer su impotencia y la superioridad de quienes viven libres de todo para poder consagrarse a Dios. Sin embargo, los males de los que están libres del mundo son otros: fenómenos extraordinarios, orgullo, hipocresía, engreimiento, afectación de la virtud o atribución de sus buenas obras. En ocasiones, esos males se deben a que buscan el sostén y el reconocimiento de los demás. El signo

de esto es que critican a la gente, si no les hacen muestras de consideración, y se molestan con ellos si no les sirven. Estar atrapado en tratar de ganarse la vida, incluso con distracción, es un estado mucho mejor que el otro. Que Dios guarde la integridad de nuestras intenciones y purifique nuestras almas frente a todos estos males por Su Gracia y Su Bondad.

Puede que de estas palabras deduzcas que quien depende de los medios y quien renuncia a ellos están en un mismo nivel. No es así. Dios no coloca en la misma posición a quien se despreocupa de todo para servirLe, y consagra todo su tiempo a Él, que a quien depende de las condiciones de este mundo, aunque sea muy escrupuloso. Incluso si ambos tuviesen un mismo grado de conocimiento espiritual, el que deja el mundo es superior y su realización es más perfecta y elevada.

Un gnóstico dijo que ambos casos pueden compararse con dos esclavos de un rey. A uno le dice “trabaja y vive de lo que ganes”, al otro, “quédate junto a mí para atenderme y servirme, que yo me encargaré de tus necesidades”. Este último tiene más valor para el señor y recibe más atenciones de su parte. Además, es poco probable que te libres del pecado o puedas practicar la virtud mientras tengas que depender del mundo. Eso exige tener que frecuentar a gente conflictiva y profana. Lo que más te ayuda a practicar la virtud es el ejemplo de los virtuosos, y lo que más te empuja al pecado es el ejemplo de los pecadores. El Profeta ha dicho, la paz sea con él: “El hombre practica la religión de su mejor amigo, prestad atención a quien tratáis como tal”.

Dice el poeta:

“Mira con quién anda y verás de quién se trata,

Pues no hay amistad sin influencia.

Escapa del hombre perverso

Y busca, por tu bien, al virtuoso”

Es propio del alma imitar y comportarse como aquellos a los que frecuenta. Si tratas con gente profana, provocas su distracción, que ya es parte de su propia naturaleza. ¿Qué será entonces si, a esta inclinación del alma, le añades la frecuentación de los profanos? Tú mismo puedes sentir, Dios te asista, hermano, la diferencia que hay entre el estado que tienes al salir de tu casa y al retornar a ella. En el momento en el que sales predominan las luces, el reposo interior, la virtud constante y la renuncia al mundo; cuando vuelves te das cuenta de que no tienes el mismo estado, y todo eso se debe a la contaminación del trato profano y al vacío de corazón que provoca la turbiedad del mundo. Pero, aunque haya pecado y trato con el mundo, cuando te alejes de él se alejará también su influencia, sin que se detenga la marcha del corazón hacia Dios después de su

separación y su alejamiento. Es como el fuego, quizás las llamas terminen apagándose y quede sólo el hollín.

[i] Esas características se refieren a su aspecto de ilusión y de velo.

[ii] Son dos condiciones previas para consagrarse a la Vía espiritual.

[iii] Uno de los primeros místicos musulmanes. Murió en Basora a finales del S. IX.

[iv] “As-Sidiqq”, sobrenombre dado a Abû Bakr, el primer califa, por el Profeta.

[v] El término, “duniâ”, tiene diferentes matices. La traducción a veces es “este mundo”, a veces “la vida profana”.

[vi] Ambos Compañeros del Profeta. Este último, el tercero de los cuatro califas ar-rashidûn, los bien guiados.

[vii] Primo del Profeta y uno de sus Compañeros íntimos.

[viii] Compañero del Profeta y conquistador de Egipto

[ix] Uno de los diez Compañeros a los que el Profeta anunció el Paraíso.

[x] El yerno del Profeta y cuarto califa

[xi] La apariencia de los actos no muestra el estado de realidad interior que los provoca. El mismo acto puede ser resultado de un estado interior bien diferente.

[xii] La autorización divina, idzn, es lo que legitima la iniciativa del hombre.

[xiii] Corán 80. En esta sura, el Profeta, la paz sea con él, es recriminado por Dios.

[xiv] Una de las esposas del Profeta, la hija de su compañero Abû-Bakr.

Capítulo 8

Condiciones que deben tener en cuenta los que se dedican a las actividades remuneradas

El que se dedica a una actividad remunerada necesita dos cosas: conocimiento en la ciencia religiosa y temor de Dios. La ciencia religiosa permite conocer lo lícito y lo ilícito y el temor aparta de caer en el pecado. En cuanto a la ciencia religiosa, lo que necesita es conocer todo lo referente a las prescripciones de la Ley que corresponden a los diversos aspectos de la actividad comercial, además de los preceptos generales y de las obligaciones religiosas personales.

Por otra parte, hay que tener en cuenta una serie de recomendaciones:

1.El firme compromiso con Dios, exaltado sea, antes de salir de casa, de pasar por alto los agravios, ya que los mercados son lugares de disputa y enfrentamiento. Por eso dijo el Enviado de Dios, la paz sea con él: “¿Quién de vosotros se siente incapaz de hacer como Abû Damdam que, al salir de su casa, decía: “¡Dios mío! doy como limosna las ofensas que me causen los demás musulmanes”?

2.Conviene que haga las abluciones y una plegaria antes de salir, pidiendo a Dios que le guarde mientras esté fuera, porque no sabe a lo que se expone. El que sale a trabajar en los negocios es como el que parte al campo de batalla. El creyente, por lo tanto, debe refugiarse en Dios y encomendarse a Él para revestirse con una coraza impenetrable que le guarde de las flechas de los enemigos. “Quien se agarra a Dios, Él le guía en el recto camino, y quien se encomienda a Él, Él le basta” (C. III.101).

3.Cuando salga de su casa también le conviene pedir a Dios que se haga cargo de su familia, de su vivienda y de lo que hay en ella. Así los dejará bajo Su protección, y “La mejor protección es la de Dios, Él es el más Misericordioso de los misericordiosos” (C. XII.64). Como dice el Profeta, la paz sea con él: “¡Dios mío! Tú eres El Compañero en el viaje y El que se queda a cargo de la familia, de los hijos y de los bienes”. Dejándolos a cargo de Dios, los encontrará, a su regreso, como él espera.

Un hombre salió de viaje estando su mujer encinta, y en el momento de partir dijo: “Dios mío te encomiendo lo que hay en su vientre”. Al regresar le dijeron que su esposa había fallecido durante el embarazo. Cuando llegó la noche vio una luz en el cementerio, se acercó hasta la tumba de su esposa y encontró allí un niño que mamaba de su pecho. Entonces, una voz le dijo:

“¡Este es al que tú nos encomendaste!, si hubieras pedido por ambos, los habrías encontrado a los dos”.

4.Al salir de casa, que haga esta jaculatoria: “En el nombre de Dios, me encomiendo a Dios, no hay decisión ni fuerza sino en Dios”. Esto le ayudará a vencer las tentaciones del Demonio.

5.Debe recomendar el bien y censurar el mal, demostrando su estado de agradecimiento por la fuerza y la piedad con las que Dios le ha agraciado. “Aquellos que, si les diésemos poder en la Tierra, harán cumplir la plegaria y pagar el zakat, ordenarán el bien e impedirán el mal. Pero la conclusión de todo es de Dios” (C. XXII.47). Quien tenga posibilidad de ordenar el bien e impedir el mal, de modo que esto no perjudique a su persona, ni a su reputación ni a sus bienes, es de aquellos a los que Dios ha concedido ese poder y tiene esa obligación. En caso contrario, o a la vista de posibles perjuicios que puedan ocurrirle, está libre de tal obligación.

6.Debe moverse con tranquilidad y dulzura, como Dios, exaltado sea, ha dicho: “Los siervos de Dios caminan con dignidad y sin altivez sobre la Tierra y, cuando los ignorantes les molestan, responden: Paz” (C. XXV.63). No se trata sólo del modo de andar; todos tus actos deben realizarse con calma y firmeza.

7.Debe recordar a Dios en sus actividades materiales. El Enviado de Dios nos enseña que “Quien recuerda a Dios entre los profanos es como el combatiente de una guerra santa y, quien recuerda a Dios en el mercado, es como el que vive entre los muertos”. Se cuenta de uno de los santos antepasados que iba en su mula hasta el zoco, allí se sumergía en el recuerdo de Dios y volvía sin haber hecho otra cosa.

8.Los negocios y el trato con la gente no deben distraerle de cumplir cada plegaria, de forma comunitaria y en su momento. Si deja pasar la hora de la plegaria ocupado en sus asuntos, provoca la cólera de su Señor y echa a perder, además, la bendición que obtiene al hacerla. Debe avergonzarse de que Dios le vea descuidar sus obligaciones hacia Él por causa de sus propios intereses. Había un hombre santo que, cuando escuchaba al muecín, arrojaba el martillo a sus espaldas para que no fuese un motivo de distracción después de haber oído la llamada para cumplir con su Señor. Cuando escuches al muecín recuerda lo que Él, exaltado sea, dice: “¡Oh pueblo nuestro! responded al heraldo de Dios” (C. XLVI.31), “¡Oh los que creéis! responded a Dios y a Su Enviado cuando os llama y os convoca a lo que os vivifica” (C. VIII.24) y Responded a vuestro Señor (C. XLII.47).

‘Aisha, Dios esté satisfecha de ella, cuenta que el “Enviado de Dios, cuando estaba en casa, cosía su calzado y ayudaba a su criado, pero, cuando llamaban a la plegaria, se levantaba como si no nos conociese”.

9.Debe evitar los juramentos y los elogios sobre sus mercancías. Hay una advertencia importante que se nos ha transmitido del Profeta, la paz sea con él: “los comerciantes, si no son honestos y verídicos, son unos desvergonzados”.

10. Debe guardar su lengua de toda maledicencia y calumnia. Recuerda lo que Dios ha dicho: “No habléis mal unos de otros, ¿le gustaría a alguien comer la carne de su hermano muerto? Os resulta aborrecible” (C. XLIX.12).

Sabed que quien presta oídos a la calumnia es ya un calumniador. Si delante de él se habla mal de otro, debe criticar ese proceder y, si no es capaz de hacerlo, que se vaya y que no le impida la vergüenza de los hombres cumplir con el Soberano Señor. Mucho mejor es sentir vergüenza ante Él. La satisfacción de Dios y de Su Enviado tiene un valor incomparablemente mayor que la de los hombres. Se nos ha transmitido del Profeta que “En el Islam la calumnia es más grave que treinta y seis actos de fornicación”.

Dice el shaij Abû-l-Hasan: “Hay cuatro normas de conducta que no deben faltarle al faqîr[i] que vive en el mundo; en caso contrario, no le prestes atención, aunque sea la más sabia de las criaturas: evitar el trato con gente mundana, sentir afecto por los hombres consagrados a la vida espiritual, compartir los bienes con los necesitados y cumplir las cinco plegarias en grupo”. ¡Que cierto es lo que dijo! Dios esté satisfecho de él.

Evitar el trato con gente mundana es guardar la integridad religiosa, porque la compañía corrupta oscurece la luz de la fe y, apartarse de ella, ayuda a salvarse del castigo divino. “No os apoyéis en aquellos que están corrompidos, el Fuego os alcanzará” (C. XI.113).

Sentir afecto por los hombres consagrados a la vida espiritual quiere decir que el faqîr con ocupaciones materiales les trate lo más posible y saque provecho de su enseñanza para fortalecerse contra la turbiedad de las relaciones con el mundo. Sus soplos espirituales le colmarán, sus bendiciones le purificarán y tal vez consiga, gracias a ellos, beneficiarse en sus asuntos materiales y preservarse, por su amor y su enseñanza, de caer en pecado.

El servidor debe compartir los bienes con los necesitados, porque así agradece a Dios las gracias que le otorga. Cuando Él te abre la puerta de los recursos materiales, acuérdate de quien tiene esas puertas cerradas. Has de saber que Dios, exaltado sea, pone a prueba a los ricos con la existencia de los menesterosos, igual que a los menesterosos les prueba con la existencia de los ricos. “Os hemos puesto como una prueba, unos de otros. ¿Sabréis tener paciencia? Tu Señor lo observa todo”. (C. XXV.20).

La existencia de los pobres es una de las gracias de Dios con los ricos, porque éstos pueden así obtener mucho más en la Otra Vida. Cuando los demás reciben algo de ellos, Dios se lo recompensa. Dios es el Rico, el Alabado. Si Dios no hubiese creado la pobreza, no sería posible practicar la limosna. El Profeta dijo, la paz sea con él: “Quien da limosna de aquello que gana lícitamente, y Dios sólo acepta lo lícito, es como si lo pusiera en las manos del Misericordioso y Él se lo aumentará. Igualmente, quienquiera que alimente a su familia y a los suyos, incluso cada bocado que les dé, tendrá una recompensa semejante al monte

Uhud. Por este motivo, una de las condiciones de la Hora es que el hombre no encontrará a quien dar limosnas[ii].

En cuanto al cumplimiento de las cinco plegarias en comunidad, se debe a que el faqîr, ocupado con las actividades profanas, pierde el estado de renuncia y el despojamiento para servir a Dios y, puesto que la vía espiritual implica la entrega y la concentración constante, conviene que no deje de cumplir al menos las cinco plegarias en comunidad, con el fin de que tal obligación se convierta en un motivo de restauración de las luces espirituales y un modo de conseguir la visión interior. Por eso dijo el Enviado de Dios: “La plegaria en comunidad tiene un valor veinticinco veces mayor que la plegaria a solas y Una recompensa veintisiete veces mayor”. Si la Ley Divina ordenase que cada cual hiciera la plegaria en su tienda o en su casa, quedarían abandonadas las mezquitas a las que Dios, exaltado sea, hace referencia cuando dice: “Casas que Dios ha permitido levantar y que, en ellas, invoquen Su Nombre y Le glorifiquen, mañana y tarde, hombres a los que no distraen del recuerdo de Dios ni los negocios ni el comercio” (C. XXIV.36). Al cumplir la plegaria en comunidad se unen, se ayudan y se armonizan los corazones y, así, los creyentes fortalecen sus lazos. Por eso dijo el Profeta, la paz sea con él: “la mano de Dios está con la comunidad”, porque, cuando la comunidad está unida, la influencia bendita, baraka, de los corazones se extiende a todos los presentes y sus luces se multiplican entre los asistentes. La unión y el vínculo debe ser como el de un ejército que, cuando está unido y bien compenetrado, consigue la victoria. Esta es una de las interpretaciones del versículo: “Dios ama a quienes combaten en Su sendero, en filas apretadas, como un edificio compacto” (C. LXI.4).

Otro punto más a tener en cuenta, ¡Oh creyente!, es que guardes tu mirada desde el momento en que sales a tus quehaceres hasta tu regreso. Recuerda lo que Dios dice: “Di a los creyentes que bajen sus miradas y contengan sus deseos sexuales. Esto les purificará” (C. XXIV.30). Piensa que la vista es una gracia de Dios, no seas ingrato. Es una muestra de confianza que se te ha dado, no la traiciones. “Él conoce la traición de los ojos y lo que ocultan los pechos”. (C. XL.19) “¿No sabe que Dios ve todo?” (C. XCVI.14).

Cuando sientas esos deseos de mirar, piensa que Él te ve. Piensa que al guardar la mirada, Dios te concede, como recompensa, Su Mirada. Quien contiene a su alma en el dominio de lo sensible, Dios le abre, en su amplitud, el dominio suprasensible. Uno de ellos dijo: “Quienquiera que aparta su vista de lo que Dios ha prohibido, encuentra en su corazón una luz que le llena de dulzura”.

[i] faqîr significa aquí miembro de una comunidad espiritual. Etimológicamente “necesitado” (de Dios). Que vive en el mundo quiere decir que no practica una vida de retiro.

[ii] Es decir, desaparecerán los medios de acercarse a Dios por las buenas obras

Capítulo 9

Respuesta a los pretextos del tadbîr

Todo hombre dotado de luces se da cuenta de que el tadbîr es un enfrentamiento contra la Señoría Divina. Cuando te ocurre algo que no quieres, cuando echas de menos algo que has perdido o te sientes preocupado por un asunto, debes tener presente que Él es el Responsable de todo y Quien lo ha traído hasta ti, por lo tanto, te enfrentas a la Señoría Divina y faltas a la condición real de la servidumbre. Recuerda lo que Dios ha dicho: “¿Acaso el hombre no se da cuenta de que le hemos creado de una gota de esperma? Hele ahí como un impugnador manifiesto” (C. XXXVI.77). Este versículo es un reproche contra el hombre, por olvidarse del origen de su procedencia y por hacer frente a su Creador, por olvidar el secreto de su manifestación y rivalizar contra Quien le ha manifestado. ¿Cómo puede disputar Sus Decretos, oponiéndose a lo que Él hace o deshace, aquel que Él creó de una gota de esperma? Guárdate, Dios sea misericordioso contigo, del tadbîr frente a Él.

El tadbîr es uno de los mayores velos que impiden el acceso a los secretos del mundo invisible. El tadbîr del alma procede de sus deseos. Si tú te apartas de ellos, por la extinción de la individualidad, fanâ' y por la permanencia en Dios, baqâ', a la vez, sin duda que harías desaparecer el tadbîr de ti mismo y para ti mismo. ¡Qué mal servidor es aquel que ignora la forma de operar de Dios, olvidando la excelencia de Su atención! ¿No has prestado atención a lo que Él dice? “Di: Con Dios es suficiente” (C. XIII.14 y otros). ¿Dónde está esa satisfacción con Dios en alguien que practica el tadbîr frente a Él? Si se hubiese contentado con el tadbîr de Dios, habría cortado con su tadbîr frente a Dios.

El tadbîr es el mayor contratiempo, que sobreviene a los que se dirigen a Dios y aspiran a seguir la vía espiritual, antes de que se consolide la certeza y se adquiera la fuerza y la madurez.

La gente profana y extraviada responde por medio de los pecados, de la desobediencia y de sus pasiones, a la llamada de Satanás, de modo que éste no tiene necesidad de sugerirles el tadbîr y, si se lo sugiriese, inmediatamente lo aceptarían. Pero no es esa la manera más poderosa que tiene de hacerse con ellos. Sin embargo, con los hombres de virtud que buscan a Dios, solamente puede entrar de este modo, ya que no puede hacerlo de otra forma. Cuán a menudo, la preocupación del tadbîr y la reflexión sobre los propios intereses hacen que el que practica un wird[i], descuide su wird y su estado de presencia! ¡Cuán a menudo, al que tiene un wird, Satanás busca su punto débil y arroja en él las maquinaciones del tadbîr enturbiando la claridad de tal momento!, porque es tu mayor envidioso cuando te encuentras en un estado de pureza y lucidez.

Las sugerencias del tadbîr acechan al hombre de acuerdo con su estado. Hay quien está preocupado en cómo lograr lo que necesita ese día o al día siguiente. Su remedio está en darse cuenta de que Dios, exaltado sea, es el responsable de su sustento: “No hay ser que ande por la Tierra cuyo sustento no sea cosa de Dios” (C. XI.6). El desarrollo del tema sobre el sustento se hará en un capítulo aparte, si Dios quiere.

Aquel cuyo tadbîr consiste en rechazar el daño del Enemigo, que carece de capacidad propia, debe ser consciente de que, quien teme a Dios, el mechón de su cabello está en Sus Manos y Satanás no puede actuar más que como Dios quiera que actúe. Puede recordar todos estos versículos: “Quien se confía a Dios, Él le basta” (C. LXV.13), “¿Acaso Dios no le basta a Su siervo cuando te intimidan con otro que no sea Él?” (C. XXXIX.36), “Aquellos a los que se les dijo: ‘las gentes se han reunido contra vosotros, temedles’. Esto acrecentó su fe y respondieron: ‘Dios nos basta, ¡qué excelente Custodio!’ Volvieron con un beneficio y una gracia de Dios, sin que ningún mal les alcanzara, y obtuvieron la Satisfacción de Dios. Dios posee una gracia inmensa” (C. III.173,174).

Presta atención con el oído de tu corazón a lo que Él quiere decir con estas palabras: “Cuando temas por él, arrójale en las aguas y no temas ni te aflijas” (C. XXVIII.7)[ii]. Date cuenta de cómo Dios es el mejor recurso. Él ofreció su asilo al decir: “Él da asilo y no recibe asilo de nadie” (C. XXIII.88). Él es el mejor custodio de acuerdo con Su palabra: “Dios es el mejor Custodio, y el más Misericordioso de los misericordiosos (C. XII.64).

Cuando el tadbîr se deba a unas deudas que deben pagarse sin falta y cuyos prestamistas no aceptan más demora, piensa que Quien te lo facilitó con Su gracia es Quien con Su gracia se hará cargo por ti. “¿Puede pagarse el beneficio si no es con el beneficio?” (C. LV.60) ¡Qué calamidad la de quien se siente tranquilo con lo que tiene entre sus manos y no se siente tranquilo con lo que está en manos de su Señor!

Si el tadbîr fuese por una familia que has dejado tras de ti, no debes preocuparte. Aquel que se ocupará de ellos tras tu muerte, es Quien se preocupa de ellos, cuando tú estás y cuando faltas, en el transcurso de tu vida. Presta atención a lo que dijo el Enviado de Dios: “Dios mío Tú eres el Compañero de viaje y El que se queda a cargo de los nuestros”. Aquel en quien confías, cuando estás presente, es El mismo en Quien debes confiar, cuando no lo estás. Mira lo que dijo uno de ellos: “Hacia Quien vuelvo mi rostro es a Quien dejo a cargo de los míos. Él siempre es consciente de su estado y, Su favor con ellos, engloba mi favor”. Si Dios es más misericordioso con ellos que tú, no debes preocuparte por quien Él mismo se ocupa.

Si tu preocupación y tu tadbîr se debe a alguna enfermedad que te aflige, y temes que pueda alargarse y complicarse más, piensa que las pruebas y las enfermedades tienen un plazo. igual que ningún ser muere sin que se cumpla el término de su vida, ninguna prueba termina hasta que se cumpla su plazo:

“Cuando les llega su plazo no pueden retrasarlo ni adelantarlo una sola hora” (C. X.49).

Cierto maestro dejó un hijo huérfano. Al cabo de un tiempo, el hijo tuvo dificultades y, como su padre tenía varios discípulos dispersos por Irak, pensó en recurrir a alguno de ellos. Por fin decidió ir a visitar al que, según la gente, era el más digno de ellos. Este le recibió y le trató con todo tipo de atenciones. Luego le preguntó: “Oh mi señor, hijo de mi señor, ¿qué te trae por aquí?”

— “Me encuentro sin posibilidades de ganarme la vida y desearía que le hablases de mí al gobernador de la región para que me concediera algún puesto que solucione mi situación”, le explicó. El shaij permaneció cabizbajo, luego levantó su cabeza y dijo:

— “No está en mi poder convertir el comienzo de la noche en una aurora. ¿Quién seré yo a tu respecto cuando gobiernes Irak?”

El hijo del shaij salió de su casa enojado sin comprender lo que había querido decir aquel hombre piadoso. Pasó el tiempo, el califa buscó a alguien como maestro de su hijo, y le hablaron de él, diciéndole que era el hijo de fulano. De este modo fue llamado para enseñar al hijo del califa. Permaneció con él durante su período de enseñanza y continuó a su lado durante cuarenta años, de modo que, al morir el califa, ese hijo que fuera su discípulo le sucedió en el gobierno del Irak.

Si piensas en una esposa o una esclava que pueda hacerte compañía y preocuparse de tus necesidades, ten en cuenta que los bienes y favores de Aquel que puede facilitártela no se interrumpen jamás. Él es Todopoderoso para concederte beneficios aún mejores que los que tú echas en falta. ¡No seas de los ignorantes!

Los aspectos y particularidades del tadbîr no pueden enumerarse, y no puede hacerse un estudio profundo y detallado de ellos ni siquiera de forma resumida. Cuando Dios te otorgue la capacidad de comprensión te hará conocer cómo debes actuar.

[i] *El wirdl son las invocaciones características de un método espiritual.*

[ii] *Se refiere a la madre de Moisés.*

Capítulo 10

Sobre el estado de satisfacción

Has de saber que el tadbîr es el resultado de la existencia del velo que hay en el alma. Si el corazón pudiese quedar libre de su trato y de su influencia no se vería afectado por las calamidades del tadbîr. Le oí decir a nuestro maestro Abû-l-'Abbâs, Dios esté satisfecho de él: "Cuando Dios, exaltado y glorificado sea, creó la Tierra sobre las aguas, la Tierra se agitó y Él la ancló con las montañas. Del mismo modo, cuando creó el alma, se agitó y la ancló con las montañas del Intelecto".

Cuando la Presencia Divina desciende en un hombre de inteligencia cualificada y profunda, calma la agitación de su alma y la llena de confianza ante las necesidades materiales. Se convierte entonces en un alma sosegada, mutma'inna, es decir, sosegada y tranquila respecto a las decisiones de Dios, imperturbable ante sus decretos, dispuesta a recibir Su Apoyo y Sus Luces, sometida a Su Señor porque sabe que Él la ve. "¿No basta con que tu Señor sea Testigo de todo?" (C. XLI.53). A ella le corresponden entonces, de verdad, estas palabras: "¡Oh alma sosegada! retorna a tu Señor, satisfecha y aceptada. Entra junto a Mis servidores, entra en Mi Paraíso" (C. LXXXIX.27,30).

COMENTARIO

Esta aleya tiene enseñanzas de gran importancia y hace unos elogios de gran trascendencia sobre esta alma sosegada.

1. De los tres estados de alma: instigadora, amâra, que reprocha, lawwâ ma, y sosegada, mutma'inna[i] , Dios, exaltado y glorificado sea, sólo se dirige directamente a el alma sosegada. Sobre el alma instigadora dice: "El alma es, en verdad, instigadora del mal (C. XII.53); sobre la que reprocha dice: "¡No! ¡juro por el alma que reprocho!" (C. LXXV.2). A ésta última, sin embargo, se dirige en estos términos: "¡Oh alma sosegada!, retorna".

2.El hecho de que emplee una forma apelativa para llamarla es, según la forma de hablar de la lengua árabe, un signo de consideración y un honor para las gentes entendidas.

3.La elogia por su sosiego. Esta alabanza es por entregarse y confiarse plenamente a Él.

4.La característica de esta alma es el sosiego. El hombre sosegado es el que se rebaja. Cuando el alma se ha rebajado con la humildad y el abatimiento, Su Señor la alaba mostrando su valor. El Profeta, la paz sea con él, dijo: "A quien se humilló ante Dios, Él le enaltece".

5. “Retorna a tu Señor, satisfecha y aceptada”. Ni al alma instigadora ni al alma que reprocha se les invita a retornar a Dios, exaltado sea, con esa bienvenida. Sólo es a el alma sosegada a la que, gracias a esa quietud, se le dice:

“Retorna a tu Señor, satisfecha y aceptada”, pues te hemos autorizado a entrar a Nuestra Presencia y permanecer eternamente en Nuestro Paraíso. Con estas palabras se invita al hombre hacia la estación de la quietud, que sólo se alcanza mediante la entrega a Dios y la supresión del tadbîr frente a Él.

6. Dice “Retorna a tu Señor”, no dice “retorna al Señor ni a Dios”. Indica, así, que ese retorno se debe a la benevolencia de Su Señoría, no a la fuerza constriñente de Su Divinidad. Esto es para ella un signo de familiaridad, de dulzura, de consideración y de amor.

7. “Satisfecha” de Dios en este mundo con Sus decretos; y en el Otro, con Su Liberalidad y Su Gracia. Con esto le enseña al hombre que no logrará el retorno hacia Dios más que con la quietud y la satisfacción en Dios. También hace alusión a que no será “aceptada” por Dios en la Otra Vida hasta que no esté satisfecha con Él en ésta.

No hay que pensar, sin embargo, que esta aleya implique que la aceptación de Dios sea fruto de la satisfacción por parte del servidor. Otra aleya indica, por el contrario, que la satisfacción del servidor es producto de la aceptación de Dios. Cada aleya tiene su propia enseñanza y no conviene confundirlas. Cuando dice, exaltado sea: “Dios está satisfecho de ellos y ellos están satisfechos de Él” (C. V.119 y otros), muestra, según el orden, que la satisfacción del servidor es consecuencia de la aceptación de Dios. Así lo exige la verdad, porque si Él, antes, no les hubiese aceptado, ellos no podrían, finalmente, estar satisfechos con Él. La aleya anterior sólo indica que, quien se sintió satisfecho con Dios en este mundo, es aceptado por Él en la Otra Vida. Queda claro y sin ambigüedad alguna.

8. “Aceptada”, es un elogio inmenso para esta alma “sosegada”. Es el verdadero elogio y su mejor característica. ¿No ha dicho: “La aceptación de Dios es más grande” (C. IX.72), al describir la dicha de los hombres del Paraíso? Es decir la satisfacción de Dios con ellos es más importante que el beneficio que reciben allí.

9. “Entra junto a Mis servidores”, es una buena nueva que se le hace al alma sosegada, ya que se la llama y se la invita a entrar entre sus servidores, los servidores de la elección y del triunfo, no los que están bajo la dominación y la obligación. Son aquellos de los que Él afirma: “Sobre Mis servidores no tienes poder alguno” (C. XV.42), “Salvo a tus servidores auténticos” (C. XV.40)[ii], no aquellos otros a los que se refiere con estas palabras: “Todo ser existente en los Cielos y en la Tierra sólo es un siervo puesto por el Misericordioso” (C. XIX.93).

La alegría que siente el alma sosegada por la buena nueva de “Entra junto a Mis servidores” es mayor que la que siente por la de “entra a Mi Paraíso”, porque la primera expresión se vincula directamente a Él y la segunda a Su Paraíso.

10. “Entra a Mi Paraíso” alude a aquellos atributos que caracterizan al alma sosegada, y que son los que la hacen merecer que se la invite a entrar junto a Sus servidores y a Su Paraíso. Paraíso de la virtud en este mundo y de la dicha en la Otra Vida, pero Dios es más Sabio.

En la aleya comentada hay dos características que destruyen totalmente las raíces del tadbîr: Dios, glorificado sea, describe a esta alma con los atributos del sosiego y de la satisfacción, los cuales no son posibles más que con la pérdida del tadbîr. El alma no se encuentra sosegada hasta que abandona el tadbîr frente a Dios, confiada en la excelencia de Su tadbîr con ella. Cuando está satisfecha de Dios se entrega a Él, se deja llevar por Su Decreto y se somete a Su Mandato.

Date cuenta: el secreto del tadbîr y del libre albedrío consiste en una manifestación de Su Fuerza ineludible. Dios, glorificado y exaltado sea, quiso que los hombres Le reconociesen por su capacidad de imponerse, de tal modo que creó en ellos una autodeterminación y un libre albedrío y, luego, les dio un campo de acción que les velase. Si los hombres estuviesen en un estado de presencia y de contemplación, no les sería posible determinar ni elegir nada, como les ocurre a los ángeles. Cuando el hombre determina y decide algo es dirigido por Su Fuerza ineludible hacia sus propios actos de elección. Entonces, Él sacude sus objetivos y destruye sus obras. Al hacerse conocer al hombre por medio de Su capacidad de imponerse, éste se da cuenta de que Dios está por encima de él.

No creó tu voluntad para que sea algo independiente, más bien para que Su Voluntad anule a tu voluntad y, así, constates que no existe tal capacidad de decisión individual. Igualmente, no te ha concedido la capacidad de gobernarte para que tú puedas servirte a tu antojo de ella. Te la concede para que tú hagas tus planes y Él los suyos y, finalmente, ocurra lo que Él ha dispuesto y no lo que tú te has propuesto. Le preguntaron a un hombre del Conocimiento:

—“¿Cómo conociste a Dios?” — “Por la destrucción de las iniciativas personales”, respondió.

[i] Estos son los tres estados fundamentales del alma según el esoterismo islámico.

[ii] Se refiere al Demonio cuando jura apartar de Dios a los hombres: sólo están a salvo de él los verdaderos servidores. Los demás hombres son servidores a pesar suyo y están sometidos, por lo tanto, al dominio ilusorio del Demonio.

Capítulo 11

El tadbîr y la cuestión de las necesidades materiales, rizq[i]

Habíamos prometido tratar en un capítulo aparte el asunto del tadbîr en relación a las necesidades materiales, dado que es el motivo más frecuente de perturbación en el corazón.

Has de saber que tener libre el corazón de la preocupación de las necesidades materiales es un don inmenso. Sólo los que están asistidos por Dios pueden librarse de ello. Los que son auténticamente sinceros con Dios en la virtud de la confianza gracias a que sus corazones se han apaciguado y su estado de abandono a Él se ha realizado plenamente. Cierta maestro ha llegado a decir: “resolvió la cuestión de las necesidades materiales y no os preocupéis por la marcha de las estaciones espirituales”. Otro dijo: “La preocupación más fuerte es la de las necesidades materiales”.

La razón de esto hay que buscarla en el hecho de que Dios crease al ser humano con la necesidad de mantenerse y de buscar sus alimentos. Para ello está dotado del instinto por satisfacer lo que reclama su cuerpo. Así, el estómago está preparado para digerir los alimentos que el cuerpo necesite, en virtud de lo que ese instinto natural se encarga de conseguir.

Si Dios hubiese querido, los animales no tendrían esa dependencia del mundo sensible, pero la Voluntad Divina quiso imponerles la necesidad de alimentarse y las cargas que esto supone. Dios, por el contrario, está libre de toda necesidad. “Di: ¿tomaré acaso como protector a otro que no sea Dios? Originador de los Cielos y de la Tierra, Aquel que alimenta sin ser alimentado” (C. VI.14).

Se elogia a Sí mismo con dos atributos: primero, que Él alimenta a todos los seres, porque todos reciben Su beneficio y se alimentan de Su sustento y Su favor; segundo, que Él no es alimentado porque es El Santísimo, inafectado por necesidad alguna de cuidarse. Él es la Plenitud Total, samad[ii], y, quien tiene la plenitud total, no se alimenta.

Dios, exaltado sea, distinguió a los animales con la necesidad de alimentarse a diferencia de otros seres, porque al haberles favorecido con Atributos Divinos[iii] si no estuviesen sometidos a las necesidades correspondientes, se habrían llenado de orgullo o se habrían atribuido esas cualidades a sí mismos. Por eso Dios quiso, y Él es el Sabio y el Omnisciente, que el hombre tuviese que comer, beber, vestirse..., y que todas esas necesidades fueran una forma de rebajar sus pretensiones, de afirmarse a sí mismo o de atribuirse sus cualidades.

Date cuenta cómo Dios impuso este tipo de necesidades, propias de los animales, al hombre, para que Le reconozca y para que se conozca. ¿No ves que la necesidad es una puerta hacia Dios y un medio de llegar a Él? ¿No has meditado

en lo que Él ha dicho? “¡Hombres! estáis necesitados de Dios, y Dios es el Rico, el Alabado” (C. XXXV.15). Estar necesitado de Dios es un medio de llegar a Él y de ponerse en Sus Manos[iv].

Puede que esto te haga comprender el hadiz: “Quien se conoce a sí mismo conoce a su Señor”. Es decir, quien conoce su estado de necesidad, de pobreza, de bajeza, de pequeñez y de indigencia, conoce a su Señor por Su Gloria, Su Poder; Su Existencia, Su Buen Hacer y otros atributos de perfección. Hay varias enseñanzas a tener en cuenta a este respecto.

1º Dios cargó en especial al hombre de necesidades y multiplicó sus debilidades, ya que necesita velar tanto por su vida material como por la espiritual. ¡Fíjate en Sus Palabras!, exaltado sea: “Hemos creado al hombre en un estado tensión” (C. XC.4)[v], es decir, por el imperativo de su vida material y espiritual. Su consideración ante Dios es la causa de que Él haya multiplicado sus necesidades, ¿no ves cómo los demás animales no tienen necesidad de vestirse gracias a la lana, a las plumas o al pelo, ni tampoco de hacerse una vivienda gracias a sus cobijos y nidos?

2º Otro aspecto a tener en cuenta es que Dios, exaltado sea, quiso probar al hombre, y le impuso necesidades opuestas, para ver si se dejaría arrastrar por sus propios criterios e intereses o si se volvería hacia Él por medio de Su Designio y Su Decreto.

3º Dios quiso atraer con amor a esta criatura. Cuando Dios resuelve necesidades, el hombre siente una gran dulzura y un gran sosiego en su corazón que le permite renovar el amor por su Señor El Enviado de Dios, la paz sea con él, dijo: “Amad a Dios porque os alimenta con sus mercedes”. Cada ocasión en la que se renuevan sus gracias es una ocasión de renovar su amor por Él.

4º Dios, exaltado sea, quiso que el hombre fuera agradecido: le envía la privación y se encarga de sacarle de ella, de modo que tenga que agradecer y reconocer Su Beneficio y Su Bondad. Él, exaltado sea, ha dicho: “Comed de lo que os proporciona vuestro Señor y sed agradecidos con Él, es una tierra próspera y un Señor indulgente” (C. XXXIV. 15).

5º Gracias a esto, Dios abre a los hombres la puerta de la oración íntima. Cuando se sienten necesitados de sustento y de bienestar acuden a Él con sus preocupaciones y, así, se ennoblecen con la intimidad de Su trato y reciben sus presentes. Si la privación no les hubiese empujado a dirigirse interiormente a Él, la inteligencia de la inmensa mayoría de los hombres no habría podido captar esa forma de trato. Si no fuese por la necesidad, sólo se abriría esa puerta a las inteligencias de la gente del Amor. Las vicisitudes de la privación son causa de la oración íntima, y ese trato íntimo es un gran honor y un gran signo de consideración.

Fíjate en lo que Dios, glorificado sea, relata sobre Moisés, la Paz sea con él, "...les sacó agua a ambas, luego se puso a la sombra y exclamó: '¡Señor! estoy necesitado de cualquier bien que Tú me envíes[vi]' (C. XXVIII.24) 'Ali, Dios esté satisfecho de él, ha dicho: "¡Por Dios! no pidió más que algo de pan para comer. Era tal la cantidad de hierba que tenía dentro que hubieras podido verla a través de su vientre de lo extenuado que se encontraba".

Comprende, Dios tenga misericordia de ti, cómo pidió esto a su Señor sabiendo que sólo le tenía a Él. También el creyente debe pedir a Dios, exaltado sea, lo más importante y lo más insignificante. Uno de ellos llegó a decir: "Le pido a Dios en mi plegaria hasta la sal de mi mesa".

¡Creyente! no dejes de pedir lo que necesitas de Dios, por insignificante que sea, si no le pides las pequeñas cosas, no encontrarás a otro que pueda dártelas. La petición, por pequeña que sea, es un modo excelente de abrir la puerta de la oración íntima. Dice el shaij Abû-l-Hasan, Dios tenga misericordia de él: "El hecho de haber resuelto tus necesidades no debe hacerte perder la necesidad de pedirLe, quedarías velado de tu Señor, ya que tu preocupación es una forma de tratar íntimamente con Él".

La última aleya citada tiene, también, otras enseñanzas:

1. El creyente debe pedir a su Señor todo lo que necesita, grande o pequeño, como acabamos de explicarlo.
2. Moisés, la bendición y la paz sean con él, invocó por medio del Nombre de la Señoría Divina, porque era lo que correspondía a la situación. Es el Señor quien te cuida con Sus beneficios y te alimenta con Sus mercedes. De esta manera, trató de conseguir el beneficio de Su Dueño invocándole con el Nombre de la Señoría, de La que dependen, necesariamente, todos los recursos.
3. "Estoy necesitado de cualquier bien que Tú me envíes". No dijo estoy necesitado del bien o de Tu bien, porque esto hubiese sido como decir que Dios le ignoraba y le privaba de sus necesidades. Su forma de implorarLe: "Estoy necesitado de cualquier bien que Tú me envíes", indica su confianza en Dios, sabiendo que Él no olvida nada. Es como si hubiese dicho: "Señor, sé que Tú no descuidas mi asunto ni nada de lo que creaste. Tú me has asignado una parte de tus bienes, envíame, pues, algo de lo que me concediste, como Tú quieras y según quieras, conforme a Tu Buen Hacer y a Tu Favor".

En estas palabras hay dos enseñanzas. Una, es el mismo hecho de pedir, la otra, el reconocimiento de que Dios, glorificado sea, ya le ha asignado lo que le corresponde, pero se ha reservado el "cuando", la "causa" y el "medio" en que se lo otorgará, para provocar la necesidad del servidor y, junto a la necesidad, la respuesta. Como Él mismo, exaltado sea, dice: "¿Quién responde al necesitado cuando pide ayuda?" (C. XXVII.62).

Si fuesen manifiestas la causa, el momento y los medios, no se produciría la apretura que siente el hombre por haberle ocultado Dios estas cosas. ¡Gloria a Dios, el Sabio, el Todopoderoso, el Omnisciente!

4. La aleya indica, también, que pedir a Dios no está en contradicción con la estación de la servidumbre. Moisés, la paz sea con él, poseía el estado de servidumbre perfecto, pero pidió, a pesar de todo, a Dios y mostró que el estado de servidumbre no es contrario al hecho de pedir. Podrías objetar, si no existe tal contradicción, ¿cómo Abraham, el amigo íntimo, no quiso pedir nada a Dios? Arrojado en la catapulta se le apareció Gabriel, la paz sea con Él, diciéndole:

—“Tienes necesidad de algo?”

—“De ti, no”, respondió.

—“¿Y de Dios?”.

—“Sí”.

—“Pídeselo”.

—“El conocimiento que Él tiene de mi situación me basta”, respondió Abraham. No hizo petición alguna, porque el Conocimiento de Dios sobre su estado fue suficiente para él.

La respuesta a esta cuestión es que los profetas, Dios les colme de bendiciones, actúan en cada situación tal como Dios quiere que se comporten en cada caso. Abraham comprendió que la Voluntad Divina quería, en ese momento, que no hiciese ninguna petición y que se remitiese a Su Omnisciencia. Así lo había comprendido de su Señor, ya que Dios, glorificado sea, quería mostrar a los ángeles una prueba del secreto y de la elección del hombre. Dios les había dicho: “Voy a poner un representante en la Tierra”, y los ángeles objetaron: “¿Pondrás en ella a alguien que la corrompa y derrame la sangre mientras nosotros Te alabamos y Te ensalzamos?” “Yo sé lo que vosotros ignoráis” (C. II.30). El momento en el que fue arrojado Abraham en la catapulta, Dios, exaltado sea, quiso mostrar la razón de ser de Su afirmación: “Sé lo que vosotros ignoráis”. Es como si Él les dijese: “Vosotros los que habéis dicho: ¿Vas a poner en ella a alguien que la corrompo?”, “¿qué os ha parecido Mi Amigo?. Sólo observasteis el modo de actuar en la Tierra de la gente pervertida, como Nemrod y sus semejantes, pero no teníais en cuenta a la gente de virtud y rectitud de los hombres del amor, como Abraham y quienes se le asemejan”.

Moisés, sabía que el deseo de Dios a su respecto, en ese momento, era que mostrase su miseria e hiciese en voz alta una petición. Él actuó como exigía ese instante, “Cada cual tiene una dirección hacia donde volverse” (C. II.148). Todo tiene su aclaración y su enseñanza. El resultado y la ayuda sólo es de Dios.

5. Observa de qué manera Moisés, la paz sea con él, pidió de su Señor el sustento sin manifestárselo explícitamente, reconociendo ante Dios su estado de necesidad y de miseria y testimoniando así Su Riqueza. Al conocer su propia necesidad y miseria, conoció la Riqueza y la Plenitud de su Señor. Esto se aplica a toda plegaria interior.

A veces, Él te sienta en el tapiz de la miseria y Le imploras: “¡Oh Rico!”; a veces, en el de la bajeza, y Le imploras: “¡Oh Señor Sublime!”; otras, sobre el tapiz de la impotencia, y Le imploras: “¡Oh Poderoso!” De igual modo con el resto de los Nombres Divinos.

Moisés, la paz sea con él, reconoció el estado de necesidad y de miseria ante Dios y, esto, aunque no pidiese, ya es una forma de pedir. A veces la forma de pedir es mencionar el estado de necesidad del siervo respecto a Dios. Otras veces la forma de pedir es mencionar los atributos correspondientes al Ser y a la Unicidad del Señor, tal como nos trasmite el Enviado de Dios: “Mi mejor invocación, y la de los Profetas anteriores a mí, es: No hay divinidad sino Dios, Solo, sin asociado alguno”.

Alabar a Dios es una forma de invocarLe, porque la alabanza del Señor, poseedor de los atributos de Perfección, es una forma de atraer Su Gracia y sus presentes. Como ha dicho el poeta:

“La naturaleza del Generoso no cambia jamás

Basta con alabarle, y esa alabanza es suficiente”.

Dios, exaltado sea, dice en el relato sobre el profeta Jonás, la paz sea con él: “Invocó en las tinieblas: No hay divinidad más que Tú, ¡gloria a Ti!, he sido de los inicuos” (C. XXI.87), y nos enseña: “Entonces le respondimos y le libramos de la aflicción. Así salvamos a los creyentes” (C. XXI.88).

Jonás, la paz sea con él, no pidió nada abiertamente, sólo hizo la alabanza de su Señor y se puso en sus manos reconociendo su miseria ante Él. Dios, exaltado sea, le respondió como si hubiese hecho una súplica.

6. Cuando Moisés actuó en favor de las dos hijas de Jetro, la paz sea con ambos, no trató de obtener ninguna recompensa ni pedirles nada. Les sacó el agua, se volvió hacia Dios y le pidió sólo a Él, no a ellas. Pidió a su Señor, Quien siempre que se Le pide, da. El sufí es aquel que cumple, no aquel que espera que cumplan con él. A este respecto hemos escrito este poema:

“No pierdas el tiempo quejándote de las criaturas,

Tu instante escapa y el tiempo es breve.

¿Por qué las criticas cuando sabes

Que las cosas siguen el curso del Decreto?

Si no han cumplido con Dios como Él merece

¿cómo quieres que cumplan contigo si eres insignificante?

Reconoce sus derechos sobre ti, respétalos,

Trátales como es debido y sé paciente.

Si así hicieres, has de ver con el Ojo

De Quien tiene el conocimiento de las cosas ocultas”.

Moisés, la paz sea con él, cumplió, pero no pidió que cumplieran con él. Así obtuvo la recompensa completa por parte de Dios. Además del beneficio en la Otra Vida, Dios le añadió otra recompensa en ésta: le casó con una de las dos hijas del profeta Jetro, le convirtió en su yerno y le mantuvo en su compañía hasta que llegó el momento de su revelación.

No hagas tu negocio más que con Dios. Saldrás beneficiado y te ennoblecerá como ha ennoblecido a los hombres de piedad.

7.Medita sobre la expresión: “Sacó agua para ambas, luego se puso a la sombra”. Indica que es lícito buscar la sombra en los alrededores, refrescarse del calor con el agua y tratar de seguir el camino menos penoso y abrupto, sin que, haciendo esto, el creyente pierda la estación de la renuncia al mundo. ¿No te das cuenta que Moisés “se puso a la sombra”?, es decir, trató de buscarla.

Hay quien cuenta de algún santo que, al entrar en su casa y ver que el sol daba de lleno sobre la vasija de donde bebía, se dijo a sí mismo: “Cuando yo la coloqué no había sol, siento vergüenza de cambiarla por mi propio interés”.

Has de saber, Dios sea misericordioso contigo, que ese estado es particular a alguien que trata de conseguir la sinceridad interior y corregir los deseos de su alma para que no le aparte de su Señor. Si su estación fuese perfecta habría quitado el agua del sol con el propósito de darle a su alma el trato que merece. No se trata de dejarse atrapar por ella, sino de saber comprender a Dios: “Dios quiere para vosotros la facilidad y no desea vuestra dificultad” (C. II.185), “Dios quiere aliviaros, ya que creó al hombre débil” (C. LV.10,22).

Por este motivo los doctores de la Ley, cuando alguien hace voto de ir descalzo a la Meca, Dios la ennoblezca, consideran que no está obligado a cumplirlo, porque no es propio de la Ley religiosa causar dificultades al hombre, ni siquiera prohibirle las cosas agradables. ¿Cómo iba a ser así si han sido creadas para él?

Rabí ibn Ziyâd al-Hârîtî le preguntó a ‘Alî, Dios esté satisfecho de él: “¿Qué me puedes decir de mi hermano ‘Asim?”.“¿Qué le pasa?” le preguntó ‘Alî. “Se viste

con un manto remendado y lleva una vida de retiro”. “Vete a por él”, respondió ‘Alî, Dios esté satisfecho de él. Volvió con él y llevaba un manto hecho de trozos y el pelo y la barba revueltos. ‘Alî frunció el ceño al verle y le dijo: “¡Ay de ti! ¿no sientes vergüenza ante los tuyos, ni tienes compasión de tus hijos? ¿Crees que Dios te hizo lícitas las cosas buenas para luego censurar que las consigas? Más bien eres tú el que Le ofendes. ¿No has oído que dice en Su Libro: ‘...la Tierra que ha dispuesto para los hombres, hasta concluir: De ambos surgen las perlas y el coral”?’ (C. LV.58) ¿Para qué ha concedido Dios esas cosas a los hombres? Para que las utilicen y le den gracias, y Él se lo recompensará. El uso que tú haces de las gracias de Dios es mejor que tus palabras de alabanza”.

“¿Qué me dices entonces de la austeridad de tu comida y tus vestidos?”, preguntó ‘Asim.

“¡Ay de ti! Dios ha impuesto a los guías de la Verdad que se pongan al nivel de los más débiles”, respondió ‘Alî.

He aquí las palabras de ‘Alî, Dios esté satisfecho de él, aclarándote que Dios no desea que el hombre prescinda de las cosas agradables. Lo que quiere es que se las agradezca cuando las obtiene. Dios dice: “comed de lo que vuestro Señor os proporciona y agradecédselo” (C. XXXIV.15), “¡Oh aquellos que creéis! comed de las cosas buenas que os proporcionamos y sed agradecidos con Dios” (C. II.172), “¡Enviados! comed de las cosas buenas y practicad la virtud” (C. XXIII.51). No dice: no comáis, sino: comed y practicad el bien.

Podrías objetar que en ambos versículos, por cosas buenas se refiere a las cosas lícitas desde el punto de vista de la Ley. En efecto, puede referirse, con las cosas buenas, a las lícitas, porque bueno es lo que no comporta pecado, ni culpa ni alejamiento; y puede referirse, simplemente, a los alimentos que resultan agradables. Permitió y ordenó que se comieran para disfrutar de su dulzura y de este modo impulsar al agradecimiento, a la servidumbre y a precaverse de lo prohibido.

El shaij Abû-l-Hasan, Dios tenga misericordia de él, cuenta que su maestro[vii] le dijo: “Hijito mío, refresca el agua, pues el hombre cuando bebe el agua caliente dice ‘loado sea Dios’ con sequedad, pero cuando la bebe fresca dice ‘loado sea Dios’ y todos sus miembros lo repiten al unísono”. Y añadió:

“Aquel que al entrar en su casa encuentra la vasija expuesta al sol y no la quita, porque allí la había dejado sin sol, y siente vergüenza de actuar en provecho propio, está condicionado por un estado que no debe imitarse”.

[i] El término rizq indica tanto los bienes necesarios para sobrevivir como los posibles recursos para obtenerlos.

[ii] Los problemas de comprensión y traducción de este Nombre Divino quedan resueltos con esta aclaración del autor.

[iii] Ver Capítulo VII, donde se refiere a la Omnipotencia divina manifestada en el reino animal.

[iv] El grado de proximidad de los seres a su Principio está en relación con su grado de necesidad al Mismo.

[v] Esta traducción, que difiere de otras, es más acorde con el comentario del autor.

[vi] Se refiere a la historia con las dos hijas de Jetro.

[vii] ‘Abd As-sallâm b. Mashish.

Capítulo 12

La Promesa Divina y el sustento del hombre

Hemos tratado sobre la razón de ser de la necesidad que tienen los animales y, en especial, el hombre de alimentarse continuamente. Ahora vamos a tratar sobre las garantías que Dios ha dado de encargarse de ese alimento.

Has de saber que Dios, exaltado sea, impuso a los animales la necesidad de desarrollarse y de alimentarse para conservar su existencia. Además, creó dos especies, genios y hombres, a las que les ordenó que se ocuparan de Él y le fueran fieles y obedientes. Dios, exaltado sea, dice: “He creado a los genios y a los hombres para que Me sirvan. No les pido (que se preocupen) de sustentarse, ni pido que Me alimenten[i]. Dios es el Proveedor por esencia, Lleno de fuerza, Inquebrantable” (C. LI.56). Aclara con estas palabras que ambas especies fueron creadas para servirLe, es decir, para cumplir Sus órdenes. Es como si le dijese a tu esclavo: “Te he comprado para que cumplas con lo que te mando y te ocupes de mí”. A veces, el esclavo es desobediente y desdeñoso, y te defrauda sin ocuparse de tus asuntos y de tus necesidades.

Los mu'tazilíes utilizan este versículo como argumento de que Dios sólo creó la obediencia, por lo que la incredulidad y el pecado proceden de los hombres. Ya hemos desmentido anteriormente esta doctrina[ii].

Si Dios aclaró a los hombres cual es la razón de ser de la creación y de la existencia humana, es para que sean conscientes de ello, no ignoren Su Voluntad y, así, eviten el extravío y la perdición.

Se dice que hay cuatro ángeles que cada día levantan su voz. Uno dice: “Estas son las criaturas, ¡ojalá no hubiesen sido creadas!” Otro dice: “¡Ojalá cuando son creadas sepan por qué han sido creadas!” Otro dice: “¡Ojalá cuando sepan por qué han sido creadas actúen de acuerdo con lo que saben!” Y el último dice: “¡Ojalá cuando no actúen de acuerdo a lo que saben se arrepientan de cómo actúan!”

Dios ha dejado claro que no creó a los hombres para que fuesen independientes, los creó únicamente para que Le sirviesen y Le reconociesen. No compras un esclavo para que se ocupe de sí mismo, lo compras para que te sirva a ti.

La aleya es determinante contra todo aquel que se ocupa de sí mismo y descuida las obligaciones con su Señor, aquel al que su pasión aparta de la obediencia a su Dueño.

Algo parecido fue lo que escuchó Ibrâhîm b. Adham[iii], Dios tenga misericordia de él, y motivó su arrepentimiento. Al salir de caza, una voz que procedía del arzón de su silla de montar le increpó: “¡Oh Ibrâhîm!, ¿para esto fuiste creado?, ¿es ésta tu obligación?”. Luego volvió a oírlo una segunda vez: “¡Oh Ibrâhîm!, ni fuiste creado para esto, ni es esto lo que se te ordenó”.

Alfaquí[iv] es quien comprende la razón de ser de su existencia y actúa en consecuencia. Esa es la verdadera jurisprudencia y quien la recibe ha recibido el mayor don. Sobre esto dijo Mâlik[v], Dios tenga misericordia de él: “La ciencia religiosa no consiste en saber muchas tradiciones, consiste más bien en una luz que Dios deposita en el corazón”.

Le oí decir a nuestro shaij Abû-l-‘Abbâs, Dios tenga misericordia de él: “Alfaquí es quien ha perforado el velo que cubre el ojo de su corazón”.

Quien tiene la gracia de comprender que el secreto de la existencia es obedecer a Dios y que ha sido creado sólo para servirLe, ese conocimiento le hace renunciar a este mundo y prepararse para la Otra Vida, desinteresarse de sus propios intereses, ocuparse de los derechos de su Señor, meditar sobre la Promesa Divina y prepararse para ella.

Uno de ellos llegó a decir: “Si me anunciaran que mañana he de morir, no sentiría el deseo de vivir un instante más”. A otro le preguntó su madre: “¿Qué te pasa que no comes ni pan?”. “Mientras se mastica el pan y se toma la sopa pueden recitarse cincuenta versículos del Corán”, respondió.

Son hombres cuyo intelecto se ha desinteresado de esta vida, impresionados por el momento de la partida, por los espantos del Día de la Resurrección y por el encuentro con El Rector de los Cielos y de la Tierra. Esto es lo que les hace renunciar a los placeres de esta vida y a sus deleites.

“Mientras visitaba a un maestro espiritual del Magreb”, contaba otro hombre, “me levanté, un día, a prepararle el agua de la ablución, pero él se adelantó a llenar el cubo. Me negué a que lo hiciese pero, finalmente, lo cogió y agarró la punta de la cuerda. Junto al pozo de su casa había un olivo que daba sombra, y le pregunté: ‘¡Señor! ¿por qué no atas la punta de la soga a ese árbol?’ ‘¡Ah! ¿Hay aquí un árbol? Hace sesenta años que vivo en esta casa y he olvidado que había un árbol’, respondió”.

¡Abre tus oídos a tales historias! Dios sea misericordioso contigo. Te darás cuenta de que Él tiene servidores a los que desentiende de todo por Él y a los que nada les distrae de Él. Su Inmensidad ha dejado maravillado su intelecto y su temor reverencial les ha llenado de estupefacción. Su amor por Él no abandona nunca su estado interior. Dios nos haga formar parte de ellos y no nos prive de ellos.

Otra historia semejante es la de un santo de la zona del Alto Egipto que vivía en una mezquita. Uno de sus criados le pidió permiso para coger unas ramas de una

de las dos palmeras que había en la mezquita y él se lo concedió. El criado le preguntó: “Señor ¿de cuál cojo, de la amarilla o de la roja?”. “¡Hijo mío! llevo cuarenta años en esta mezquita sin distinguir la amarilla de la roja”.

También se cuenta de otro que, un día, al ver pasar a sus hijos delante de él, preguntó: “¿Quiénes son esos niños?, ¿quiénes son?”. “Tus hijos”, le respondieron. De tal modo estaba ocupado en Dios que no les habría reconocido, en ese momento, si no se los hacen reconocer. Otro decía sobre sus hijos, cuando les veía: “Esos son huérfanos aunque su padre esté vivo”. Seguir hablando de tales ejemplos nos apartaría del objetivo de este libro.

Cuando Dios, exaltado sea, dijo: “He creado a los genios y a los hombres para que Me sirvan”, sabía que esa buena nueva les confundiría, por temor a lo que exige el estado de servidumbre auténtico. Entonces, garantizó su sustento, con el fin de dejarles sólo a su servicio y para que no se preocupasen de buscarlo. Por eso añadió: “No les pido que traten de sustentarse”, es decir, que se mantengan por sí mismos. Con la excelencia de lo que Yo les doy es suficiente. “Ni pido que Me alimenten”, porque Soy el Poderoso, la Plenitud Absoluta, Aquel que no puede ser alimentado. Termina diciendo: “En verdad Dios es el Proveedor de todas las cosas, Lleno de Fuerza, el Inquebrantable”.

No quiero que ellos se procuren su propio sustento pues Soy Yo el Proveedor por excelencia, ni deseo que Me alimenten, porque estoy Lleno de Fuerza. Quien posee por esencia la Fuerza no necesita alimentarse ni que le alimenten. Está claro que estas aleyas garantizan que Él es Quien se encarga de sustentarles, “En verdad Dios es el Proveedor por excelencia” (C. LI.56). Esto implica que los creyentes deben reconocerLe como el Único que atiende sus necesidades y no atribuírselo a las criaturas, ni a sus propios medios, ni a sus ganancias.

La tradición cuenta que cierta noche el Enviado de Dios, Dios colme de bendición y de paz, se puso a observar el firmamento y preguntó: “¿Comprendéis lo que Vuestro Señor os quiere decir?”. “No, Enviado de Dios”, respondimos. “Él os dice”, respondió el Profeta, “algunas de mis criaturas creerán en Mí y otras no. Quien crea en Mí dirá que la lluvia proviene de la Gracia y la Misericordia de Dios, y quien no crea dirá que llueve por tal situación del firmamento o por tal estrella. Ese reniega de Mí y cree en las estrellas”.

En este hadíz hay un beneficio enorme para los creyentes, una gran luz para quien tenga la certeza, y una enseñanza sobre la cortesía que debe tenerse con el Señor de los Mundos. Por otra parte, ojalá te des cuenta, icreyente!, que este hadiz es una prohibición del estudio de los astros, de sus conjunciones y de sus efectos[vi].

Has de saber que Dios, exaltado sea, ha puesto en ti un decreto, que debe realizarse, y unas condiciones, que deben manifestarse. No hay ningún beneficio en tratar de indagar lo que aún está oculto, de modo que nos ha prohibido que intentemos influir así en los hombres, “Evitad las conjeturas” (C. XLIX.12).

¿Cómo podríamos conjeturar sobre lo que Él esconde? ¡Qué bien habló quien dijo!:

“Decid al astrólogo:

reniego de lo que determinen los astros.

Sé que todo lo que fue y será

es un decreto ineludible del Soberano”.

La última aleya citada emplea para hablar de Dios una forma gramatical especial con un sentido de intensidad[vii]. El Proveedor en esencia, Razzâq, es un superlativo de proveedor râziq, porque intensifica el significado de éste. Es posible que esta intensidad sea para recalcar el número de seres favorecidos o el de la abundancia de provisiones, o que signifique ambos sentidos a la vez.

Otro posible comentario es que el valor del atributo tiene más alcance que el valor de los actos. Decir “Zayd es un hombre de bien”, tiene más valor que decir “Zayd actúa bien” o “ha actuado bien”. El atributo indica lo que está establecido y consolidado, mientras que la actividad está sujeta a una transformación constante. Por eso, la expresión “Dios es el Proveedor en esencia”, es de mayor alcance que decir: “Dios es Quien provee”. Si dijese, “Dios es Quien provee”, sólo implicaría que el sustento llega por Él, no que está en Él. Al decir que “Dios es el Proveedor en esencia” es como si hubiese dicho “no hay Proveedor sino Dios”.

La segunda aleya fundamental sobre la cuestión del sustento es ésta: “Dios, Él os creó, luego os sustentó, luego os hará morir y luego os resucitará” (C. XXX.40). Esta noble aleya tiene dos enseñanzas:

1. Creación y sustento son dos cosas que van unidas. Del mismo modo que tenéis que reconocer que Dios es Quien os creó, sin que vosotros podáis atribuirlos nada de esa cualidad creadora, igualmente, tenéis que reconocerLe como único Proveedor sin atribuirlo, tampoco, a vosotros. Igual que es Único en lo que se refiere a la creación y a la existencia, lo es también con respecto al sustento y al mantenimiento. El ha expresado la relación entre ambas cosas para que los hombres puedan convencerse y dar testimonio de la exclusividad de Su Sustento y del beneficio de Su Creación. Igual que creó sin medios ni recursos, provee sin que Su Sustento dependa de un mediador o de una causa.

2. “Dios os creó, luego os sustentó”. Este versículo enseña también que el sustento es algo ya realizado[viii] y delimitado. El Decreto no es algo que se actualice ni dependa de una causalidad temporal. Solamente se actualiza su aparición exterior, no su determinación real. El sustento puede tratarse desde dos puntos de vista: lo que el Decreto ya ha establecido antes de la existencia temporal y lo que se manifiesta después de esa existencia. La aleya incluye ambos puntos de vista. Si se trata de lo que ya está predeterminado, entonces zumma (y, luego) indica el orden de los predicados (que enuncian la jerarquía

de Sus Atributos); si se trata de las condiciones manifestadas de ese sustento, zumma tendría, entonces, un valor consecutivo de aclaración (en referencia a las condiciones implícitas de la creación)[ix].

El significado profundo de la aleya es probar la Divinidad exclusiva de Dios. Como si advirtiese, a todo aquel que sirve a alguien que no sea Dios, que Dios, Solo, es Quien os creó, os sustentó, os hará morir y os resucitará. ¿Podéis encontrar estos atributos en otro que no sea Él? ¿Alguien que sea creado puede tenerlos? Sólo a quien los tiene se le debe reconocer como Dios y como único Señor. Por eso añade a continuación: “¿Entre los dioses que vosotros Le asociáis, hay alguno que pueda hacer algo de esto? Glorificado y ensalzado sea más allá de lo que Le asocian” (C. XXX.40).

El tercer versículo referente a la cuestión del sustento es éste: “Ordena la plegaria a los tuyos y persevera en ella. No te pedimos provisión alguna, a Nós corresponde sustentarte, y el resultado final se logra con el temor piadoso” (C. XX.132).

Este versículo tiene varias enseñanzas:

1. Debes saber que, aunque el Profeta, la Paz sea con él, sea el destinatario de esta aleya, la prescripción y promesa que contiene, también se refiere a su comunidad. A todo el que pertenece a ella se le dice: “Ordena la plegaria a los tuyos y persevera en ella. No te pedimos provisión alguna, a Nós corresponde sustentarte, y el resultado final se logra con el temor piadoso”.

Aclarado esto, debes darte cuenta de que Dios te prescribe a ti, ¡servidor!, que ordenes la plegaria a los tuyos, porque, igual que estás obligado a hacerte cargo de las necesidades materiales de tu familia, también debes hacerlo para conducirles a cumplir con Dios y apartarles del pecado. Igual que tu familia es la más favorecida por tus beneficios materiales, también debe serlo de tus beneficios espirituales. Ellos son tu rebaño, como dijo el Profeta, Dios colme de bendición y de Paz: “Cada uno de vosotros es un pastor y, todos, sois responsables de vuestro rebaño”. En otro versículo dice: “Predica a los parientes de tu clan” (C. XXVI.214), con el mismo sentido que “Ordena a los tuyos la plegaria”.

2. Observa que Él, exaltado sea, prescribió al Enviado de Dios, la Paz sea con él, que ordenase la plegaria a los suyos antes de ordenarle que fuera perseverante en ella. Te darás cuenta, por lo tanto, de que la prescripción fundamental de este versículo es ordenar a los suyos la plegaria; lo que sigue es secundario, aunque tenga un valor aparte, pues el hombre ya sabe claramente que debe hacer su plegaria. Dios quiso indicarles, a los que la cumplen, algo que, quizás, pudieran descuidar. Por eso ordenó esto a Su Enviado, para que los que siguen su ejemplo cumplan con esta prescripción.

Dios te ha obligado que ordenes la plegaria a los tuyos, sea tu mujer, tu esclava, tus hijos u otros. Debes corregirles, si la descuidan, y no puedes excusarte ante

Dios diciendo que tú se lo has ordenado pero que no te han prestado atención. Si supieran que abandonar la plegaria te ofende tanto como despreciar algo que tú les das o no prestar atención a tus problemas, no dejarían de hacerla. Pero se han acostumbrado a que les exijas lo que a ti mismo te interesa y no les exijas cumplir con las obligaciones de Dios. Por este motivo la descuidan. Quienquiera que cumple la plegaria pero no la hace junto a los suyos ni les ordena hacerla, el Día de la Resurrección formará parte del grupo de los que no cumplen la plegaria. Quizás alegues que se lo ordenas y no la hacen, se lo aconsejas y no prestan atención, les castigas y no consigues nada. ¿Qué puedo hacer? Lo que debes hacer, entonces, es separarte, de quien puedas vender o repudiar[x], y evitar a quien no puedes dejar de ese modo[xi] . Si emigras hacia Dios, esa emigración te conducirá a Él.

3. La expresión, “Sé constante en ella”, alude a que la plegaria es una carga para el alma y le resulta penosa, porque debe hacerse en momentos agradables y exige que los hombres se preocupen de ella y dejen otras cosas para cumplir solamente con Dios.

Fíjate cómo la plegaria del alba debe hacerse en el momento más dulce del sueño. Dios pide que el hombre deje lo que le agrada para cumplir con Él haciendo un esfuerzo de voluntad para cumplir Su Voluntad. Por eso se anuncia especialmente dos veces en la llamada a la plegaria del alba: “La plegaria preferible al sueño”. La plegaria del mediodía debe hacerse en el momento de la siesta y al regresar cansados de sus ocupaciones. La plegaria de la tarde es cuando más dedicados están a sus negocios y quehaceres. La plegaria del atardecer es en el momento de tomar alimento y reponer las fuerzas. En cuanto a la plegaria de la noche es en el momento de mayor fatiga, tras toda la actividad diaria. Por lo tanto, se comprende que diga: “Sé perseverante en la plegaria” (C. XX.132), “Cumplid las plegarias y en particular la plegaria del centro” (C. II.238), “La plegaria es, para los creyentes, una prescripción determinada por el tiempo” (C. IV 103), “Cumplid con la plegaria” (C.II.43 y otros). De todo esto se deduce que el cumplimiento de la plegaria es parte de las imposiciones de la servidumbre y se opone a las inclinaciones de la naturaleza humana. Dios, glorificado sea, dice: “Buscad apoyo en la paciencia y en la plegaria; sin duda, es una gran carga, salvo para los humildes” (C. II.45). El hecho de que mencione juntas la paciencia y la plegaria indica la relación que hay entre ambas. Paciencia para cumplirla en su momento, para cumplir con sus obligaciones y prescripciones y para impedir al corazón que se distraiga al hacerla. De ahí que añada: “Es una gran carga, salvo para los humildes”. La carga se refiere sólo a la plegaria, no a la paciencia[xii]. Esto debe interpretarse en el mismo sentido anterior; pero puede interpretarse que ambas cosas van indisolublemente unidas: una es la esencia de la otra. Igualmente ocurre con otros versículos: “Dios, y su Enviado, tiene más derecho a que ellos Le complazcan” (C. IX.62), “Aquellos que atesoran el oro y la plata sin gastarla en la Vía de Dios” (C. IX.34), “Si ven un negocio o una distracción se precipitan hacia él” (C. LXII.11). Fíjate en todo esto[xiii].

La plegaria es algo muy importante y su valor a los ojos de Dios es enorme. “En verdad la plegaria aparta de la desvergüenza y de los malos actos” (C. XXIX.45). Cuando le preguntaron al Enviado de Dios, la Paz sea con él, cuál era la mejor de las obras, respondió: “La plegaria a su hora”. Ha dicho también: “El que hace la plegaria se dirige íntimamente a su Señor” y también “El momento en el que el siervo se encuentra más próximo a su Señor es la prosternación”.

A nuestro parecer, la plegaria reúne más formas de adoración que ningún otro acto de virtud: la ablución, el silencio, la orientación ritual, la posición erguida, la inclinación, la prosternación, la glorificación en la inclinación y la prosternación, la súplica en la prosternación, etc... Es como la suma de numerosos actos de culto: la invocación, la recitación, la glorificación, la súplica, la inclinación, la prosternación... Todos son, por sí solos, formas de culto. Si no fuese por el temor de extendernos demasiado trataríamos ampliamente de sus secretos y del resplandor de sus luces, pero esta aclaración es suficiente al respecto. ¡Alabado sea Dios!

4. “No te pedimos ningún sustento, a Nós corresponde sustentarte”. Es decir, no te pedimos que te encargues de tu sustento ni del de los tuyos. ¿Cómo íbamos a ordenarte esto, y al mismo tiempo imponerte esa obligación, si tú no tienes capacidad para ello? ¿Cómo iba a ser digno de Nós ordenarte que Nos sirvas y no ocuparnos de tus necesidades?

Dios sabe que el servidor se siente turbado por la preocupación de los recursos materiales, que esto afecta a su virtud y a su dedicación por Él, por ello exhorta a Su Enviado, Dios colme de bendición y de paz, para que todos presten atención: “Ordena la plegaria a los tuyos, sé perseverante en ella. No te pedimos ningún sustento, a Nós incumbe proveer a tus necesidades”. Es como si dijese: “Encárgate de servirnos, Nós nos hacemos cargo de tus necesidades”.

Hay dos enseñanzas: primero, lo que Dios te garantiza, no te pongas a buscarlo; segundo, lo que Él pide de ti, no lo descuides. Quien se preocupa de lo que tiene garantizado y descuida lo que se le exige, ¡qué grande es su ignorancia y qué grave es su extravío!

Bien poco hay que advertir a quien está despierto y sabe que la verdadera condición del siervo es ocuparse de lo que se le pide y desentenderse de lo que se le ha garantizado. Si Dios ha resuelto las necesidades de los renegados ¿no iba a resolver las de quienes Le son fieles? Si ha concedido los recursos materiales a los incrédulos, ¿no se los iba a conceder a los creyentes?

¡Siervo de Dios! tienes garantizadas las necesidades de este mundo y una obligación con la Otra Vida, esfuérzate por cumplirla. “¡Que se aprovisionen!, y la mejor provisión es la piedad” (C. II.197). ¿Cómo es posible que la inteligencia y la clarividencia dé frutos en ti mientras te ocupas de lo que ya tienes asegurado y olvidas lo que te falta?

Cierto hombre de Conocimiento ha llegado a decir: “Dios nos ha asegurado los bienes de este mundo y nos ha exigido que nos ocupemos de la Otra Vida. ¡Ojalá nos hubiese asegurado los bienes de la Otra Vida y nos hubiese obligado a preocuparnos de este mundo!”

En cuanto a la expresión: “A Nós corresponde tu sustento”, utiliza una forma verbal[xiv] que corresponde a una acción no concluida. No es lo mismo decir “te ofrezco mi casa” que decir “te ofrecí mi casa”. En el primer caso, indica una continuidad, en el segundo, un hecho determinado y acabado.

Por último afirma: “El resultado final se logra por medio de la piedad”. Es decir, Nós sabemos que, cuando te entregas a la vida espiritual para servirNos y practicar la virtud, te despreocupas de los medios de vida y de los ingresos que traen consigo; tus recursos no serán los de la gente opulenta, ni tu vida una vida de opulencia, pero, a pesar de todo, persevera, pues “El resultado final se consigue por medio de la piedad”. Del mismo modo, al comienzo de otra aleya dice: “No prestes atención a los goces que les hemos consentido en ciertos casos. El encanto de esta vida es una forma de ponerles a prueba. La provisión de tu Señor es preferible y duradera” (C. XX. 131).

Podrías plantearte por qué relaciona especialmente la piedad con el resultado final, dado que los hombres piadosos consiguen también una vida feliz en este mundo: “A todo hombre o mujer que obre bien y crea en Él, le haremos vivir una vida llena de bien” (C. XVI.97).

Ten en cuenta que Dios, exaltado sea, exhorta a los hombres en relación con sus capacidades intelectuales. Es como si dijese: “Si pensáis que los profanos y los hombres impíos tienen mejores condiciones a primera vista, finalmente, es el hombre piadoso y creyente el que gana, y El resultado final se logra por medio de la piedad”.

El modo de dirigirse a los hombres corresponde al alcance intelectual y a la capacidad de comprensión que tienen. Se dice: “Dios es más Grande”, porque, aunque no haya nadie que se Le pueda comparar en grandeza, las almas observan la grandeza de la actividad humana. De igual modo dice: “La Creación de los cielos y de la Tierra es mayor que la creación de los hombres” (C. XL.57), como si quisiera decir, “aunque inevitablemente contempléis algo que os impresiona, Dios ensalzado sea, es más Grande que cualquier cosa y más grande que toda grandeza”. También se dice: “la plegaria es mejor que el sueño”, porque, si se dijese que el sueño es insignificante, las almas responderían que lo encuentran dulce y reparador. Él se adapta a lo que percibe el alma para, a continuación, enseñar que “Nuestra llamada es mejor que lo que tú sientes”. La plegaria es mejor que el sueño, porque el sueño es un estado transitorio que pasa, mientras que la plegaria es un acto cuya recompensa permanece sin cesar, “Y lo que hay junto a Dios es mejor y más duradero”(C. XXVIII.60).

La citada aleya explica, a quienes saben entender a Dios, cómo deben buscar Su sustento. Cuando les llegan las ganancias de esta vida insisten aún más en los

actos de servidumbre y de virtud. ¿No te das cuenta de que al decir, “Ordena la plegaria a los tuyos y persevera en ella...” promete el sustento después de exigir dos cosas? La primera, ordenar la plegaria, la segunda, perseverar en ella. Y tras eso, “A Nós nos incumbe tu sustento”. Los hombres de conocimiento intuitivo, cuando llegan las ganancias de esta vida, llaman a la puerta del sustento por medio del cumplimiento con el Sustentador. No como la gente profana y ciega que, cuando llegan estas ganancias, aún se agarran más a este mundo y se precipitan en él poniendo todo su corazón e inteligencia, apartándose de Dios. Los gnósticos no pueden actuar así, porque han comprendido el sentido de Sus palabras: “Entrad a las casas por sus puertas” (C. II.189), y han comprendido que la puerta del sustento es la obediencia al Proveedor por esencia. ¿Cómo se puede pedir Su sustento si Le desobedeces? ¿Cómo lograr Su Gracia si te enfrentas a Él? El Enviado de Dios ha dicho: “No se consigue lo que viene de Dios con Su cólera”. Es decir, se consigue Su sustento con Su satisfacción.

Dios, exaltado sea, ha dicho claramente: “Quien teme a Dios, Él le concede una salida y provee a sus necesidades como menos espera” (C. LXV.2), “Si se mantuviesen en el Camino de Dios, les daríamos de beber un agua que mana sin cesar (C. LXXII.16). Hay otras aleyas que indican que la piedad es la llave de los que buscan el sustento de este mundo y del Otro. Dios, alabado sea, ha dicho: “Si las gentes del Libro creyesen y fuesen piadosas, les perdonaríamos sus faltas y les haríamos entrar en los Jardines del Paraíso. Si hubiesen guardado la Torah, el Evangelio y lo que su Señor les ha revelado, habrían comido de lo que hay sobre ellos y bajo sus pies (C. V.65). Deja bien claro que: “Si actuasen de acuerdo con la Torah y el Evangelio”, obrando según lo que hay en ambos, “Habrían comido de lo que hay sobre ellos y bajo sus pies”. Es decir, les habríamos multiplicado sus recursos y se los habríamos prodigado constantemente; pero no hacen lo que Nós deseamos y, por ese motivo, no les tratamos como ellos desean.

El cuarto versículo, sobre el asunto de los recursos, es: “No hay ser viviente en la Tierra de cuyo sustento Dios no se haga cargo. Él conoce su guarida y su tumba. Todo está en un Libro evidente” (C. XI.6). Esta aleya aclara, aún más, que el sustento está garantizado por Dios y corta con los susurros y pensamientos que puedan venir al corazón del creyente. Si estos llegasen al corazón, los ejércitos de la fe y de la confianza en Dios los derrotarían, es más, el error sería aplastado y destruido por la Verdad. Cada vez que el error se acerca, la Verdad responde: “No hay ser viviente en la Tierra de cuyo sustento Dios no se haga cargo”.

Se ha hecho cargo de Sus criaturas por puro Amor y no por obligación. Sólo se ha obligado a Sí Mismo a ser Generoso y Benevolente. Además extendió a todo ser esa garantía. Es como si les dijese: “¡Oh criatura! Mi sustento y Mi protección no es sólo contigo sino con todo ser viviente en la Tierra, porque a Nós corresponde hacernos cargo de ella y de los alimentos depositados en ella. Medita en la inmensidad de Mi Garantía y en la riqueza de Mi Señoría. Todas las cosas dependen de Mí, ten, pues, confianza en Mí y deja que me haga cargo de ti. Observa cómo Mi cuidado abarca a los demás animales y cómo Me hago cargo

de todos ellos. Tú eres el más noble de esa especie y, por lo tanto, debes ser el que más confianza tenga en Mí y el mejor atendido por Mí”.

¿No ves que Él, exaltado sea, ha dicho: “Hemos honrado a los hijos de Adán”? (C. XVII.70). Sobre las demás especies de animales, porque les hemos pedido que Nos sirvan, les hemos prometido entrar en Nuestro Paraíso y les hemos convocado a Nuestra Presencia. Hay algo evidente que te muestra esta preeminencia del hombre sobre el resto de los seres creados: éstos fueron creados para el hombre y el hombre fue creado para la Presencia Divina.

He oído decir a nuestro maestro Abû-l-‘Abbâs que Dios le ha dicho al hombre: “¡Hijo de Adán! he creado toda las cosas por ti y, a ti, te he creado para Mí. Lo que he creado para ti no debe hacerte olvidar para qué fuiste creado”. Dios dice: “...Y la Tierra, que he preparado para los hombres” (C. V.10) y “Hemos puesto a vuestra disposición lo que hay en los Cielos y en la Tierra. Todo proviene de Él” (C. XLV.13). Decía, luego, El shaij Abû-l-‘Abbâs: “Todos los seres son siervos que Él ha puesto a tu disposición, y tú eres el siervo de la Presencia”.

“Dios, Quien creó los siete Cielos y sus semejantes en la Tierra. El Mandato descende entre ellos para que sepáis que Dios es Todopoderoso y que Dios envuelve todas las cosas de ciencia” (C. LXV.12). Estas palabras dejan bien claro que los Cielos y la Tierra fueron creados para tu conocimiento ¡Oh hombre! Si comprendes que los seres fueron creados por ti —para tu provecho o para tu meditación, que también es una forma de provecho— te darás cuenta de que si Dios sustenta a los seres creados por ti, ¿cómo no va a hacerse cargo de tu sustento? ¿No te has fijado cómo dice, “Frutas y verduras, para vuestro disfrute y para vuestros animales” (C. LXXX.31)?

En cuanto a las palabras, Él conoce su guarida y su tumba, son una confirmación más de esto. Él es Responsable de ellos, ni pierde de vista su situación ni ignora nada de ellos. El conoce bien dónde se encuentran, y hasta allí llega lo que Él les ha destinado.

La quinta aleya sobre este asunto del sustento es ésta: “En el cielo está vuestro sustento y lo que se os ha prometido. ¡Por el Señor del Cielo y de la Tierra! ésta es la verdad! Igual que podéis hablar” (C. LI.22,23).

Esta aleya limpia definitivamente de dudas el corazón de los creyentes y lo ilumina con las luces de la certeza, de modo que lleguen a su corazón constantemente las enseñanzas que encierra referentes al sustento: su procedencia, su asignación y su analogía. Veremos ahora todos esos beneficios punto por punto.

1. Dios, exaltado sea, conoce la inquietud que produce en el alma el asunto del sustento e insiste repetidamente con numerosos argumentos para que el corazón se sienta bien fortalecido sobre esto, porque la incertidumbre no deja de acosar al alma. Del mismo modo, da numerosas pruebas sobre la Resurrección en muchas aleyas, porque los herejes, confundidos por este asunto, ponen en duda

que el hombre vuelva a constituirse después de que sus miembros estén esparcidos, su naturaleza disipada y se haya convertido en polvo o se lo hayan comido las fieras. Es necesario que en Su Sublime Libro se repitan a menudo las pruebas al respecto: (El hombre) “Trata de dar argumentos sobre Nós y olvida su propia creación. Dicen: ‘¿quién revivificará los huesos una vez deshechos?’ Responde: ‘Los revivificará quien los creó por primera vez’ (C. XXXVI.78,79). En otros versículos dice: “Eso es muy fácil para Él (C. XXX.27), Aquel que les dio la vida, resucitará a los muertos” (C. XLI.39), etc.

Del mismo modo, conociendo la inquietud del alma sobre el asunto del sustento, lo ratificó en numerosas aleyas. Algunas ya las hemos mencionado, otras no. Pueden citarse, entre otras: “En verdad, Dios es el Proveedor por esencia, Dios es Quien os creó, luego os sustentó, A Nós incumbe tu sustento, ¿Quién podría sustentarnos si Él retirase Su Sustento? (C. LXVII.21) y anteriores ya citados.

En el caso que estamos viendo dice: “... En el Cielo está vuestro sustento y lo que se os ha prometido”, para aclarar la procedencia del sustento y, así, tranquilizar el corazón. No produce la misma confianza aquello cuya procedencia es incierta como aquello sobre lo que se tiene una total certeza. Es como si Él dijese: “No teníamos obligación alguna de aclararos la procedencia de vuestro sustento; vuestro sustento es algo que Nos corresponde enviaros en su momento sin que tengamos por qué aclararos nada más”. Pero luego por Su Benevolencia, Su Misericordia, Su Favor y Su Munificencia, aclaró la procedencia del sustento para que así fuese más fácil conseguir la confianza del alma y se fortaleciese mejor contra la duda.

Hay además otra enseñanza, Dios ha aclarado la procedencia del sustento para que el hombre no ponga su atención en las criaturas y sólo pida ese sustento del Rey Verdadero. Cuando tu corazón ambiciona las cosas creadas o se siente atraído por los medios materiales, Él, exaltado sea, te dice: “En el Cielo esta vuestro sustento y lo que se os ha prometido”. Es como decir: “Tú que buscas sacar algo de la debilidad e impotencia de las cosas creadas en la Tierra, tu sustento no lo encontrarás ahí sino junto a Mí, Yo soy el Rey Todopoderoso”. Por este motivo un beduino, al oír esta aleya, degolló su camella y se consagró inmediatamente a Dios diciendo: “Tengo mi sustento en el Cielo y lo buscaba en la tierra”. ¡Fíjate!, que Dios te haga misericordia, de qué forma comprendió que con esta aleya Dios quería que sus servidores llevaran sus preocupaciones ante Él y pusieran sus intereses en Sus Manos.

En otra aleya dice en el mismo sentido: “Los tesoros de todas las cosas están junto a Nós, y no hacemos descender nada si no es en una medida determinada” (C. XV.21), con el fin de que todas las expectativas se pongan ante Su Puerta y el corazón trate de aproximarse a Él. Que Dios tenga misericordia de ti, sé celestial y sublime, no seas rastrero y terrenal.

“Cuando la mano del avaro te deje sediento,

Que te baste la conformidad.

Sé un hombre con el cuerno en la Tierra
y con el extremo de su aspiración en el Cielo.

Deja que se pierda la vida

Sin perder la dignidad”.

Le oí decir a nuestro maestro Abû-l-‘Abbâs, Dios tenga misericordia de él: “Sólo he visto la Gloria después de perder las expectativas puestas en las criaturas”. Recuerda ¡hermano! lo que Dios, exaltado sea, dice: “La Gloria es de Dios, de Su Profeta y de los creyentes” (C. LXIII.8).

La Gloria con la que Dios honra al creyente consiste en que su aspiración se eleve hasta su Señor y ponga su confianza sólo en Él. ¡Qué vergüenza ante Dios!: Después de que Él te pone la túnica de la fe y te embellece con el adorno del conocimiento, caes en la distracción y el olvido hasta llegar a inclinarte ante las criaturas y buscar el bien en otro que no sea Él. Dijo uno de ellos:

“Después de penetrar en las ciencias espirituales

y desahogarme con los dones de mi Creador,

Cuando voy a alcanzar el mundo de las esencias

¿Puedo recurrir a otro que no sea mi Proveedor?”

Si el alma, distraída de su Señor, te pide que te rebajes ante las criaturas, dije que pida a Aquel que resuelve las necesidades de todas las criaturas. No hagas caso del alma, desprecia tu fe por conseguir su ambición y te humilla con tal de lograr sus deseos. Como dijo alguien:

“Humillé a mi alma por honrarla.

Para ennoblecerla hay que contrariarla.

Ella dice: pídele a Yahyá b. Aktam,

¡No! pídele, tú, al Señor de Yahyá b. Aktam”.

Qué horrible resulta el creyente que recurre a otro que no sea Dios a pesar de reconocer la Unicidad y Singularidad de Su Señoría. “¿No le basta Dios a su siervo?” (C. XXXIX, 36). Actuar de ese modo es algo ruin por parte de cualquier persona, y aún peor por parte de un creyente. “¡Oh los que creéis! cumplid con los compromisos” (C. V.1). Uno de los compromisos que tú pactaste es no rebajarte más que ante Él y no entregarte más que a Él. Quedó implícito en el momento en que reconociste Su Señoría, el Día en el que se manifestaron todas

las posibilidades del Decreto, el Día de “¿No soy Yo vuestro Señor? Sí, en efecto, contestaron”. ¿Cómo es que le reconociste y proclamaste su Unicidad entonces y, ahora, le ignoras, si Él no ha cesado de beneficiarte y de colmarte con su gracia y su favor?

Como dijo un gnóstico:

“En el corazón tenéis vuestra morada.

Ni Sa'idâ, ni Lubâ' la habitan.

En el polvo original Os reconocí.

¿Podría renegar de Vos ahora que encanezco?”

El desinterés por las criaturas es la balanza de los que buscan a Dios, fuqarñ', y la sonda de los hombres verdaderos. Igual que se valoran los bienes se valoran los estados y las cualidades, Pesad equitativamente (C. LV.9). El hombre verídico demuestra su sinceridad, el pretencioso su falsedad, Dios no podría dejar a los creyentes en el estado en que os encontráis hasta que se distinga el pecador del justo (C. III.179).

Dios, con la sabiduría de sus decretos, pone en evidencia a los fuqarâ' que no son sinceros, que disimulan sus deseos y están atrapados por la pasión. Son los que se rebajan ante los profanos y les tratan con desenvoltura, están a gusto con ellos, participan de sus objetivos y rivalizan en las mismas cosas. Puedes verlos adornándose como se adorna el desposado, seducidos por el cuidado de sus apariencias y despreocupados de purificar su interior. Dios les ha estigmatizado para que se descubran sus vergüenzas y muestren lo que son en realidad. Si fuesen sinceros se diría de ellos: “Es un siervo de la Grandeza Divina”, pero Dios les ha privado de esa relación con Él y, por su falta de sinceridad, dirán: “Es un maestro del príncipe”.

Estos son los que mienten sobre Dios y apartan a los hombres de la compañía de los amigos de Dios, porque lo que la gente contempla de ellos se lo atribuye a todos los que se vinculan a la vía espiritual, sean sinceros o falsos. Son el velo de los hombres de la Realización, la nube que cubre a las luminarias de los hombres del Éxito. Hacen resonar sus tambores, publican sus discursos, se ponen sus corazas; pero cuando llegue el momento de rendir cuentas recibirán su merecido. Se pondrá en evidencia la falsedad de sus palabras, la gratuidad de sus pretensiones y la falta de piedad de sus corazones. Fíjate bien, Dios, exaltado sea, dice: “Dios pedirá cuentas a los verídicos sobre su veracidad” (C. XXXIII.8). ¿Qué te parece?, si a los sinceros se les pide cuentas, ¿los falsos pretendientes van a quedar sin interrogar? ¿No entienden las palabras de Dios? “Di: obrad, Dios va a ver vuestra obra y, también, Su Enviado y los creyentes; pronto vais a ser devueltos a Quien conoce lo Oculto y lo Manifiesto. Él os informará de lo que habéis hecho” (C. IX.105). Su apariencia exterior es como la de los auténticamente sinceros, su forma de obrar, la de los impostores.

“Las tiendas son como sus tiendas

Pero sus mujeres no son las mujeres de la tribu.

¡No! ¡por Aquel cuya Casa es visitada por los Quraysh! [xv]

Que están frente al pilar de su explanada,

Mis ojos no ven las tiendas de una cábila

Sin llorar por la desaparición de mis amigos”.

¡Dios tenga misericordia de ti! Comprende que la prenda de los que siguen la vía espiritual y el signo de los hombres de la Realización es desentenderse de las criaturas.

En un poema hemos hablado de esto:

“¡Qué pronto critica (el alma) el quebranto de los tiempos!

No le hagas caso, y quizás desista.

No sigas criticando a tu época

Requiriendo de ella lealtad y pureza.

Que me ignoren no me hace daño alguno,

La luna llena es tal, aparezca o quede oculta.

Dios sabe que estoy dotado de una aspiración

Que rechaza la bajeza por pudor y nobleza.

¿No he de proteger mi honor de las criaturas?

¿Voy a darles la consideración de los reyes,

Y mostrarme necesitado de ellas,

Cuando no tienen ninguna potestad?

¿Cómo voy a pedir el sustento a las criaturas?

¡Por mi vida! ¡Es repugnante!

Quejarse a otro tan débil como tú

No sirve de nada.

Solicita de Dios todo lo que necesites,

Su Gracia y Su Favor lo abarca todo.

Confía en Él y encontrarás lo que esperas

Atento ante Su Puerta.”

2. Otra enseñanza de esas palabras: “Y en el Cielo está vuestro sustento, es reforzar la seguridad de Vuestro sustento”, es decir, asegurar que está en la Tabla Guardada[xvi]. De este modo Él tranquiliza a los hombres y les hace saber que “vuestro sustento”, lo que os hemos preparado, está junto a Nós, os lo hemos asegurado en Nuestro Libro, ya lo hemos decretado en nuestras aleyas antes de vuestra existencia y os lo hemos asignado antes de que apareciéseis, ¿por qué os inquietáis?, ¿por qué no os tranquilizáis y confiáis en Mi Promesa?

También es posible que esa expresión aluda a aquello de lo que os sustenta, el agua: “Hemos hecho surgir a todo ser vivo del agua ¿No creeréis?” (C. XXI.30). Comenta Ibn ‘Abbâs[xvii], Dios esté satisfecho de él, que esas palabras, “En el Cielo está vuestro sustento”, se refieren a la lluvia, porque es la causa del sustento y porque el agua en sí misma es un sustento.

3. También puede interpretarse que Dios quiere, con esta aleya, que el hombre no se atribuya el control sobre los recursos, porque si Dios, exaltado sea, privase a la Tierra del agua que Él envía, se perdería toda posibilidad de cultivo, de ganadería, de comercio y de cualquier otra actividad. Es como si Dios quisiera decir: “No son vuestros recursos los que os sustentan, soy Yo Vuestro Sustentador por esencia. En Mi Mano está facilitaros los medios que utilizáis, porque Yo soy el que os proporciona todo lo que permite realizar vuestra actividad y sacar provecho de ella”.

4. La relación que establece entre el sustento y Su Promesa es algo muy importante. Los creyentes saben que lo que Dios ha prometido tiene que cumplirse, y que no pueden retrasarlo, adelantarlos ni cambiarlos. Es como si dijese: “Si no dudáis que Nuestra Promesa ha de realizarse, tampoco dudéis de Nuestro sustento”. Igual que sois incapaces para adelantar Nuestra Promesa antes de Su Hora, del mismo modo tampoco podéis adelantar ningún bien cuando Nuestra Señoría lo ha aplazado y Nuestra Majestad Divina lo ha determinado para otro momento.

5. Luego, Él, glorificado y ensalzado sea, dice: “¡Por el Señor del Cielo y de la Tierra! ésta es la Verdad, igual que podéis hablar”. Esta es una gran prueba para los hombres sobre el cumplimiento de esa Promesa. Aquel que jamás falta a los pactos jura la garantía de su sustento a los hombres, porque conoce las dudas, incertidumbres y preocupaciones que encierran las almas a este respecto.

Los ángeles, cuando oyeron esta aleya, dijeron: “Los hijos de Adán están perdidos, han irritado a su Señor hasta el punto de hacerLe jurar”. Y alguien exclamó: “¡Gloria a Dios! ¡El Generoso ha tenido que comprometerse por juramento!”. A quien tiene confianza en tu palabra no necesitas jurarle nada, sólo a quien duda de ti tienes que jurarle.

Esta aleya regocijó a algunos y avergonzó a otros. Alegra a los que están en el comienzo de la vía espiritual ya que acrecienta su fe, consolida su certeza y, así, pueden librarse de las sugerencias satánicas y de las dudas del alma. Avergüenza a los que se dan cuenta de que Él, glorificado y ensalzado sea, conoce su falta de confianza y su estado de incertidumbre. Tuvo que jurárselo para evitar sus dudas, y ellos se avergonzaron al comprender lo que eso significaba.

Es muy frecuente que algo provoque regocijo en unos y tristeza en otros, según el grado de comprensión y de inspiración de cada cual. Fíjate cómo al revelarse el versículo: “Hoy os he completado vuestra religión, he consumado Mi Gracia con vosotros y estoy satisfecho de que el Islam sea vuestra religión (C. V.3), los Compañeros se regocijaron, pero Abû Bakr, Dios esté satisfecho de todos ellos, se entristeció. Comprendió que esas palabras anunciaban la muerte del Enviado de Dios, la paz sea con él, y comenzó a llorar. Fue consciente de que cuando algo alcanza su punto culminante comienza su declinar.

“Cuando algo termina, se acerca su final.

El signo del fin es decir: se terminó.

Cuando estés en gracia, guárdala,

El pecado puede llevársela”.

La misión profética no podía mermar mientras el Enviado de Dios, la Paz sea con él, se mantuviese en vida. Los Compañeros, Dios esté satisfecho de ellos, se alegraron por la buena noticia a primera vista, sin percibir lo que percibió Abû Bakr; A esta visión interior se refería el Profeta cuando dijo: “Abû Bakr os supera, no por ayunos ni por plegarias, sino por algo que lleva dentro de sí”. Es superior quien puede comprender lo que no comprenden los demás.

Ocorre lo mismo con esta aleya: “Dios ha comprado a los creyentes sus almas y sus bienes a cambio del Paraíso. Combatirán por la causa de Dios, matarán y morirán.” (C. IX. 111). Le oí comentar al shaij Abû Muhámmad al Marÿânî[xviii] que “al oír esta noble aleya hubo quienes se mostraron jubilosos por este pacto y sus rostros se llenaron de alegría, porque Dios les hizo dignos de adquirirles, se llenaron de gloria y quedaron plenamente satisfechos. Jubilosos por esa compra, por el precio con que Dios les valoró y la recompensa enorme que les dio a cambio. Sin embargo, otros palidecieron de disgusto, avergonzados ante Dios, ya que Él les compraba aquello que Le correspondía en propiedad. Si no hubiera sido porque Él conocía la afirmación latente de sí mismos y la pretensión de

considerarse dueños de sí, no habría dicho: ‘Dios compró a los creyentes sus almas’. Para quienes se mostraron jubilosos habrá dos paraísos, cuyos recipientes, y todo lo que hay en ellos, será de plata. Para los que se sonrojaron habrá otros dos paraísos, cuyos recipientes, y todo lo que hay en ellos, será de oro”. Así terminaban las palabras de este maestro.

Si los creyentes estuviesen libres de todo sentimiento de afirmación propio no se habría producido tal pacto. Por eso afirma: “Dios ha comprado sus almas a los creyentes”, pero no dice nada de los Profetas ni de los Enviados. Decía el shaij Abû-l-Hasan, Dios tenga misericordia de él, que las almas son de tres tipos: las que no se compran a causa de su mezquindad, las que se compran por su nobleza y las que no pueden adquirirse debido a la libertad de su naturaleza. Las primeras son las de los incrédulos que carecen de valor por su bajeza; las segundas, las de los creyentes que se adquieren por su valor; las terceras, las de los Profetas y Enviados que no pueden adquirirse por ser de naturaleza libre.

6. Dios ha jurado por Su Señoría, que es la encargada del Cielo y de la Tierra. No jura por ningún otro Nombre, porque la confianza que se tiene en la Señoría excluye cualquier duda. A su cargo está el cuidado de la inmensidad del Universo, en el que tú te encuentras y del que formas parte como cualquier otra cosa. Por eso, esta fórmula es más apropiada, para que te sientas seguro, que si jurase por el Oyente, por el Omnisciente, por el Misericordioso o cualquier otro Nombre Divino. ¡Presta atención!

7. “Por el Señor del Cielo y de la Tierra, es una Verdad...” La Verdad es lo contrario de la ilusión. La ilusión es aquello que carece de existencia y de realidad propia. El sustento es una Verdad igual que lo es el Sustentador. Dudar sobre el sustento es dudar sobre el Sustentador.

Hubo alguien que saqueaba las tumbas; después de arrepentirse, le comentó a un hombre de conocimiento que había desenterrado mil tumbas y había encontrado todos los rostros apartados de la qibla[xix] “Porque en estos tiempos la preocupación por los bienes materiales aparta los rostros de la qibla”, le respondió.

8. “...Del mismo modo que sois capaces de hablar”. Esta es una forma de asegurar el sustento y de insistir en su realidad propia, para que al creyente no le queden dudas y adquiriera una certeza completa. Igual que la prueba de lo que se afirma está en el hecho de haberlo visto directamente, la prueba de ese sustento es la visión del corazón. Dios quiso darle un sentido figurado al significado de lo que transmitía y ofrecer una analogía de lo oculto por medio de lo manifiesto para cortar con cualquier tipo de dudas al respecto de los medios de subsistencia. Es decir, puesto que habláis sin dudar de aquello que habéis visto, no debéis dudar, tampoco, de los medios de subsistencia que la luz de la fe os muestra.

Date cuenta, Dios tenga misericordia de ti, del cuidado que Dios, exaltado sea, pone en este asunto del sustento. Como insiste sobre él, como aclara todos sus

puntos, como lo representa y lo simboliza con ejemplos del mundo sensible de cuya evidencia no hay nadie que dude. Además, jura todo esto por Su Señoría que engloba el Cielo y la Tierra.

También las enseñanzas del portador de la Ley, Dios colme de bendiciones y de paz, insisten en lo mismo: “El Espíritu Santo infundió en mi ánimo que ningún ser morirá hasta que se cumpla el plazo del sustento que tiene destinado, — Temed a Dios y ganaos la vida correctamente[xx] —Si os entregaseis por completo a Dios, El os sustentaría como sustenta a los pájaros; van con su vientre vacío y vuelven con él lleno, —Dios se encarga de mantener a quien busca el conocimiento. Estas son algunas de las tradiciones proféticas relativas al sustento.

[i] Referencia a las ofrendas paganas.

[ii] Ver págs. 1 y 2 del Capítulo VI sobre la diferencia que hace el autor entre Decreto y Mandato.

[iii] Ver nota 22, Capítulo III.

[iv] El experto en la ley religiosa, aunque etimológicamente significa hombre perspicaz.

[v] Se trata de Mâlik b. Anâs, fundador de una de las cuatro escuelas del derecho musulmán.

[vi] Como ciencia adivinatoria.

[vii] En la lengua árabe existe, además del superlativo, un sustantivo que se denomina de intensidad u oficio. Hay, lógicamente. dificultades para traducir en nuestros términos todo este comentario gramatical.

[viii] En el versículo citado, “Os creó y os sustentó” se encuentran en una forma verbal que indica una acción terminada.

[ix] La concentración y densidad de la lengua es la clave de este comentario. En castellano, “luego”, tiene también valor temporal y consecutivo a la vez.

[x] Esclavas o esposas.

[xi] Hijos.

[xii] En árabe *paciencia*, *ṣabr*, es masculino y *plegaria* femenino. La concordancia indica esa relación.

[xiii] En todos estos versículos la concordancia, a pesar de que existen dos términos, hace referencia sólo a uno.

[xiv] Se refiere al imperfectivo que se traduce por presente.

[xv] La Kaaba.

[xvi] En la que todas las cosas están escritas desde siempre.

[xvii] Primo del Profeta y primer comentador del Corán.

[xviii] Discípulo de Abû-l-Hasan ash-Shâdilî.

[xix] Según los preceptos religiosos el cadáver se entierra con la cabeza en dirección a la orientación ritual de la plegaria, qibla.

En esta raíz, *talaba*, hay dos ideas próximas, la de pedir y la de buscar algo. Todo el comentario posterior sobre este hadiz engloba ambos significados.

[xx] En esta raíz, *talaba*, hay dos ideas próximas, la de pedir y la de buscar algo. Todo el comentario posterior sobre este hadiz engloba ambos significados

Capítulo 13

Sobre la búsqueda de los recursos materiales

Fíjate bien que no es incompatible la plena confianza en Dios con el hecho de ganarse la vida, tal como lo dice el hadiz: Temed a Dios y ganaos la vida correctamente. Ganarse la vida es algo lícito. Si fuese incompatible con la confianza en Dios, no lo habría permitido con esas palabras. Lo que ha querido enseñarnos es que, cuando tengamos que ganarnos la vida, utilicemos los medios correctos; es decir, que nos comportemos con dignidad y confianza en Dios en la búsqueda de los recursos materiales.

El Profeta, la paz sea con él, ha dejado este asunto más claro aún, en otro hadiz: “Es lícito lo que el hombre come gracias al fruto de su trabajo”[i].

Hay otras tradiciones que se refieren a lo mismo e, incluso, invitan a ello. El trabajo tiene una serie de aspectos positivos.

1º Dios conoce bien la debilidad del corazón de los hombres, su falta de certeza sobre su sustento, y su incapacidad para tener una confianza sincera, por eso les ha permitido utilizar esos recursos, para proteger su corazón y tranquilizar su alma. Este es un favor especial que Dios concede a los hombres.

2º El trabajo es un modo de evitar la bajeza de la mendicidad y de preservar el resplandor de la Fe, que se debilita cuando uno tiene que pedir a las criaturas.

Gracias al trabajo, que Dios te permite, no debes nada a las criaturas. Nadie tiene un derecho sobre ti si te paga un salario por tu trabajo o hace un negocio contigo, pues lo hace por su propio beneficio. El negocio no es ningún tipo de favor.

3º Tener que ganarse la vida es una manera de evitar la desobediencia y de no caer, a menudo, en el pecado. ¿No ves cómo los profanos[ii] cuando están libres de ocupaciones, durante las fiestas y otros momentos, son más proclives al pecado? El hecho de que tengan que buscarse la vida es una misericordia que Dios les concede.

4º Las ocupaciones son una forma de misericordia y de bondad divina con los que se apartan de este mundo y se consagran por completo a la vida espiritual. Si no fuese por el trabajo de los demás, ¿cómo podría realizarse el retiro y el combate espiritual? Dios ha hecho de esas ocupaciones una forma de servicio en favor de quienes se consagran por completo a Él.

5º Dios quiere que los creyentes se traten unos con otros, Los creyentes son hermanos (C. XLIX.10). Las actividades materiales son un medio para que se conozcan y puedan tenerse afecto. Sólo un ignorante, o un hombre ajeno a los principios religiosos, puede criticar las actividades materiales. Se nos ha transmitido que el Enviado de Dios, la paz sea con él, cuando predicaba a los hombres, no les ordenaba que dejaran sus ocupaciones personales sino que les aconsejaba que siguiesen en lo que Dios ya les había ocupado y, a la vez, tratasen de buscar el Camino Recto. El Corán y la Sunna están llenos de confirmaciones sobre este punto. Qué bien habló aquél que dijo:

“¿No le dijo Dios a María:

‘Sacude el tronco para que caigan los dátiles’?

Si Él hubiese querido, el tronco solo

[se hubiera inclinado.

Pero cada cosa debe seguir su curso”.

Se trata de una alusión a las palabras de Dios: “Sacude el tronco para hacer caer sobre ti dátiles frescos” (C. XIX.25).

El día de Uhud[iii] el Profeta, la paz sea con él, después de ponerse dos corazas, comió pepinillos con dátiles y dijo: “Una cosa evita el daño de la otra”. Ejemplos así hay muchos. También confirma esta cuestión de las actividades materiales el citado hadiz; “Van (los pájaros) con su vientre vacío y vuelven con él lleno”, porque ese ir y venir es comparable al quehacer cotidiano de los hombres que van y vuelven a sus asuntos.

En definitiva, necesitas ocuparte, con tu actividad, de las necesidades materiales por un lado, y tienes que despreocuparte de ellas, con la contemplación, por otro. Recurre a ellas en la medida en la que Él te las presenta, pero no te apoyes en ellas en la medida en la que eres consciente de Su Unicidad.

Por otra parte, puedes plantearte en qué consiste saber buscar correctamente los medios de vida, conforme a las palabras “Temed a Dios y buscad correctamente los medios de vida”. Hay múltiples aspectos a considerar en esas palabras. Vamos a hablarte de lo que Dios, por Su gracia, nos ha inspirado.

1. Has de saber, Dios tenga misericordia de ti, que quien desea lograr algo puede hacerlo de dos formas. Hay quien se ocupa por completo de ello y pone ahí todo su interés. Al actuar así se aparta de Dios, puesto que la atención del hombre es tal que, cuando la dirige hacia algo, se desinteresa de todo lo demás.

El shaij Abû Madyan[iv], Dios tenga misericordia de él, dice: “El corazón tiene una sola dirección, si se orienta en un sentido se aparta de cualquier otro”. “Dios no ha puesto dos corazones en las entrañas del hombre” (C. XXXIII.4), es decir,

no le es posible seguir dos direcciones a la vez. Dado que la naturaleza humana es impotente para abarcar dos direcciones, no le es posible al hombre prestar atención a algo sin descuidar lo demás.

Estar presente en todas partes, en el mismo momento, y atender a todas las cosas a la vez, es algo propio de la Naturaleza Divina. Por eso ha dicho:

“Aquél que es Dios en el Cielo y Dios en la Tierra” (C. XLIII.84). El significado de estas palabras es que Él se ocupa tanto de los habitantes del Cielo como de los de la Tierra. Ocuparse de unos, no Le distrae nada de los otros. Nada puede distraerLe. Por eso insiste, exaltado y glorificado sea, recalcando dos veces en ese versículo la Cualidad Divina. Si no fuese así, no habría empleado consecutivamente el Nombre de Dios. Es más, esta posibilidad ilimitada es necesariamente inherente a Él, glorificado sea.

Está claro que quien se busca la vida, pensando sólo en sus propios intereses, se olvida forzosamente de Dios y no es de los que cumplen con el hadiz “Ganaros la vida correctamente”. Lo que debe entenderse por correctamente es justo lo contrario.

2. Ganarse la vida correctamente es pedirselo a Dios sin exigir cantidad, forma de conseguirlo o momento más apropiado. Dios, exaltado sea, se encargará de proporcionarte lo que Él quiera, como Él quiera y cuando Él quiera. Este es el proceder correcto en lo referente a la forma de conseguir las cosas. Quien busca y exige cantidad, forma y ocasión se erige en juez de su Señor, y el estado de olvido envuelve su corazón.

Se cuenta que cierto gnóstico solía decir que dejaría sus ocupaciones materiales si recibiese dos hogazas de pan diarias para despreocuparse de toda actividad mundana. “Entonces”, cuenta él, “me metieron en la cárcel y allí me daban las dos hogazas de pan al día. Aquello se prolongó hasta que empecé a hastiarme. Cierta día, pensando en mi caso, escuché que me decían: ‘Nos pediste dos hogazas diarias, pero no has pedido que te lo pasemos por alto. Te hemos dado lo que pedías’. Pedí perdón a Dios y me encomendé a Él. De pronto, llamaron a la puerta de la celda y me pusieron en libertad”.

¡Oh creyente! muéstrate cortés, no intentes que te saque de una situación en la que Él te puso y te haga entrar en otra, si la situación en que te encuentras es acorde a los preceptos religiosos. Eso es una falta de cortesía con Dios. Ten paciencia y no pretendas cambiar de situación por tu propio interés, forzarás lo que buscas y no obtendrás la calma con ello ¡Cuántas veces quien deja una ocupación y se dedica a otra para conseguir más riqueza o mayor desahogo se complica aún más la vida y se llena de dificultades como consecuencia de su propia elección!

En otro libro[v] nos hemos referido a este principio fundamental:

“Retirarte del mundo, si Dios te impone ocupaciones,

es una forma de pasión escondida.

Buscar las ocupaciones, si Dios te deja libre de ellas,

es una falta de aspiración elevada”.

Piensa, Dios sea misericordioso contigo, que es propio del Enemigo sacarte de donde Dios te ha puesto, haciendo que esa situación resulte despreciable a tus ojos, con el fin de que trates de buscar algo diferente a lo que Él te dio. Así oscurece tu corazón y enturbia tu situación actual.

A los que tienen que ganarse la vida, quizás (el Enemigo) les insinúe: “Si dejaseis vuestras ocupaciones y os dedicaseis sólo a Él, brillarían las luces espirituales y se purificaría vuestro corazón y vuestro estado interior”. Puede sugerirles el ejemplo de fulano o de mengano que hizo eso mismo. Termina el hombre actuando así sin estar realmente decidido a renunciar a todo y sin tener capacidad para ello. El estado más conveniente para él era tener ocupaciones y, al dejarlas, se tambalea su fe y pierde su certeza, de modo que empieza a depender de las criaturas y a preocuparse seriamente por la cuestión del sustento. Satanás le arroja así en el océano de la separación. Este es el objetivo de su Enemigo, pues sabe que solamente puede presentarse bajo las apariencias de un fiel consejero, porque, si se presentase de otra forma, no se le tendría en cuenta.

Igualmente, a Adán y Eva, la paz sea con ambos, se les presentó bajo la apariencia de un buen consejero. “Dijo: ‘Vuestro Señor os prohibió este árbol para que no fueseis ángeles o vivieseis eternamente’ (C. VII.20). Como lo aclara después “...Y les juró: soy un buen consejero vuestro” (C. VII.2 1). A los que están libres de ocupaciones les dice: “¿Hasta cuándo vas a dejar de ganarte la vida? ¿No sabes que prescindir de los bienes materiales, cuando en el corazón se tiene aún su deseo, provoca la envidia por lo que tienen los demás y abre las puertas de la codicia? Además, no puedes ayudar al prójimo ni cumplir bien con tus obligaciones religiosas si tienes que depender de lo que Dios te conceda a través de las criaturas. Si te ocupases de ganarte la vida serían otros los que se beneficiarían de lo que Dios te diese a ti...”

El servidor, al que le asaltan estas sugerencias, quizás se encuentre en un buen momento, lleno de luz, libre de preocupaciones y del trato con la gente. Pero vuelve a las ocupaciones materiales y le ocurren todo tipo de turbaciones, miserias y oscuridades. Intenta volver a recuperar su situación anterior sin que esto le conduzca a nada y, de este modo, va buscando de un lado para otro sin estar jamás satisfecho. ¡Presta atención y aférrate a Dios contra tales insinuaciones! “Quien se aferra a Dios, es conducido hacia la Vía Recta”(C. III.30 1).

El único propósito que tiene Satanás con estas cosas es privar al hombre del sentimiento de satisfacción con Dios y que así deje lo que Dios ha querido para él

por lo que él elige para sí mismo. Dios se hace cargo de la situación en la que Él te coloca pero, en la que tú te metas, deja que tú te hagas responsable. “Di: Señor hazme entrar por una entrada auténtica y hazme salir por una salida auténtica y concédeme, de Tu parte, una potestad que me socorra” (C. XVII.80). La entrada y la salida auténtica es la que se realiza gracias a Él, no a ti, ¿comprendes? Lo que Dios exige de ti es que permanezcas allí donde Él te ha colocado hasta que Él, exaltado sea, se encargue de sacarte igual que se encargó de ponerte.

El asunto no es que dejes las ocupaciones sino que las ocupaciones te dejen a ti. Uno de ellos ha dicho: “Una y otra vez trataba de dejar las ocupaciones materiales, pero volvía de nuevo a lo mismo, hasta que fueron las ocupaciones las que me dejaron y no regresaron jamás”.

Fui a ver al shaij Abû-l-‘Abbâs al-Mursi con el firme propósito de dejarlo todo. Me decía a mí mismo que llegar a Dios en mi situación, ocupado de la ciencia exotérica y tratando con la gente, era imposible[vi]. Él me dijo, antes de que le preguntase nada: “Había un hombre que me frecuentaba y ocupaba un puesto destacado en el conocimiento de la ciencia exotérica. Este hombre llegó a gustar algo de esta Vía, de modo que vino cierto día diciendo: ‘Señor, voy a dejar mis ocupaciones y voy a dedicarme exclusivamente a vuestra compañía’. Yo le respondí: ‘El asunto no es ése, sino que te quedes ahí donde te encuentras. En cuanto a lo que Dios quiera concederte por mi mano, te llegará igualmente’”. Después de esto, el maestro me miró: “Así actúan los hombres auténticamente sinceros. No dejan algo hasta que Dios mismo se encarga de quitárselo de encima”.

Cuando le dejé, Dios ya había limpiado mi corazón de tales pensamientos y sentí el reposo de la entrega total a Él. Hay que tener en cuenta que, como dijo el Enviado de Dios, la paz sea con él: “Son los hombres elegidos, quien les frecuenta no será desgraciado”.

3. El modo correcto de ganarse la vida es, también, buscar el trato con Dios. El objetivo, entonces, es la oración íntima con Él, y no lo que se busca. El hecho de buscarse la vida se convierte en un medio de llegar a la oración íntima. Por eso, el shaij Abû-l-Hasan decía “que tu intención cuando Le pidas no sea obtener lo que necesitas, pues quedarías velado de tu Señor. Tu aspiración debe ser el diálogo íntimo con tu Dueño y Señor”. Se cuenta que Moisés, la paz sea con él, daba vueltas en torno al pueblo de Israel, diciendo: “¿Quién me encarga un mensaje para mi Señor?”, con el fin de prolongar su estado de oración íntima con Dios.

4. En ocasiones, el beneficio de tener que conseguir los bienes es que, al hacerlo, te das cuenta de que dependes de lo que Él te dé. El objeto de esa búsqueda no es llegar a conseguir algo, sino sumergirte en el océano de la impotencia, atrapado por la necesidad; que tengas que pedirLe, no por el interés de tus necesidades humanas sino como una forma de manifestar la servidumbre. Se dice que Sumnun “el enamorado”[vii] Dios tenga misericordia de él, decía:

“No tengo otro más que Tú,

Como Tú quieras, ponme a prueba”.

Dios le probó con una retención de orina y, aunque se prolongaba la situación, aguantaba y callaba. Un día, estando así, llegó uno de sus discípulos y le dijo: “Maestro, ayer oí que te quejabas pidiéndole a Dios que te curase y te librara de un mal”. Sin embargo, él no había pedido nada. Llegó otro que le dijo lo mismo y luego, un tercero. Finalmente, al llegar el cuarto, comprendió que Dios quería que mostrara su necesidad y pidiera. Entonces él le pidió la curación. Tras este asunto, solía dar vueltas alrededor de los niños de las escuelas diciéndoles: “Rogad por vuestro tío, el mentiroso”.

5. Ganarse la vida correctamente es pedir a Dios lo que necesitas y no más de lo que te conviene. No te dejes llevar por la avaricia y el deseo. Así nos lo enseña el Enviado de Dios, la paz sea con él: “¡Dios mío! concede el alimento necesario a la familia de Muhámmad”. Quien pide más de lo que necesita es criticable, pero no lo es quien pide lo necesario. Así nos lo dice otro hadiz: “No es criticable pedir lo que se necesita”.

Para concluir con este punto, fíjate en lo que le respondió el Enviado de Dios a Ta‘laba ben Hatib cuando éste le pidió que rogase a Dios por sus necesidades materiales: “¡Oh Ta‘laba ben Hatib! es mejor algo, por poco que sea, que se agradece, que mucho que no sepa valorarse”. A pesar de todo, insistió en repetidas ocasiones, hasta que el Enviado de Dios pidió lo que aquel hombre quería a toda costa. La consecuencia de su propia elección y de no aceptar los consejos del Enviado de Dios fue que obtuvo numerosos bienes y empezó a dejar de hacer algunas plegarias junto al Enviado de Dios, la paz sea con él, aunque continuaba haciendo la plegaria del Viernes. Luego se enriqueció aún más y ya, ni siquiera le era posible asistir a la plegaria del Viernes. Más adelante, llegó un delegado del Enviado de Dios a pedirle la limosna legal, y él respondió: “Se trata de una capitación[viii] o algo parecido”, y se negó a pagarla.

Esta historia es muy conocida, pues Dios, exaltado sea, reveló unos versículos por este motivo: “Algunos han pactado con Dios que, si les diese algo de Su Gracia, practicarían la caridad y serían virtuosos. Pero, cuando Dios les da algo de Su gracia, se hacen avaros y se dan la vuelta indiferentes. Dios les ha castigado llenando de hipocresía sus corazones hasta el día en el que comparezcan ante Él, por haber faltado a lo que habían prometido y por mentirosos” (C. IX. 75,77).

6. Ganarse correctamente la vida es pedirle a Dios lo que te corresponda de este mundo. Dios, exaltado sea, ha dicho: “Entre los hombres algunos dicen: ‘¡Señor! concédenos los bienes de este mundo’. Éstos no obtendrán la bienaventuranza de la Otra Vida. Otros piden: ‘¡Señor! danos algunos bienes de este mundo y del Otro, y libranos del castigo del Fuego’ (C. II.200).

7. La actitud correcta también consiste en no dudar de lo que Dios te haya asignado y respetar lo que Él te ordena.

8. Otro de sus aspectos es no pretender apresurar la respuesta de Dios antes de su momento. El Profeta, la paz sea con él, ha censurado esta manera de actuar: “Quien no se precipita, diciendo ‘se lo he pedido a Dios pero no me responde’, es a quien Él le concede las cosas”.

Moisés y Arón pidieron a Dios, la paz sea con ambos, el castigo contra Faraón: “Señor nuestro destruye sus bienes y haz sufrir sus corazones, porque no creerán hasta que no hayan visto el castigo doloroso”. Él les dijo: “vuestra súplica ha sido atendida. Manteneos en el recto camino y no sigáis el sendero de los ignorantes” (C. X.88,89). Entre la respuesta de Dios, “He atendido vuestra súplica”, y la destrucción del Faraón pasaron cuarenta años. El shaij Abû-l-Hasan comentaba las palabras: “Manteneos en el recto camino”, como una alusión a que no apresurasen lo que pedían; y, “No sigáis el sendero de los ignorantes”, que son los que urgen la respuesta.

9. Ganarse la vida correctamente también consiste en ser agradecido si Él te da, y ser testigo de Su buen proceder cuando Él te priva. A menudo, el que busca no es agradecido cuando consigue algo, ni reconoce el buen proceder de su Señor cuando le priva. Es más, hay quien le pide a Dios, convencido de que eso le conviene. ¿Cómo puede ese hombre ignorante pretender condicionar la Ciencia Divina y saber lo que Dios oculta en ella? Es el colmo de la ignorancia que un hombre pretenda decirle a su Señor lo que es preferible para él. Cuando Le pidas, pídeLe de forma que dejes todo a Su libre disposición, sin ninguna elección ni decisión propia frente a la Suya. “Tu Señor crea lo que Él quiere y elige. No hay elección posible para ellos” (C. XXVIII.68). Esto se refiere, lógicamente, a lo que no está determinado por la Ley .

Conviene aclarar que hay tres condiciones posibles: las que son claramente buenas, como son los actos de fe y de virtud, que deben realizarse sin restricción alguna. Las que son claramente malas, propias de la incredulidad y el pecado. Hay que pedir, por el contrario, que Dios nos preserve de ellas. Por último, lo que no está determinado, como es la riqueza, el honor o la condición social. Esto debe pedírseLe a Dios añadiendo “en caso de que me convenga según Tu Ciencia”. Así se lo escuché decir al shaij Abû-l-‘Abbâs, Dios tenga misericordia de él.

10. Buscar los bienes correctamente es hacerlo confiado en la prioridad de lo que Él ha asignado y no basándose en el esfuerzo propio. Es pedir las cosas de Dios, sin ver mérito alguno en sí mismo. Así es como uno logra obtener el beneficio del Señor de los Mundos. El shaij Abû-l-Hasan decía: “No pido de Dios algo sin poner ante mí mis faltas”. Es decir, no hay que pedirle a Dios en virtud de lo que uno merezca, sólo hay que pedir Su gracia en virtud de Su gracia.

Estos son los diez aspectos de cómo “buscar los bienes correctamente”. No se trata de reducir el significado de las palabras proféticas a estos puntos. El asunto

es mucho más amplio, todo depende del don de penetrar en el mundo de las cosas ocultas con el que el Señor nos quiera agradecer, ¡exaltado y glorificado sea! Son las palabras del Señor de las luces del Océano[ix], cada cual saca de su enseñanza según la capacidad de sus luces. Cada cual extrae de las profundidades de su mar según la capacidad de su inmersión en él. Toda comprensión depende de la estación en la que uno se encuentre “...Que es regada por una misma agua, sin embargo agradecemos a unos más que a otros en cuanto a los frutos” (C. XIII.4). Y lo que no se saca es mucho más de lo que se saca. Presta atención a sus palabras, la paz sea con él: “[Dios] Me concedió los significados universales del Verbo y sintetizó al máximo mis palabras”.

Jamás los expertos en el conocimiento de la Revelación podrían llegar a agotar la enseñanza de una sola de sus palabras, ni llegar a abarcar la ciencia que hay en ellas, ni alcanzar plenamente su comprensión. Alguien llegó a decir “me he dedicado setenta años al estudio del hadiz: Es propio de la excelencia del Islam dejar lo que a uno no le concierne, y aún no he terminado de sacar provecho de él”. ¡Qué verdad más grande! Aunque toda la vida estuviésemos dedicados a ese hadiz no llegaríamos jamás a sacar todo lo que contiene y guarda de ciencias extraordinarias y de significados profundos.

[i] *Hay que recordar que la licitud de los alimentos es de enorme importancia en el Islám y en otras religiones.*

[ii] *Ahl al-ga Pa. Literalmente gente distraída de Dios. En época del autor, por profanos hay que entender, de modo general, aquéllos que no están comprometidos en la vida espiritual.*

[iii] *VerCapítulo III, nota 9*

[iv] *Ver Capítulo III, pág. 4*

[v] *Se refiere a los Hikam.*

[vi] *Sobre estas dudas ver introducción, pág. 10 .*

[vii] *Vivió en Bagdad y fue contemporáneo de Yunayd (m. 915).*

[viii] *La capitación, jizya, es un tributo que deben pagar los pueblos sometidos. Según la tradición (comentario coránico de Ibn Katir), esto se produjo al revelarse la obligación de la limosna legal, zakâ.*

[ix] *El Profeta, la paz sea con*

Capítulo 14

La cuestión del ahorro

Examina estas palabras del Profeta, Dios colme de bendición y de paz: “Si os entregarais por completo a Dios, Él os daría vuestro sustento como sustenta a los pájaros, van con su vientre vacío y vuelven con él lleno”. Fíjate que el asunto consiste en remitirse de verdad a Dios, no en rechazar los medios de ganarse la vida. Incluso hace hincapié en ellos al decir: “Van con su vientre vacío, vuelven con él lleno”. El hecho de ir y venir es una alusión a esos medios y un rechazo del atesoramiento. Es como si hubiese dicho: “Si os remitieseis de verdad a Dios, Él os abastecería y no tendríais que hacerlo vosotros mismos, igual que sustenta a los pájaros cada día sin que tengan que hacer provisión de alimentos, confiando en que Dios no les descuida nunca. Es más propio de vosotros icreyentes! actuar así”. En consecuencia, atesorar se debe a una falta de certeza.

Puedes, sin embargo, plantearte si el atesoramiento es una falta en sí mismo o depende de los casos. Efectivamente, hay tres tipos de atesoramiento: el de los impíos, el de los que tienen buena intención y el de los hombres preeminentes.

Los primeros son los que se enriquecen por mezquindad y avaricia y atesoran por ostentación y orgullo. El estado de olvido tiene totalmente tomado sus corazones y el ansia de las cosas es dueña de sus almas. Su deseo está completamente absorbido por este mundo y todas sus aspiraciones están dirigidas constantemente hacia él. Dios les ha empobrecido, aunque en apariencia sean muy ricos; les ha hecho ruines, aunque sean los más considerados de este mundo. Nunca quedan saciados con lo que consiguen en esta vida, no dejan de especular sobre la forma de conseguir más ganancias y no se apartan nunca de los poderosos, “Esos son como los rebaños, más extraviados aún, son los profanos” (C. VII.179). En su corazón no hay lugar para prestar atención a las enseñanzas espirituales y escuchar las advertencias. Es muy difícil que puedan obrar con desinterés o que lleguen a ser caritativos porque el temor de la pobreza se ha instalado en sus corazones y, como ha dicho el Enviado de Dios, “Aquél en quien se instala el temor de la pobreza es muy difícil que actúe con desinterés”.

El creyente que pueda evitar su trato, guardarse de sus asuntos y quedar al margen de su contaminación, bien debe dar gracias a Dios de que le haya escogido y agraciado. Cuando les vea debe exclamar: “¡Alabado sea Dios! que me ha librado de la prueba que les ha puesto a ellos y me ha favorecido entre muchas de sus criaturas”. Del mismo modo que, cuando ves a alguien afligido de alguna enfermedad, das gracias a Dios porque te ha librado de ella y te das cuenta del favor que te hace, igualmente debes dar gracias a tu Señor por haberte librado de las influencias de este mundo y quedar atrapado en él. A

otros les ha puesto a prueba, no les desprecies; en vez de despreciarles, ten compasión de ellos, en vez de pedir su castigo, pide por ellos.

Sigue el ejemplo de lo que hizo el gnóstico de Dios, Ma'rûf[i]. Paseaba con sus discípulos junto al río Tigris y vieron un grupo de personas dedicadas al libertinaje y a la juerga. Sus discípulos le dijeron: “Maestro, pide a Dios que les castigue”. Él levantó sus manos y dijo: “¡Dios mío! igual que les has regocijado en esta vida, regocíjales en la Otra”. Los discípulos exclamaron: “¡Te habíamos dicho que pidieras a Dios que les castigara!” “Si Él quiere regocijarles en la Otra Vida les perdonará lo que han hecho en ésta y eso no les perjudicará en nada”, les respondió. Al instante, el grupo se dirigió hacia la orilla, bajaron a tierra y los hombres se pusieron en una parte y las mujeres en otra. Unos y otros se purificaron y, arrepentidos, se consagraron a Dios. Entre ellos hubo algunos ascetas y devotos gracias a la bendición de la plegaria de Ma'rûf.

Cuando veas gente depravada y mezquina, piensa que Dios les ha puesto en tal situación por la presciencia de Su Saber y la decisión de Su Voluntad; si no lo haces, teme que Él pueda probarte con su misma desgracia y apartarte como les apartó a ellos.

Fíjate lo que dijo el shaij Abû-l-Hasan, Dios tenga misericordia de él: “Muéstrate generoso con los creyentes, aunque sean pecadores y libertinos, recomiéndales el bien, recrimínalos el mal y apártate de ellos de forma compasiva y sin arrogancia”. También decía: “Si la luz del creyente pecador se pusiera de manifiesto, cubriría lo que hay entre el Cielo y la Tierra”. ¿Qué piensas, entonces, de la luz del creyente virtuoso?

La grandeza del creyente, aunque le falte a Dios, queda patente en estas palabras: “Luego concedimos el Libro a aquellos de nuestros servidores que habíamos escogido. Unos se hacen daño a sí mismos, otros saben guardar sus propósitos y otros destacan en virtud con el permiso de Dios” (C. XXXV.32). Fíjate cómo Dios ha confirmado su elección a pesar de sus faltas; no les priva de estar entre los que recibieron el Libro y fueron elegidos para creer en Él, aunque sean injustos por caer en pecado. Glorificado sea por la Inmensidad de Su Misericordia y la Grandeza de Su Don.

Ten en cuenta que en Su Reino tiene que haber servidores que sean objeto de Su Magnanimidad, manifestación de Su Misericordia y de Su Perdón y fruto de Su Solicitud. El Enviado de Dios, la paz sea con él, dijo refiriéndose a esto: “¡Por Aquel en cuyas Manos está tu alma! Si no pecaseis, Dios prescindiría de vosotros y haría surgir un pueblo que pecaría, Le pediría perdón, y Él les perdonaría”. También dijo: “Mi intercesión es para los grandes pecadores de mi Comunidad”.

Un hombre fue a ver al shaij Abû-l-Hasan y le dijo: “Señor, ayer noche, cerca de nosotros, pasaron tales y cuales hechos censurables”. Mientras hablaba, el hombre se mostraba escandalizado de que ocurriesen tales cosas. El maestro le respondió: “¿Cómo quieres que no exista desobediencia a Dios en Su Reino?

Quien quiere que no exista el pecado, no quiere que se manifieste el Perdón de Dios y la intercesión de Su Enviado”.

¡Cuánto pecador, a cambio de sus faltas y transgresiones, obtiene la misericordia de su Señor! Por el valor de su fe, aunque peque con conocimiento de causa, sé compasivo con él.

El segundo grupo de los que atesoran es el de los que lo hacen con moderación y con buenos propósitos. Son los que no atesoran por avaricia, vanidad o pretensión. Saben que sus almas se verían afectadas por la pobreza y que, si no atesorasen, su fe se sentiría turbada y su certeza sacudida. Atesoran por la debilidad de su confianza en Dios y conscientes de que no tienen la estación de la certeza.

El Enviado de Dios, la paz sea con él, dijo: “Aquel que es fuerte en la fe es mejor ante Dios que el de fe débil, pero en todo hay un bien”.

El creyente de fe fuerte es aquel en cuyo corazón brilla la luz de la certeza y sabe que Dios hace llegar su sustento hasta él, tanto si atesora como si no lo hace. Si él no atesora, Dios lo atesora para él. Los que atesoran se basan en su atesoramiento, los que se remiten a Dios se basan en Dios y en nada más. El creyente de fe fuerte es aquel que no depende del curso de los acontecimientos, el de fe débil es aquel que recurre a los medios con circunspección y sin ansiedad.

El tercer grupo, tanto si atesoran como si no lo hacen, es de los hombres preeminentes. Son los que destacan en el camino hacia Dios purificando sus corazones de todo lo que no es Él. Los obstáculos no les detuvieron y los compromisos no les distrajeran de Dios, avanzando hacia Él sin que nada se lo impida.

Lo único que le impide al servidor acercarse a Dios es el poder de atracción del mundo, el apego a todo lo que no es Él. Cada vez que su corazón intenta encaminarse hacia Dios, este poder de atracción, que lo tiene sujeto, le envuelve de nuevo y se lo impide. La Sagrada Presencia está vedada para quien tenga tales características. Un hombre del Conocimiento dijo: “¿Piensas acaso entrar en la Presencia Divina con algo escondido tras de ti que te atraiga?”

Medita estas palabras de Dios: “El Día en que ni los bienes ni los hijos servirán de nada, sólo quien viene a Dios con un corazón íntegro” (C. XXVI.89). El corazón íntegro es el que no está apegado más que a Dios, exaltado sea, “Os hemos traído ante Nós, solos, tal como os habíamos creado por primera vez (C. VI.94). Queda claro que sólo es posible llegar de verdad a Él cuando te has desprendido de todo lo que no es Él. “¿No te encontró huérfano (solo)[ii] y te acogió? (C. XCIII.6). Es decir no eres acogido por Él si no te sientes solo (huérfano) ante Él.

El Enviado de Dios, la paz sea con él, ha dicho: “Dios es Singular y ama lo singular”. Es decir, ama el corazón que no está mezclado de impurezas ilusorias.

Estos corazones pertenecen a Dios y actúan por Dios. Dejaron que Él dispusiera por ellos y no se dejaron llevar por sus almas ni se atribuyeron la capacidad de decisión. Son los hombres de la Presencia, los que están asistidos por la Esencia misma de la Gracia. No les aparta de Dios el encanto de las apariencias ni les distrae el deleite de la belleza pasajera. En este poema nuestro aludimos a ello:

¡Oh Esplendor de la Belleza!

Sin igual en el resplandor que insinúan los seres,

Cuando el secreto de tu Esencia se me aparece

Aparta mi vista y aumenta mis fuerzas.

Uno de ellos dijo: “Aunque te empeñes en que contemple a otro que no sea Él, no sería capaz, porque nada hay junto a Él que pueda contemplar”.

Estos son los hombres guardados por la Vigilancia Divina y asistidos por la Providencia. ¿Qué tipo de decisión propia pueden tener? ¿Cómo es posible que puedan preocuparse por atesorar si se encuentran en la Presencia del Señor de los Mundos? Si atesoran, no cuentan con lo que atesoran, ¿cómo podrían contar con algo que no sea Él si viven en la contemplación de la Unicidad Divina?

El shaij Abû-l-Hasan, Dios tenga misericordia de él, cuenta que se encontraba en cierta ocasión en un estado de contemplación muy fuerte y pidió a Dios que le velara. Entonces, oyó lo siguiente: “Aunque lo pidieras del modo que pidió Moisés, Su Interlocutor, Jesús, Su Espíritu, y Muhámmad, Su Escogido, no sería posible; pide que Él te de fuerzas”. Le pidió y Él le fortaleció. Quien tiene tal estado, ¿cómo puede tener necesidad de atesorar o de contar con las criaturas? El creyente no necesita más tesoro que su fe, su confianza y su entrega a Él.

Los hombres que están atentos a Dios se ponen en Sus Manos, y ése es su tesoro; se confían a Él, y ésa es su custodia; son suyos y viven por Él, y ésa es su asistencia. Les colma de lo que precisan y les libra de los pesares. Ocupados con lo que Él les ordenó dejan, con conocimiento de causa, todo lo que no les incumbe y, por Su Gracia, no les falta nada. Han encontrado la calma y han entrado en el paraíso de la entrega a Dios y la dulzura del no actuar por cuenta propia. Dios ha elevado sus facultades y desarrollado plenamente sus luces asegurándoles que, por Su Gracia, estarán libres de rendir cuentas, tal como dijo el Enviado de Dios, la paz sea con él: “Setenta mil hombres de mi Comunidad entrarán en el Paraíso sin rendir cuentas. ‘¿Quiénes serán, Enviado de Dios?’ ‘Son los que no practican la magia ni recurren a ella, no creen en los augurios y se remiten en todo a su Señor.’”

¿Cómo se puede pedir cuentas a quien no tiene nada?, ¿cómo se puede interrogar sobre sus actos a quien no actúa por cuenta propia? Sólo se puede pedir cuentas a quien se considera propietario de las cosas y actúa al margen de su Señor. Estos son los que se ven a sí mismos poseedores o agentes de algo frente a Dios. A quien deposita su confianza en Dios y se remite a Él, Dios le aporta lo que necesita de una manera provechosa y fácil y fortalece su corazón con un sentimiento de abundancia.

Uno de estos hombres de Dios se arruinó, y le dijo a su esposa: “Saca todo lo que haya en casa y dalo en limosnas”. Ella lo hizo así, pero se quedó con una muela (molino de mano) pensando que quizás podrían necesitarla y no encontrarían otra igual. Poco después alguien llamó a su puerta y la dijo: “Traigo este trigo para el shaij”. Tanto era que la casa se llenó de trigo. Cuando llegó su marido y vio aquello le preguntó a su mujer: “(Diste todo lo que había en la casa?” “Sí”, contestó. “No ha sido tal como dices”, insistió él. “Sólo me quedé con una muela por si la necesitábamos”. Entonces, él le dijo: “Si la hubieses dado también, todo este trigo te lo habrían traído molido pero, como te la quedaste, tendrás que hacer ese trabajo tú misma”.

Cuando estos hombres de preeminencia espiritual atesoran no es para ellos mismos, sino como un depósito en garantía. Ellos son alacenas seguras y servidores de gran valor. Cuando guardan las cosas de este mundo, lo hacen porque eso es lo que debe hacerse, cuando se desprenden de ellas, eso es lo correcto. No hay forma sincera de guardar las cosas si no hay auténtico desprendimiento de ellas.

Ellos no se consideran propietarios de nada ante Dios; lo que tienen es un depósito de Dios, y lo que gastan lo hacen como representantes suyos: “Disponed de aquello sobre lo que os hemos hecho administradores” (C. LVII.7). Saben bien que no hay propiedad junto a Dios y que se trata tan sólo de una función que se te ha encargado y de una prenda de favor que se te ha concedido con el fin de ver cómo actúas, y Él es el Omnisciente y el Informado de todo. ¿Te conformarás sólo con el valor aparente del don o intentarás conocer su secreto?

Por este motivo los Profetas, la paz sea con ellos, no están obligados a pagar la limosna legal, zakâ[iii], pues no tienen propiedad frente a Dios que les obligue a pagar y purificarse. La zakâ es obligatoria para ti en tanto que tú eres propietario de algo. Ellos ven lo que tienen entre sus manos como un depósito que Dios les ha dado, unas veces lo distribuyen y, otras, lo retienen. La limosna legal es una purificación, y ese es uno de los motivos por el que hay que pagarla. Dios mismo dice: “Toma de sus bienes una limosna que les purifique y les sirva de expiación” (C. IX.103). Los Profetas, sin embargo, están libres de mancha gracias a la impecabilidad que les preserva.

Por este motivo, también Abû Hanifa[iv], Dios tenga misericordia de él, no considera obligatorio que los niños paguen la limosna legal, porque carecen de la mancha del pecado. El pecado no existe sin la responsabilidad, y ésta no llega hasta la mayoría de edad.

Lo que acabamos de decir explica estas palabras del Enviado de Dios: “Nós, la Comunidad de los Profetas, no dejamos herederos, lo que dejamos es como una muestra de caridad, sadaqa. Si la gente del Conocimiento, los contemplativos de la Unicidad, no tienen conciencia alguna de propiedad junto a Dios, ¿qué piensas, entonces, de los Enviados y Profetas? Los hombres de la Unicidad y del Conocimiento Divino han sacado todo su conocimiento del Océano y de la Luz de los Profetas.

Se cuenta que Ash-Shafa’i y Ahmad[v], Dios tenga misericordia de ambos, estaban conversando cuando apareció por allí Shaybân ar-Râ’i[vi]:

— “Quisiera preguntarle algo a ese hombre del que tanto se habla”, —dijo Ahmad—.

— “No lo hagas”, —le advirtió Shafi’i—.

— “Debo hacerlo”, —insistió Ahmad— y le preguntó:

— “¡Oh, Shaybân! ¿qué piensas de quien olvida cuatro prosternaciones en una plegaria de cuatro movimientos?”[vii].

— “Oh Ahmad! esa persona tiene un corazón descuidado de Dios y hay que educarle para que no le ocurra eso”. Ahmad se desvaneció pero, luego, se levantó y volvió a preguntar:

— “¿Qué zakâ debe pagar alguien que tenga cuarenta ovejas?”.

— “¿Según vuestro punto de vista jurídico o según el nuestro?”, —le respondió —.

— “¿Es que son dos puntos de vista diferentes?”.

— “Sí”, le dijo Shaybân, “según el vuestro, de cada cuarenta debe dar una, según el nuestro, el servidor no posee nada ante su Señor”.

Se cuenta que el Profeta, la paz sea con él, guardó algunos alimentos durante un año. Pudo deberse a lo que hemos dicho sobre el atesoramiento de los profetas: es una forma de guardar los bienes para usarlos cuando sea más conveniente. O, quizás, los guardó para atender a las necesidades de su familia y aclarar, así, a su comunidad que el ahorro es algo lícito. Si no hubiese hecho nada de esto habría que considerar el ahorro como algo opuesto a la confianza en Dios. El hecho de que la mayor parte de las veces el Profeta, la paz sea con él, no guardara nada, parece indicar que lo hizo con la intención de mostrar que el ahorro es algo lícito. El hecho de guardar esos bienes es una muestra de magnanimidad con su comunidad, de misericordia y de compasión por los más débiles. Si no lo hubiese hecho los creyentes tampoco hubiesen podido ahorrar después de él (con la conciencia tranquila). Este proceder forma parte de su

enseñanza. Él mismo ha dicho: “Yo no olvido y, si olvido, es para que sirva de ejemplo a seguir[viii]” para explicarte, la paz sea con él, que el olvido no es algo suyo ni forma parte de sus características. Cae en él para que sirva de enseñanza y de ejemplo para su comunidad. ¡Presta atención a esas palabras proféticas!

[i] *Ma’arûf Karjî (m. 815) maestro de Sarî as-Saqati el maestro de yûnaid .*

[ii] *Yatîm, solo y huérfano a la vez.*

[iii] *La zakâ es una cantidad que debe pagarse sobre las riquezas acumuladas. También tiene el significado de purificación. Ese doble sentido aparece en el texto.*

[iv] *Fundador de una de las cuatro escuelas jurídicas del Islam.*

[v] *Fundadores de otras dos escuelas jurídicas.*

[vi] *Un sufí contemporáneo de los anteriores (S. IX).*

[vii] *A cada movimiento le corresponden dos prosternaciones, es decir, que olvidó la mitad de sus prosternaciones. Para la comprensión del texto hay que sobrentender que, a quien pregunta, le afecta la consulta que plantea y comprende que el estudio y cumplimiento de los preceptos exteriores de la Revelación no son suficientes para lograr la perfección espiritual.*

[viii] *Es decir con el fin de que forme parte de la sunna (costumbre profética). En el Islam el Corán y la sunna son las fuentes, revelado e inspirada, en cada caso, de la legislación religiosa.*

Capítulo 15

Sobre las palabras proféticas: “Dios se encarga de mantener a quien busca el Conocimiento”

Siempre que el Libro Glorioso o las tradiciones proféticas insisten sobre el conocimiento, se refieren al conocimiento beneficioso que va asociado al temor y está protegido por éste. Dios, exaltado sea, ha dicho: “Sólo temen a Dios, entre sus servidores, los que tienen conocimiento” (C. XXXV.28). Esto indica que el temor implica conocimiento, y que son los hombres de conocimiento los que temen a Dios. También ha dicho: “Los que han recibido la ciencia dijeron...” (C. XVI.27), “Los que conocen la ciencia...” (C. XXXVII) y “Di: Señor acrecienta mi ciencia” (C. XX.114). En el mismo sentido el profeta, la paz sea con él, dijo: “En verdad los ángeles despliegan sus alas sobre aquel que busca el conocimiento. Los hombres de ciencia son los herederos de los profetas”, y el hadiz que ya hemos mencionado: “Dios se encarga de mantener a quien busca el conocimiento”.

Todas estas alusiones se refieren al conocimiento provechoso que está por encima del criterio individual y caprichoso. Este es, forzosamente, el sentido del término “ciencia”, puesto que las palabras de Dios, exaltado sea, y del Enviado de Dios, la paz sea con él, tienen significados transcendentales e inagotables. Ya hemos aclarado esto en otra parte del libro.

La ciencia provechosa es la que se basa en la obediencia a Dios, está ligada al temor por Él y sabe guardar los límites de las prescripciones divinas: es la ciencia del Conocimiento Divino. Este conocimiento abarca tanto la ciencia con respecto a Dios como la ciencia respecto a lo que Él ordena[i].

Cuando dice: “Dios se encarga de mantener a quien busca el conocimiento”, se refiere a quien busca el Conocimiento Divino. De ahí que Él se ocupe de darle lo que necesita, con facilidad, con dignidad y sin caer en el velo del alejamiento.

Esta interpretación que hacemos al decir que “Él se encarga”, significa encargarse de una forma especial, se basa en que Dios, exaltado sea, es el Encargado de sustentar a todas sus criaturas, tanto a las que buscan el Conocimiento como a las que no lo hacen; por lo tanto, decir que “Él se encarga de mantener”, tiene aquí un significado propio, como lo indica el hecho de que lo mencione expresamente referido al Conocimiento.

Por esta razón, el shayj Abû-l-‘Abbâs en sus oraciones, cuando dice “danos tal y cual cosa”, añade: “. . . y concédenos el sustento provechoso[ii] aquel que no conlleva velo o alejamiento en este mundo y sobre el que no hay que ser interrogado, ni rendir cuentas, ni pagar nada en la Otra Vida. El sustento que

forma parte del conocimiento de la Unicidad Divina y de la Ley revelada, librándonos del amor propio, del deseo y de los bajos instintos”. Le pide a Dios el sustento provechoso, que es el que corresponde a quien busca el Conocimiento Divino. Después, aclara que el sustento provechoso es el que no produce velo alguno en este mundo ni rendición de cuentas en la Otra Vida.

Todo lo que conlleva algún tipo de velo no es realmente provechoso aunque lo parezca, ya que el velo produce la ruptura del estado de intimidad e impide que se produzca el encuentro y la comunicación. La mayor parte de la gente piensa que el sustento provechoso es el que se obtiene sin esfuerzo ni molestias. Para la gente profana el sustento provechoso es el que resuelve las necesidades materiales. Para la gente de sentido espiritual es el que sirve a los corazones.

El velo causado por el asunto de los bienes materiales es doble: por la preocupación y distracción que origina tener que conseguirlos y porque el uso que se hace de ellos es contrario a la virtud. En el primer caso, el velo se produce al tener que obtenerlos; en el segundo, al utilizarlos.

En cuanto a las palabras del maestro: “Sobre el cual no hay que ser interrogado, ni dar cuentas ni pagar nada en la Otra Vida”, hacen alusión al examen de Dios que entraña el goce: “Ese día se les interrogará sobre el goce (C. CII.8). El Profeta, la paz sea con él, un día, después de comer con sus compañeros ciertos alimentos, dijo: “¡Por Dios! Se os preguntará por el goce de este día”.

El shayj[iii] decía que el interrogatorio será de dos clases: el de la bienvenida y el de la reprimenda. El de la bienvenida es el de los hombres del Conocimiento y de la elección divina, el de la reprimenda es el de los que faltaron a Dios y se apartaron de Él.

Fíjate bien, Dios tenga misericordia de ti, que si Dios interroga a los hombres de sinceridad íntegra, a pesar de que Él conoce lo que manifiestan y lo que esconden en su interior, es para mostrar, el Día de la Resurrección, el grado de sinceridad que tienen y la excelencia de su comportamiento. ¿Cómo pediría cuentas el Señor a Sus siervos sobre lo que han hecho, si Él ha decretado todo y tiene un total conocimiento de ello? Lo que Él quiere hacer ver a los asistentes del Juicio es la solicitud que han puesto en cumplir con Él y la asistencia con la que Él les ha favorecido. El resultado de este interrogatorio es, como dice el maestro, que no tienen que rendir cuentas y, al no tener que hacerlo, tampoco tienen que pagar las consecuencias.

El shayj hace mención de todos estos puntos, relacionados entre sí, para mostrar todos los favores que conlleva la gracia de este sustento. Uno solo de estos favores es ya de un enorme valor. Dice: “...el sustento que forma parte del conocimiento de la Unicidad Divina...” , es decir, el que me hace contemplarTe en el sustento que me das y reconocerTe como Aquél que me alimenta. Contemplo que todo esto sólo procede de Ti y no es atribuible a ninguna de Tus criaturas. Los hombres de Dios no comen más que de la mesa de Dios. Él les alimenta con Sus alimentos para que sepan que nadie posee nada salvo Dios. De

esta manera, Él deshace la presencia de las criaturas en sus corazones para que no otorguen su amor ni tengan afecto por ningún otro ser, al ver claramente que sólo Él les alimenta, les ayuda y les colma de bien por Su Gracia y Generosidad.

El shayj Abû-l-Hasan, Dios tenga misericordia de él, dijo cierto día: “Nosotros no amamos más que a Dios”, es decir, no ponemos nuestro amor en las criaturas. Entonces un hombre le objetó: “Señor, eso está en contradicción con otras palabras de tu antepasado[iv], la paz sea con él: En el corazón nace el amor por aquel que lo trata con bondad. El shayj le respondió: “Somos de aquéllos que no ven otro benefactor sino Dios, por eso en nuestro corazón sólo nace el amor por Él”. Quien contempla a Dios, exaltado sea, como proveedor de su alimento, el amor que siente por Él aumenta sin cesar en la medida en la que disfruta de las gracias que Él le concede. Como afirma el Profeta, la paz sea con él: “Amad a Dios por la gracia del alimento que os concede”. Quien contempla a Dios como Señor de su alimento, tal contemplación le preserva de rebajarse ante las criaturas o de inclinar el corazón hacia cualquier otro que no sea el Soberano Absoluto. ¿No has oído lo que dijo Abraham, el amigo íntimo: “Él me alimenta y me da de beber” (C. XXVI.79)? Dio testimonio de Su Singularidad de este modo y reconoció, así, Su Unicidad.

El shayj, Dios tenga misericordia de él, termina diciendo: “...el sustento que forma parte del conocimiento de la Unicidad Divina y de la Ley revelada...”, porque, quien se enfrasca en la Unicidad Divina contemplando que toda propiedad pertenece a Dios y que nada hay junto a Él, sin sujetarse a las restricciones de la Ley revelada, ése cae en el abismo de la impiedad y pagará las consecuencias. El asunto está en mantenerse firme en la Realidad esencial, haqiqa, y seguir sujeto a la Ley revelada, shari‘a[v].

El hombre de verdadera realización espiritual no se abandona por completo a la Realidad absoluta ni se mantiene limitado por la forma exterior de la Ley revelada: “Entre ambas está la rectitud” (C. XXV.67). Se ha dicho: Seguir al pie de la letra el enunciado formal de la Ley revelada es una forma de asociación, pero dejarse llevar por la Verdad absoluta, sin guardar los límites de la Ley revelada, es una ilusión estéril. La estación de los hombres de la rectitud está entre ambas posturas. “Entre el intestino y la sangre hay una leche pura, provechosa para los que beben” (C. XVI.66).

[i] Se refiere al conocimiento esotérico y exotérico respectivamente.

[ii] Significa provechoso y fácil al mismo tiempo, como se hará notar en el comentario posterior.

[iii] Se refiere a su maestro Abû-l-‘Abbâs.

[iv] Abû-l-Hasan ash-Shâdilî era descendiente del Profeta.

[v] Este es el punto de vista de todo sufismo auténtico.

Capítulo 16

Sobre las dificultades y los obstáculos que causa el asunto de los bienes materiales

Debes tener presente que el asunto de los bienes materiales presenta numerosas dificultades y obstáculos. El shayj ha tratado sobre muchas de esas dificultades en sus enseñanzas. Nos aclaró todo lo relativo a este asunto, como es la ambición y el afán por conseguirlos, la distracción del corazón y la aflicción que provoca, el servilismo ante las criaturas, el desvelo por obtenerlos, la codicia y la avaricia una vez obtenidos. No es posible examinar de forma completa todos los obstáculos que provocan. Vamos a tratar sólo de aquellos aspectos a los que el shayj se refirió.

Los estados del hombre, en lo que respecta a los bienes materiales, pueden ser de tres tipos: antes de obtenerlos, que es el estado de expectativa; al obtenerlos, que es el estado de ganancia; y al consumirlos.

La ambición y el afán por conseguirlos, la distracción del corazón y la aflicción que provocan en él, el servilismo ante las criaturas y el desvelo por obtenerlos, corresponden a los obstáculos propios del primer caso.

La ambición es el deseo que tiene el alma de apropiarse de algo haciendo todo lo posible por conseguirlo. Surge por dos defectos: la falta de confianza y la falta de certeza. La causa de ambos defectos es la falta de Luz y, ésta, se produce a consecuencia del velo. Si se instalasen en el corazón las luces de la contemplación y el corazón se sumergiera en la Gracia Divina, no podrían sobrevenirle los asaltos de la ambición. Si la luz de la certeza se extendiese en el corazón, descubriría que Dios ha reservado a cada cual una parte de Su Bien, y ya no sería posible la ambición, pues el hombre se daría cuenta de que, lo que Dios le ha dado, ha de llegarle.

El afán por obtener los recursos requiere un doble esfuerzo. Uno, el esfuerzo exterior, para el que necesitas pedir la protección divina, porque tal afán por conseguir los bienes materiales impide cumplir con las obligaciones que se tienen con Dios. Tener que ganarse la vida, y guardar la paz de espíritu al mismo tiempo, requiere una asistencia divina que te permita consagrarte a Él. La verdadera fatiga es la del corazón, no la de las condiciones exteriores. Dios es el único que puede librarte de ello. Al corazón le fatiga hacerse cargo de esas actividades materiales y estar preocupado por ellas. Sólo el hecho de remitirse confiadamente a Dios puede traerte la paz de espíritu. El que se remite a Dios, deja su carga, y Dios se ocupa de llevársela: “Quien se remite a Dios, Él le basta” (C. LXV.3).

La distracción y la aflicción que produce en el corazón el asunto de los recursos es un gran obstáculo. El shayj Abû-l-Hasan, Dios tenga misericordia de él, ha llegado a decir que los dos mayores velos de la criatura respecto a Dios son las necesidades materiales y el temor por las criaturas, pero que el asunto de las necesidades materiales es el más fuerte de los dos. Esto se debe a que hay gente que puede estar libre del temor por las criaturas, pero muy pocos son los que están libres de las necesidades materiales. En tu vida siempre queda presente la miseria, el cuidado de tu naturaleza y el logro de tus alimentos. El sentimiento que esto produce en el corazón arrastra y sumerge al hombre hasta que no le queda espacio para nada más. Este estado provoca una completa ruptura del corazón y eclipsa las luces del estado de unión. Quien cae en él arruina la certeza que hay en su corazón y pierde sus fuerzas y sus capacidades.

Otra de las cuestiones es el hecho de rebajarse ante las criaturas por este motivo. Le ocurre a gente débil y con muy poca inteligencia. Su bajeza, inclinándose ante las criaturas y faltando a la confianza en el Verdadero Soberano, se debe a la ignorancia de que todo beneficio procede, a priori de Dios y a la falta de convicción en la autenticidad de Su Promesa. El castigo, por haberse desentendido de Dios, es tener que rebajarse adulando a las criaturas y depender de ellas. Pero el castigo de la Otra Vida aún es peor. Cuando la fe y la confianza en Dios son auténticas el hombre se ennoblece: “La gloria corresponde a Dios, a Su Enviado y a los creyentes” (C. LXIII.8). La gloria del creyente en su Señor está en no honrar a otro que no sea Él, consciente de que toda gloria Le pertenece, que Él está Lleno de Honor y de Gloria y nadie hay comparable a Él. Su honor es confiar en Él, su socorro remitirse a Él. Sostenido en todo por Dios no puede afligirse: “Ni os debilitéis, ni os entristezcáis. En verdad, sois superiores si sois creyentes” (C. III. 139). La gloria del creyente está en no inclinarse ante las criaturas y en depositar su confianza en el Auténtico Soberano. Quien tiene puestas sus necesidades en las criaturas, o su corazón está pendiente de ellas, deja en entredicho su fe en Dios. Alguien dijo:

No es lícito que quien reconoce la Unicidad y Singularidad de su Señor

Recurra a ningún otro.

Oh amigo! Espérame junto al Señor de la Verdad,

Muere y vive feliz en esa estación,

Y di a los reyes de la Tierra que luchen por ella,

La verdadera realeza, ni se vende ni se regala.

A quien Dios haya emancipado de la servidumbre de la ambición y le haya ennoblecido con la cualidad de la exigencia consigo mismo, le ha colmado de favor y le ha dado la aspiración más perfecta. ¡Creyente! date cuenta de que Dios te ha investido con numerosos presentes como son la fe, el conocimiento, la virtud, la práctica de la tradición profética, no los manches poniendo tu

ambición en las cosas creadas y recurriendo a quien no sea el Señor de los Mundos.

El shayj Abû-l-Hasan, Dios tenga misericordia de él, vio que el Profeta, la paz sea con él, le decía en sueños: “¡Oh ‘Alî! limpia tus vestidos, obtendrás la asistencia de Dios en cada soplo”. Él le preguntó: “Enviado de Dios, ¿cuáles son mis vestidos?”. “Has de saber que Dios te ha puesto el manto de la fe, del conocimiento, de la contemplación de la Unicidad y del amor”, le respondió. “Entonces comprendí”, —comenta el shayj— “las palabras de Dios: ‘Y tus vestidos, purifícalos.’”(C. LXXIV.4).

Para quien conoce a Dios, todo lo demás es insignificante, quien Le ama se desinteresa de cualquier otra cosa, quien reconoce la Unicidad Divina no Le asocia nada, quien cree en Él está a salvo de todo, quien se somete a Dios apenas Le desobedece, si Le desobedece se disculpa ante Él y, si se disculpa, Él acepta sus disculpas.

Ten en cuenta, Dios tenga misericordia de ti, que para quien sigue la vía espiritual, la elevación de miras y el desinterés por las cosas del mundo es un ornato más estimable que las galas de un desposado, y está más necesitado de eso que del agua que necesita para vivir. A quien se le inviste con el manto de la realeza, debe preservarlo, no dejar que se lo arrebaten ni que se manchen las vestiduras con las que ha sido favorecido. Jamás debe desprenderse de él.

¡Oh creyente! no manches las vestiduras de tu fe inclinándote hacia los seres creados, ni busques más sostén que el Señor de los Mundos. Glorifícate en Dios y por Dios, y tu gloria permanecerá siempre; pero, si te glorificas en cualquier otro, tu gloria desaparecerá cuando éste desaparezca. Cierta persona de mérito me recitó este poema:

“¡Que tu gloria sea por tu Señor!

Perdurará y se consolidará.

Si te glorificas en quien ha de morir,

Tu gloria, también, será mortal”

Alguien se echó a llorar mientras visitaba a un hombre del Conocimiento. Éste le preguntó qué le pasaba y aquél le contestó que su maestro había muerto. El gnóstico le dijo: “¿Por qué tomaste como maestro a alguien que moriría, cuando se te ha dicho que, si te glorificas en alguien que no sea Dios, le perderás y que, si recurres a otro que no sea Él, no sacarás nada?. Mira hacia tu Dios, de quien siempre fuiste dependiente. ‘Les haremos arder, luego les esparciremos en el mar como polvo. Sólo vuestro Señor es Dios, no hay divinidad más que Él, Aquél que engloba todo de Ciencia’ (C. XX.97).

¡Servidor! que tu naturaleza sea abrahámica. Tu padre Abraham, Dios colme de bendición, ha dicho: “No amo a los que desaparecen” (C. VI.76). Todo lo que no sea Dios, desaparece, tanto su existencia como sus facultades. Dios dice, exaltado sea: “Este es el culto de vuestro padre Abraham” (C. XXII.78). Es decir que Dios ha prescrito al creyente la obligación de seguir el culto de Abraham. Propio de ese culto es no poner el interés en las cosas creadas. Así, el día en el que fue arrojado en la catapulta, se le presentó el ángel Gabriel, la paz sea con él, para ayudarlo, pero él le respondió: “De ti no tengo necesidad. De Dios, sí”. Y Gabriel le dijo: “¡SúplicaLe”. “Me basta como súplica el conocimiento que Él tiene de mi estado”. Fíjate cómo apartó sus expectativas de lo creado para volverlas sólo hacia el Soberano Auténtico. No recurrió a Gabriel ni a ninguna súplica. Vio a Dios más cerca de él que al mismo Gabriel o que a su propia súplica. De este modo quedó a salvo de Nemrod y de sus ataques y obtuvo la gracia, el favor y la distinción de la elección divina. Es propio también del culto de Abraham rechazar todo lo que distrae de Dios y poner toda la atención en Él, exaltado sea: “Son para mí un enemigo, salvo el Señor de los Mundos” (C. XXVI.77).

No esperar nada de los demás, ése es el signo que caracteriza al hombre realmente rico. Dice el shayj Abû-l-Hasan, Dios tenga misericordia de él: “He perdido toda esperanza en sacar provecho de mí mismo, ¿cómo no voy a perder la esperanza de sacar provecho de los demás? He puesto en Dios mi esperanza con respecto a todas las cosas, ¿cómo no voy a poner en Dios la esperanza a mi respecto?”

Esta es la alquimia y el elixir que convierten en un ser rico a quien logra conseguirlo. No puede perder nada, tiene un honor sin mancha y una riqueza que no se consume. Es la alquimia de la gente que sabe comprender a Dios, exaltado sea.

Cuenta el shayj Abû-l-Hasan: “Un hombre me frecuentaba y era una carga pesada para mí. Me puse a hablar abiertamente con él hasta que se sintió desenvuelto y, entonces, le pregunté: ‘¿Qué es lo que buscas y por qué me frecuentas?’.” “Señor” — me respondió— “me han dicho que conoces la alquimia y me he hecho discípulo tuyo para poder aprenderla”. “Lo que dices es verdad y el que te lo ha dicho tiene razón, pero temo que no puedas aprenderla”. “De ninguna manera” —afirmó— “estoy dispuesto a ello”. Entonces le dije: “Observé a las criaturas y me di cuenta de que son de dos clases: enemigos y amigos. Puse atención en los enemigos, hasta que comprendí que no pueden causarme ni un pinchazo que Dios no quiera causarme, y dejé de prestarles atención. Luego, observé a los amigos, y comprendí que no pueden beneficiarme en nada con que Dios no haya querido beneficiarme, así que dejé de esperar nada de ellos y me até a Dios, exaltado sea. Entonces, tuve una inspiración: ‘No lograrás la auténtica realización de este asunto hasta que no te queden dudas a Nuestro respecto y no esperes de otro lo que Nós te hemos asignado’.”

En otra ocasión, le preguntaron sobre la alquimia y dijo: “La alquimia es que desaparezca la codicia de tu corazón y no esperes que lo que tu Señor te ha asignado pueda proceder de otro”.

El distintivo real del servidor no es el número de sus buenas obras ni la práctica constante de sus recitaciones. Lo único que indica el grado de su luz es la plenitud que tiene en su Señor, la atención que su corazón Le presta, la falta de servidumbre al yugo de la codicia y la investidura de las galas de la exigencia consigo mismo. De este modo se embellecen los actos y se purifican los estados interiores. Dios, exaltado sea, ha dicho: “Hemos embellecido todo lo que hay en la Tierra para probar quién actúa mejor entre ellos” (C. XVIII.7).

Las buenas acciones dependen sólo de saber prestar atención a Dios y comprender lo que quiere de ti. Esa comprensión consiste en todo lo que estamos diciendo: remitir toda necesidad a Dios, estar satisfecho con Él, recurrir a Él en todo y vivir siempre entregado entre Sus manos. Todo esto es el fruto de la comprensión de Dios. Tratar de ser lo más exigente posible contigo mismo y purificarte del deseo por las cosas creadas, eso es lo que tienes que buscar. Quien tiene alguna expectativa en ellas, aunque se purifique con el agua de siete mares, si no es capaz de perder por completo su interés por las cosas creadas, de nada le ha servido su purificación.

Llegó ‘Alî b. Abû Tâlib, Dios esté satisfecho de él, a la ciudad de Basra y entró en la mezquita. Allí se encontró con la gente que se dedica a la casuística religiosa, les mandó que se levantaran y se fuesen. Cuando llegó junto a Hasan al-Basri[i] le dijo: “¡Joven! voy a plantearte una cuestión, si respondes correctamente, te puedes quedar, si no, te vas igual que tus compañeros”. Esto se debía a que había visto en él un hombre de proceder correcto. Al-Hasan le dijo: “Pregúntame lo que quieras”. “Responde” —preguntó ‘Alî— “¿Cuál es el fundamento de la religión?”. “La exigencia consigo mismo”[ii] —respondió— “¿Qué es lo que la echa a perder?”. “La codicia” —respondió[iii]— “Puedes seguir aquí. Gente como tú es la que debe hablar a los hombres” —dijo ‘Alî, Dios esté satisfecho de él—.

Le oí contar al shayj Abû-l-‘Abbâs, Dios tenga misericordia de él: “Al comienzo de mi actividad espiritual estaba, cierto día, en el puerto de Alejandría y fui a ver a alguien que conocía, para comprarle algo que necesitaba y cuyo precio era medio dirham, pensando que quizás no me cobraría nada. Entonces, escuché una voz interior que me decía: ‘La forma de preservar la religión es dejar las expectativas al respecto de las criaturas’. Decía también: ‘El que está tomado por la codicia no se sacia jamás, no ves que sus tres letras son huecas, la ta, la mm y la sayn[iv]’.”

Procura, itú que buscas a Dios!, no poner tu aspiración en las criaturas y no rebajarte ante ellas para lograr tus necesidades. La provisión que Él te ha concedido de Sus bienes es anterior a tu existencia y está asegurada antes de que tú aparezcas. Mira lo que dijo un maestro: “¡Hombre! todo lo que Él decretó que tus muelas masticaran con dignidad, ¡ay de ti!, no lo comas con servilismo”. Ten

en cuenta que quien conoce a Dios deposita toda su confianza en Él. La comprensión del hombre no llega a ser perfecta hasta que se siente más seguro con lo que está en manos de Dios que con lo que tiene en sus propias manos, y confía más en lo que Él le garantiza que en lo que le garantizan las criaturas. Ya es bastante ignorancia para ti no ser así.

Uno de ellos vio a un hombre que estaba siempre en la mezquita y no salía jamás. Extrañado, pensó de dónde sacaría para comer. Así que cierto día le preguntó: “¿De dónde sacas para comer?”. Aquel hombre le dijo: “Tengo un amigo judío que ha prometido darme todos los días dos hogazas de pan y me las trae aquí”. El hombre de conocimiento le respondió: “¡Miserable! me haces ver que confías en la promesa de un judío y no confías en la promesa de Dios, que es el Más Fiel a Su Promesa, a la que jamás falta. Él, exaltado sea, ha dicho: ‘No hay ser que ande sobre la tierra del cual Dios no se encargue de alimentarle. Él conoce su morada y el lugar donde yace’ (C. XI.6). ‘El hombre sintió vergüenza y salió de allí’”.

Se cuenta de otro hombre santo que hizo durante algunos días la plegaria tras el imám de una mezquita. Éste, extrañado de verle constantemente en la mezquita sin tratar de ganarse la vida, le preguntó: “¿De qué comes?”. El hombre de conocimiento le respondió: “Espera que repita mi plegaria, porque no hago la plegaria detrás de alguien que tiene dudas sobre Dios” [v]. Hay muchas historias así.

A ‘Alí, Dios esté satisfecho de él, le preguntaron: “¿De dónde puede llegar el sustento de un hombre al que dejasen completamente encerrado en una casa?”. “Le llegaría de donde le llegase su final” —respondió—. Fíjate qué argumento tan maravilloso y qué prueba tan concluyente.

Volvamos a las palabras del shayj sobre la preocupación por obtener ese sustento. La preocupación surge en el pensamiento diciendo que necesitas lo suficiente para poder sobrevivir. El tadbîr te dirá: “Tengo que hacer esto y lo otro, ¡no!, más bien lo contrario”. Se presenta en el corazón de tal forma que, si estás haciendo la plegaria, no te das cuenta de lo que estás haciendo o, si estás recitando, no eres consciente de lo que recitas. Enturbia el acto de devoción que practicas en ese momento y te priva de sus luces y sus secretos. Cuando esto te ocurra, derriba sus argumentos con el hacha de la confianza y de la certeza en Dios.

Piensa, Dios sea misericordioso contigo, que Él, exaltado sea, se ha hecho cargo de ti antes de que tú existieses como tal. Si quieres darle un buen consejo a tu alma, dile que prescinda de gobernarse a sí misma, ya que es un grave daño que te hace al hacer recaer esa responsabilidad sobre ti y dejarte privado de la Bondad Divina que te asiste.

El creyente no debe enfrentarse a Dios, exaltado sea, por querer intervenir junto a Él en el gobierno y las decisiones que Él toma. Si caes en esto, no persistas, ya que la luz de la fe es incompatible con ello. “A Nós incumbe el socorro de los

creyentes. Es más, lanzamos la Verdad contra el error y ¡he ahí! que éste desaparece!” (C. XXX.47 y XXXI.18).

El shayj también hace referencia a la avaricia y la tacañería que se producen al conseguir los bienes materiales. Estos dos obstáculos son producto de la poca certeza y confianza en Dios. Dios ha censurado ambas cosas en Su Libro Glorioso: “Aquellos que se guardan de la avaricia de su alma, esos son los que se salvan” (C. LIX.9). El avaro es un desafortunado que carece de luz, y la luz es la salvación. Dios, exaltado sea, dice, al describir a los hipócritas: “Son avaros con los bienes. Esos no son creyentes, y Dios hace inútiles sus actos” (C. XXXIII.19). También dice: “Hay quien ha pactado con Dios que, si Él, por Su Gracia, le diese bienes, haría caridad con ellos y se mostraría virtuoso. Pero cuando, por Su Gracia les da, se vuelven avaros, e indiferentes se apartan” (C. IX.75), y “Quien se muestra avaro, es avaro contra sí mismo” (C. XLVII.38).

La avaricia y la tacañería se presenta de tres formas: La primera es quedarte con aquello que tienes obligación de dar. La segunda es que prefieras guardar los bienes antes que ayudar a las necesidades de los demás. La tercera es conservar las cosas para ti, no para Dios.

El primer caso sería no dar la limosna legal que te corresponda, o no correr con los gastos que te incumben para atender a las necesidades de tus padres, a las necesidades y cuidado de tus hijos o al mantenimiento de tus esposas. En definitiva, todo aquello sobre lo que Dios te ha hecho responsable. Si te desentendes de estas obligaciones cometes un delito y mereces el castigo correspondiente. Sobre esto, Dios, exaltado sea, ha dicho: “Aquellos que atesoran el oro y la plata y no lo gastan en la vía de Dios, anúnciales un doloroso castigo” (C. IX.34).

Según los doctores de la Ley, “que atesoran”, se refiere a los bienes cuyo pago legal no se ha realizado, pues si no fuese así, no se emplearía la amenaza que corresponde a un delito reprehensible.

El segundo caso es retener con avaricia lo que no está sujeto a los gastos obligatorios. Es el de aquel que paga su limosna legal y no da nada más. Aunque no exista una obligación impuesta por Dios, no conviene limitarse exclusivamente a lo obligatorio y prescindir de los actos de virtud. Esta forma de actuar es propia de los más débiles. El creyente que se esfuerza en cumplir con Dios no se limita a lo que está obligado. Hacer eso es como quien se limita a cumplir las plegarias obligatorias a secas, sin añadir nada más.

Fíjate bien en todo lo que Dios, exaltado sea, dice a través del Enviado de Dios[vi], la paz sea con él: “Nada hay que aproxime más a los que tratan de acercarse a Mí que cumplir con las prescripciones obligatorias. Luego, mi servidor continúa aproximándose a Mí por obras superogatorias hasta que Yo le amo y cuando Yo le amo, Yo soy su oído, su vista, su lengua, su corazón, su inteligencia, su mano y su apoyo”.

Dios, exaltado y glorificado sea, te muestra que la insistencia y la práctica de los actos de virtud superogatorios provocan el amor de Dios. Lo superogatorio es todo aquello a lo que no estás obligado en la plegaria, la limosna, la peregrinación, etc. El caso de quien hace plegarias obligatorias y quien hace otras superogatorias, o de quien paga sólo la zaqâ y de quien da otras limosnas, es como el de un señor que tuviese dos siervos que deben tributarle dos dinares cada uno por día. Uno de ellos paga esa cantidad y nada más. No tiene con él ninguna atención ni ninguna prueba de afecto más. El otro le da, también, lo mismo que su compañero, pero le regala, además del tributo, algunos dulces y manjares. Este servidor tiene forzosamente que ganarse el afecto, el amor y la proximidad del señor. El que paga su tributo, sin buscar el afecto del señor, es el que actúa movido por el castigo. Quien, además, le ofrece otros presentes es el que siente afecto por el señor y trata de obtener su amor porque aspira a conseguir su proximidad.

Dios ha impuesto ciertos preceptos en razón de la debilidad de los hombres y de la pereza que siente el alma, porque, aunque esto que les ha ordenado sea un bien para ellos, pocos lo cumplirían si no fuese obligatorio, ¡y que pocos! Por eso les ha prescrito los actos de virtud: para hacerles entrar en Su Paraíso empujándoles con las cadenas de la obligación: “Tu Señor se asombra de unos hombres que son conducidos al Paraíso con cadenas[vii]”.

Hemos hablado de las obligaciones religiosas, podemos observar que Dios, exaltado sea, puso en cada una de ellas, además de lo obligatorio, algo superogatorio para que pueda servir de reparación en caso de que el servidor cometa alguna falta al realizar las prescripciones legales. La tradición profética nos enseña que, cuando se comete un error o alguna falta en la ejecución de la plegaria, se complete, para corregirlo, con algo superogatorio. Fíjate bien en todo esto, Dios tenga misericordia de ti, y no te limites sólo a lo estrictamente obligatorio.

Además, para que se produzca en ti un sentimiento de amor, tienes que aplicarte en cumplir aquello que Dios no te ha impuesto obligatoriamente. Si en la balanza de las obras del servidor sólo hubiese actos de virtud obligatorios sin ningún tipo de pecados graves, el bien y la gracia que dejaría escapar (por la ausencia de actos superogatorios) sería incalculable. ¡Gloria a Quien ha abierto a los hombres la puerta de los buenos actos y les ha mostrado la forma de realizarlos!

Dios sabe que entre sus servidores hay unos más débiles y otros más fuertes. Los más débiles se limitan a cumplir lo que Él ha ordenado y a evitar lo que ha prohibido, pues su corazón carece de la fuerza del amor y del deseo ardiente para realizar otros actos de virtud. Son como el siervo cuyo señor sabe que, si no le obligase, no haría nada por él. Por eso Dios, glorificado sea, determinó los ciclos litúrgicos y los actos de culto del estado de servidumbre. Se los ha enseñado a los hombres por las posiciones solares (para que hagan la plegaria); por el porcentaje de bienes acumulados en dinero, en ganado o en la recolección del campo, “Dad lo que corresponda el día de la recolección” (C. VI.141), por los

diez días correspondientes a la Peregrinación y por el mes de ayuno del Ramadán. Cada precepto tiene sus momentos determinados.

Al margen de esas obligaciones, dejó a los hombres libres para que se ganaran la vida y se dedicaran a sus asuntos. Los hombres de Dios, que prestan atención a Él, hicieron de todos sus instantes una sola cosa y, de toda su vida, un solo objetivo. Sabiendo que todo instante Le pertenece, no dejaron nada para otras cosas. Por eso dijo el shayj Abû-l-Hasan, Dios tenga misericordia de él: “Sólo necesitas practicar un acto de culto: prescindir de tu capricho personal y ocuparte del amor del Señor”.

Contrario al amor es dedicarse a algo que no le agrada al Bien Amado. Cada soplo es, para ellos, una prenda y un depósito de Dios sobre el que hay que rendir cuentas; al darse cuenta de la necesidad de preservarlo ponen, ahí, toda su atención.

De la misma forma que Él detenta en todo momento la Señoría, también sus derechos de Señoría sobre ti son permanentes. Si su Señoría no está determinada por condiciones de tiempo, tampoco pueden estarlo sus derechos sobre ti. El shayj Abû-l-Hasan ha dicho: “Cada instante tiene un modo de servidumbre con el que Dios exige cumplir con su derecho de Señoría”. Debemos sujetar las riendas del lenguaje para no salirnos del objetivo del libro.

El tercer caso sobre la avaricia consiste en la preferencia egoísta de uno mismo. Este es el caso más importante de los tres considerados, y origen de los otros dos. Quien se muestra avaro con respecto a lo que Dios le ha obligado a pagar también lo es, por supuesto, con los demás bienes que posee. Quien es avaro con respecto a estos bienes, es porque tiene esa inclinación egoísta y no puede hacer don de sí mismo.

La generosidad de alma y el desprendimiento de uno mismo es parte de la naturaleza de los hombres sinceros con Dios, y una característica de los hombres de la certeza. Los que conocen a Dios Le hacen don de sí mismos, pues saben que el servidor no posee nada junto a Su Señor. Si el desprendimiento de sí mismo es lo más perfecto, la avaricia será, en consecuencia, lo más detestable.

Ya hemos aclarado todo lo referente a la avaricia y a lo que afecta a la posesión de los bienes materiales, aunque sin tratar de agotar el tema, puesto que no es el objetivo de este libro.

Habíamos indicado, según las palabras del shayj, que los obstáculos causados por el asunto de los bienes materiales eran de tres tipos. Los que se producen antes de conseguirlos y una vez obtenidos ya los hemos visto. Nos queda por hablar de aquellos obstáculos que se producen, una vez conseguidos, cuando desaparecen, como son el pesar y la contrariedad de haberlos perdido y el deseo, de nuevo, de recuperarlos. De esto también debe uno purificarse.

Fíjate en lo que Dios ha dicho, exaltado sea: “Para que no os atormentéis por lo que hayáis perdido ni os regocijéis con lo que Él os da” (C. LVII.23). El Profeta, la paz sea con él, al morir el hijo de una de sus hijas, hizo la enseñanza siguiente: “De Dios es tanto lo que Él se lleva como lo que Él concede”.

Quien se entristece por la pérdida de algo que no sea Dios, más bien debería sentir esa tristeza por sí mismo, por su estado de ignorancia y de ruptura. Si hubiese encontrado a Dios, nada podría faltarle. Quien encuentra a Dios, no puede perder nada. El hombre debe comprender que, lo que pierde, no le correspondía ni era algo suyo, pues, en ese caso, no habría ido a parar a otro. Se trataba solamente de un préstamo y, quien se lo había prestado, lo recupera haciendo que las cosas vuelvan a su origen.

Un hombre tenía una prima con la que le habían prometido desde niño. Cuando creció quiso casarse con ella pero no fue posible, y ella se casó, más tarde, con otro. Vino a verle un hombre de Conocimiento y le dijo: “Sería conveniente que te disculpas con el marido de tu prima pues fuiste su pretendiente, cuando de hecho ella es su esposa desde siempre, y el creyente debe ponerse en guardia, con el arrepentimiento, de aquello que siente haber perdido”.

Dios, exaltado sea, dice: “Hay quien sirve a Dios con condiciones. Si le llega un bien, se siente tranquilo; si le llega una prueba, ésta se vuelve contra él, y echa a perder esta vida y la Otra” (C. XXII.11). Reprende a quien se siente tranquilo una vez que consigue lo que quería. No te das cuenta de que dice: “Si le llega un bien se tranquiliza”, es decir, gracias a que lo ha obtenido. Si fuese capaz de comprender, no estaría tranquilo con algo que no fuese Dios, y su descanso sólo estaría en Él, exaltado sea. Lo mismo ocurre con quien se entristece por perder algo, “Y a quien le llega una prueba...”. La prueba es la pérdida del objeto deseado con el que se encontraba satisfecho y que, entonces, se vuelve contra él mismo. Es decir ofusca su razón, turba su alma y distrae su corazón. Todo ello porque carece del conocimiento de Dios. Si conociese a Dios, el Ser Real le haría prescindir de cualquier otro ser ilusorio, y no echaría nada de menos.

Quien pierde a Dios no encontrará nada, quien Le encuentra no le faltará nada. ¿Cómo puede faltarle algo a quien ha encontrado a Aquél que tiene en Sus Manos la Soberanía de todas las cosas? ¿Cómo puede faltarle algo a quien encontró al Productor de todas las cosas? ¿Cómo puede perder algo quien ha encontrado a Aquél que se manifiesta en todas las cosas? Para los hombres del Conocimiento, salvo a Dios, a nada se le puede atribuir existencia propia o pérdida, porque la afirmación de Su Unicidad excluye que pueda existir o desaparecer cualquier otro. Sólo desaparece lo que tiene existencia. Si el velo de la ilusión se descorriese ante ti la visión no constataría las apariencias individuales y brillaría la luz de la certeza hasta cubrir la existencia de las criaturas.

Si llegas a comprender esto, no temerás perder algo ni contarás con nada. Quien cuenta con algo que tiene o se aflige por algo que pierde, abandona su estado de servidumbre por causa de lo que le regocija o le apena. Presta atención a estas

palabras del Profeta, la paz sea con él: “¡Desgraciado el siervo del dinero y de la riqueza! ¡Qué mala fortuna tiene! Cuando logra algo, no saca nada”.

¡Creyente! no pongas tu afecto más que en el amor de Dios, eso es más noble que servir a cualquier otro. Él ha hecho de ti un noble servidor, ¡no te conviertas en un vil esclavo! La lucidez de quien conoce a Dios le impide recurrir a un ser efímero o sentirse afectado por alguna pérdida, gracias a que su estado de servidumbre y de autentica libertad le preservan de ello.

Decía nuestro shayj Abû-l-‘Abbâs, Dios tenga misericordia de él: “Hay dos tipos de servidor en cuanto al estado espiritual: Uno, es siervo del mismo estado espiritual; otro, es siervo del estado espiritual por Aquél que provoca los estados. El que sirve al estado por el estado es aquel que se regocija al experimentarlo y se aflige al perderlo. El que se encuentra en el estado por Aquél que lo provoca, es el siervo de Dios y no del estado, y no le afecta la presencia o la pérdida de los estados espirituales”.

Dios, exaltado sea, dice: “Entre los hombres algunos adoran a Dios con condiciones” (C. XXII.11), es decir, según los estados; si éstos cambian, pierden su estado de virtud y de entrega, pero si supieran comprenderNos como es debido, Nos adorarían en cualquier estado. Ya que Él es tu Señor en todo momento, sé tú, también, su servidor en cualquier estado.

“Si les llega un bien se sienten tranquilos”, es decir, si obtienen algo que agrada a su alma, eso lo consideran un bien, aunque pueda ser un daño. “Si les aflige una prueba que haga cambiar...”, la prueba es la pérdida de aquello que les hacía sentirse bien, y se le llama prueba porque esa pérdida pone a prueba la fe del creyente, y en la prueba se manifiesta el estado de los hombres.

¡Cuánta gente piensa que está satisfecha con Dios y sólo lo está con sus propios recursos y ganancias! ¡Cuántos piensan que gustan de la compañía de su Señor y sólo gustan de su propio estado! La prueba es que pierden el gusto de esa intimidad cuando pierden su estado. Si realmente hubiesen tenido ese trato con su Señor siempre lo habrían mantenido.

“Eché a perder este mundo y el Otro”. Este mundo lo echó a perder al desaparecer lo que quería sacar de él; el Otro lo echó a perder por no tratar de conseguirlo. Perdió lo que buscaba por no buscarNos hasta hacerNos suyo. ¡Presta atención!

[i] Considerado como uno de los primeros sufíes.

[ii] wara’ es el escrúpulo interior, traducido, también, por exigencia consigo mismo.

[iii] La codicia, tama', el afán por conseguir lo que no se tiene.

[iv] En árabe estas letras tienen una grafía hueca.

[v] El ejemplo muestra dos casos, semejantes exteriormente, cuya realidad interior es totalmente diferente.

[vi] El hadîz qudsî, santo, son palabras divinas expresadas a través del Profeta, a diferencia de la revelación directa del Corán.

[vii] Hadîz

Capítulo 17

Parábolas sobre diversos aspectos del tadbîr

En este capítulo trataremos, por medio de algunas parábolas, de lo que es el tadbîr, de quienes lo practican y del asunto de los recursos y de las garantías que Dios ha dado sobre él. Por medio de los ejemplos se aclaran las cosas.

El que practica el tadbîr es como quien construye su casa a la orilla del mar; por mucho que se esfuerza en construirla, las olas golpean contra ella y sus muros terminan derribándose. Lo mismo ocurre con quien pretende dirigirse a sí mismo: construye su tadbîr para que los asaltos del Decreto lo destruyan. Por eso se dice: “el hombre hace sus planes y el Destino se ríe”. Como han dicho los poetas:

“¿De qué sirve finalizar tus proyectos

Si una vez terminados otro los destruye?”

Como un hombre que ha construido su casa sobre un montón de arena y, al soplar un huracán, se remueve la arena y la casa se le viene abajo. Dicen:

“Sus pretensiones se las llevó el viento

Como castillos de arena”

El que practica el tadbîr es como un niño que viaja con su padre. Al hacerse de noche, el padre, movido por su cariño, vigila a su hijo sin que éste se dé cuenta, a causa de la oscuridad que media entre ambos. El hijo, preocupado por sí mismo, actúa pensando en su situación. Cuando sale la luna y ve a su padre junto a él, se calma y se sosiega su ánimo. Al ver de cerca el cuidado de su padre, prescinde de su propio cuidado.

Del mismo modo, el que se preocupa de sí mismo lo hace porque en la noche de la separación no puede contemplar la proximidad de Dios Altísimo. Si saliese la luna de la Unicidad o el sol del Conocimiento vería a Dios, glorificado sea, junto a él, sentiría vergüenza de dirigirse a sí mismo y el tadbîr de Dios le haría prescindir de su propio tadbîr.

El tadbîr es un árbol que se riega con el agua de la mala opinión con respecto a Dios, y su fruto es la ruptura. Si el hombre tuviese una buena opinión de su Señor, el árbol del tadbîr desaparecería de su corazón al quedar privado de su riego. El fruto de ese árbol sólo puede ser la separación, porque quien se dirige a sí mismo se atiene a su propia inteligencia, se conforma con sus decisiones y se limita a su propio ser y, en consecuencia, echa a perder a su Señor e impide que le lleguen los favores divinos.

Quien practica el tadbîr es como un siervo a quien su señor envía a un lugar para hacer unos encargos. Al llegar a ese lugar, el siervo se pone a buscar alojamiento y esposa, sin prestar atención a lo que le ha traído allí y a las órdenes que su señor le diera. Cuando su señor le reclame merece que le castigue y le aparte de su lado, porque se ha ocupado de sí mismo y no de las obligaciones que tiene con él.

Lo mismo haces tú, ¡creyente!, Dios te envió a este mundo y te ordenó que Le sirvieras de acuerdo con Su Mandato. Si te encargas de tu propio tadbîr y te despreocupas de las obligaciones que tienes con tu Señor, te alejas del buen camino y sigues el camino del extravío.

Quien se gobierna a sí mismo y quien prescinde de hacerlo son como dos siervos del rey. Uno de ellos se ocupa de cumplir con las órdenes de su señor sin pensar en su alimento, en su vestido o en cosa alguna que no sea servir a su señor. Por él se olvida de sus propios intereses. El otro siervo, por el contrario, cada vez que su señor le solicita, lo encuentra lavándose sus vestidos, preparando su caballo o cuidando su aspecto. El predilecto será, necesariamente, el primero, ya que el segundo sólo vive preocupado de sus propios intereses y descuida los deberes que tiene con su señor. El esclavo ha sido comprado para servir a su señor, no para ocuparse de sí mismo.

El hombre inteligente es el que se ocupa de cumplir con los deberes que tiene con Dios y presta atención a sus órdenes desentendiéndose de sus intereses personales. Dios, a cambio, se encarga de todos sus asuntos y le colma de favores por la sinceridad de su confianza en Él. “Quien se remite a Dios, Él le basta” (C. LXV.3).

El siervo negligente es todo lo contrario, sólo se ocupa de conseguir el éxito en los negocios mundanales y en todo lo que pueda satisfacer sus caprichos, recurriendo para ello a su propio tadbîr y dejando de confiar realmente en Dios y remitirse sinceramente a Él.

El tadbîr del hombre es como la sombra que se proyecta al declinar el sol. Cuando el sol se levanta, esa sombra se va extinguiendo hasta que no queda más que una traza residual que el cenit solar no hace desaparecer del todo. Ocurre lo mismo cuando el sol del conocimiento llega al corazón: hace desaparecer la presencia del tadbîr en él, pero deja que se conserve un residuo de éste con el fin de que la responsabilidad propia del hombre siga su curso.

El tadbîr es como un hombre que ha vendido una casa o un esclavo y, una vez realizada la venta, le dice al comprador: “No construyas nada ahí” o “derriba tal habitación” o “haz tal o cual cosa”, o bien, va él mismo a la casa y hace lo que quiere en ella como si aún fuese suya. El comprador responderá, con razón, que si ha vendido la casa no puede disponer ya de ella. Hecha la venta no hay discusión que valga. “En verdad Dios ha comprado a los creyentes sus almas y sus bienes a cambio del Paraíso” (CIX. 111). El creyente debe entregar su alma y

todo lo que le pertenece a Dios. Él le ha creado y, luego, le ha comprado. Obligado como estás a entregar tu alma, deja el tadbîr de aquello que ya no te pertenece.

En cuanto al sustento del hombre, puede compararse con el de un esclavo a quien su señor le dijera: “Ocúpate del trabajo de esta casa”. El señor, como es natural, se encarga de alimentarle, vestirle y darle todo lo que necesite, sin que el esclavo tenga que preocuparse de eso. Igualmente, Dios ordena al hombre que Le obedezca y Le sirva en este mundo, pero Él, exaltado sea, le garantiza lo que necesita. Si el hombre se encarga de servirLe, su Señor le colmará con Su Gracia. Dios, exaltado sea, dice: “Ordena la plegaria a los tuyos y persevera en ella. No te pedimos que busques el sustento, Nós te mantendremos. Y el triunfo final es de los que temen a Dios”. Ya hemos comentado anteriormente este versículo.

El hombre es en este mundo como un niño con su madre. Ésta no puede abandonar a su hijo ni dejar de cuidarle y protegerle. Dios hace lo mismo con el creyente: se encarga de él por completo, le colma de beneficios y le guarda de la adversidad. El Enviado de Dios, la paz sea con él, vio a una mujer que iba con su hijo y preguntó: “¿Creéis que esa mujer arrojaría su hijo al mego?”. “¡No! Enviado de Dios” —asintieron sus compañeros—. “Pues bien” —les dijo— “Dios es más Misericordioso con Sus servidores creyentes que esa mujer con su hijo”.

El hombre con respecto a Dios es como un esclavo a quien su dueño dijese: “Vete a tal lugar y prepara alimento y equipaje porque tendrás que viajar por el desierto”. El permiso de su señor le autoriza para utilizar lo que necesite en vistas a realizar ese viaje. Del mismo modo, Dios ha colocado al hombre en este mundo y le ha ordenado tomar provisiones para la Otra Vida, “Tomad provisiones y, en verdad, la mejor provisión es la piedad” (C. II.197). Es evidente que si te ordena tomar provisiones, con vistas a la Otra Vida, es que te permite utilizar también lo que necesites de este mundo para preparar el viaje que has de hacer hacia el Otro.

El hombre con respecto a Dios es como un esclavo a quien su señor le manda a su huerto para que lo are, lo siembre y lo cuide. Si el esclavo cumple con lo que su señor le ordena, ni lo echará del huerto ni le reprenderá por alimentarse de sus frutos, porque lo cultiva y trabaja para él. Lo que toma es para reponer sus fuerzas y no por capricho.

Dios trata al hombre como un padre que preparó muchas tierras y edificó una gran casa. Cuando le preguntan para quién lo ha hecho, responde que es para un hijo que ha de tener. Prepara para su hijo lo que necesita, antes de que nazca, debido al amor que siente por él. ¿Crees que lo que le ha preparado antes de nacer puede negárselo una vez que nazca? Del mismo modo, Dios ha preparado para el hombre los beneficios que ha de concederle antes de venir a este mundo. Si eres capaz de comprender, verás que los beneficios son anteriores a tu existencia. ¿No te das cuenta de que Dios te ha otorgado en la eternidad las cosas antes de que tú las obtengas e incluso antes de que tú existieras? ¿Cómo es

posible que lo que Él te ha dado en la eternidad y ha reservado para ti, te lo niegue cuando llegas a la existencia?

El hombre que sirve a Dios es como un jornalero a quien un rey lleva a su palacio y le ordena que le haga una obra. No es posible que el rey le haga trabajar y ni siquiera le alimente. Eso no es propio de la generosidad de un rey. Lo mismo ocurre con el hombre: este mundo es la casa de Dios, el jornalero eres tú, el trabajo es la obediencia a Dios y el salario es el Paraíso. Dios no te ordena trabajar sin atender al sustento que necesitas para ello.

El hombre con Dios es como un huésped a quien un rey generoso le alberga en su palacio. Lo propio del huésped es no preocuparse por su comida y bebida, ya que hacerlo sería tener una mala opinión del rey y sospechar que no se encargará de eso. Ya hemos hablado anteriormente de las palabras del shayj Abû Madyan: “Este mundo es la casa de Dios y los hombres son sus huéspedes”. Dios ha ordenado, según Su Enviado, la paz sea con él, recibir al huésped y atenderle. Quien se preocupa por lo que ha de comer o beber es odioso a los ojos del Soberano; si no fuese porque duda de Dios, no se sentiría preocupado.

El hombre es con Dios como un vasallo a quien el rey ha ordenado quedarse en un lugar combatiendo al enemigo con todo su ardor. Es lógico que, al darle esta orden, le permita también alimentarse de lo que haya en esa región y utilizar los bienes y tesoros que el rey guarda allí para poder hacer frente al enemigo que tiene que combatir. Lo mismo ocurre con los servidores de Dios, a quienes ha ordenado combatir a Satanás: “Combatid por Dios con todas vuestras fuerzas” (C. XXII.78), “Satanás es vuestro enemigo, combatidle como a un enemigo” (C. XXXV.6). Al ordenárselo les ha autorizado, también, a que utilicen los medios que Dios les concede para combatir a Satanás. Si dejases de comer y de beber lo suficiente, no podrías practicar la virtud, ni dedicarte a servir a Dios. La orden de combatir implica la autorización para utilizar aquellos recursos que Él mismo te ha prometido, pero con moderación y honestidad.

El hombre es como un árbol que ha plantado un jardinero esperando que crezca y dé fruto. Si el árbol tuviese inteligencia sabría, como nosotros sabemos, que quien lo ha plantado no le privará de agua. ¿Cómo va a hacer eso si está ansioso de que crezca y dé fruto? Lo mismo pasa contigo, ¡siervo de Dios!, eres un árbol que Él ha plantado y riega constantemente, manteniéndote por medio de sus alimentos. No te preocupes, Quien ha plantado el árbol de tu existencia, no puede luego privarte del riego que necesitas. Él es consciente de todo.

Dios es con el hombre como un rey que tiene varios servidores y construye un palacio, lo prepara y lo embellece con jardines y otras cosas agradables. Ese palacio lo ha construido en un lugar distinto al que se encuentran sus servidores, con el deseo de trasladarles allí. ¿Crees que, después de haberles reservado y preparado todo eso para su traslado, puede privarles, allí donde se encuentran, de sus dones generosos y de la gracia de sus alimentos, cuando ha pensado hacerles un favor y una gracia tan inmensa? Del mismo modo, Dios ha colocado a Sus servidores en este mundo y les ha preparado el Paraíso y la Otra Vida, ¿va

a privarles de lo que necesitan para vivir? Dios, exaltado sea, dice: “Comed y bebed de lo que Dios os proporciona” (C. II.60), “Comed de lo que vuestro Señor os proporciona y agradecédselo” (C. XXXIV.15) “¡Enviados de Dios! comed de los alimentos agradables y obrad virtuosamente” (C. XXIII.51) y “¡Oh creyentes! comed de los buenos alimentos que os proporcionamos” (C. II. 172). Si Dios te ha reservado lo que es imperecedero, ¿cómo va a negarte lo que es efímero? Aquello de lo que Él te priva es porque no te corresponde y, lo que no te corresponde, no puede ser tuyo. Cuando te priva de algo es porque eso es lo que te conviene y se adapta a tu cometido. Igual que se corta el fluido de agua al árbol para que el exceso de riego no le perjudique.

Quien se preocupa por los asuntos de este mundo, dejando de prepararse para la Otra Vida, es como un hombre que, atacado por un león que está a punto de echarse sobre él, se preocupa por evitar las picaduras de una mosca que le molesta y deja de prestar atención al ataque del león. Una persona así es un necio y un idiota. Si estuviese en su sano juicio, la preocupación por el león que le acecha no le dejaría pensar en la mosca. Igualmente, el hombre que, ocupado por los asuntos de este mundo, se olvida de prepararse para la Otra Vida, demuestra su grado de necedad. Si fuese inteligente y perspicaz se prepararía para la Otra Vida de la forma más conveniente, sin distraerse con las necesidades de esta vida que, comparada con la Otra, es como la picadura de la mosca en relación con el ataque del león.

El hombre debe ser con Dios como el niño con su padre. Vive despreocupado y sin temor, porque sabe que su padre se encarga siempre de lo que necesite. Esta confianza hace agradable su vida y le libra de toda preocupación que él deja en manos de su padre. De igual modo, al servidor que cree en Dios no le abrumen las preocupaciones ni su corazón esta pendiente de las necesidades materiales, porque sabe que Dios no le privará de sus bienes.

El hombre debe ser con Dios como un siervo que tiene un señor inmensamente rico, lleno de benevolencia con sus criados, generoso y bondadoso, y que no priva a nadie de sus favores. Es natural que el siervo confíe en él y se sienta seguro de su proceder. Sabe que su señor es rico y se siente libre de preocupaciones.

Esta fue la causa que indujo a volverse hacia Dios a Shaqîq al-Baljî[i], Dios tenga misericordia de él. Así nos lo cuenta: “Pasaba por cierto lugar durante un período de hambre y me encontré a un muchacho que se divertía tranquilamente, ajeno a lo que le ocurría a la gente. Le increpé: ‘Muchacho, ¿no sabes lo que le está pasando a la gente?’ Él me respondió: ‘A mí qué me importa, mi señor tiene un caserío que nos abastece de todo lo que necesitamos’. Entonces me dije a mí mismo: si éste tiene un señor con un caserío con todo lo que necesita, mi Señor tiene los depósitos de los Cielos y de la Tierra, debería tener más confianza en Él que este muchacho en su señor. Esta fue la causa de mi despertar”.

El hombre que tiene que ganarse su propio sustento es como un siervo a quien su señor le dice: “Trabaja y come de lo que saques con tu trabajo”; y quien vive libre de esa ocupación es como un siervo a quien su señor le dijera: “Dedícate a servirme, que yo te proporcionaré lo que necesites”.

El hombre que se remite a Dios, en lo relativo a los recursos materiales, es como quien se coloca debajo de un canal cuando llueve. Da gracias a Dios y no se queda allí cuando deja de llover, pensando que la lluvia depende del canal. Sabe bien que, si no llueve, no encontrará nada. Los recursos materiales son también como canales de los dones de Dios. Quien se ocupa de esos recursos, pero su aspiración está puesta en Dios y no en ellos, no le perjudican ni le acarrean un estado de separación. Quien se limita a esos recursos materiales, y olvida a Quien se los dispensa generosamente, es como los rebaños, que no prestan atención si ven pasar a su dueño, que es quien se ocupa de que les alimenten, pero si ven pasar al encargado de las cuerdas, se ponen nerviosos e impacientes porque están acostumbrados a que éste les alimente.

Lo mismo ocurre con el hombre que, cuando le llegan los bienes de manos de las criaturas, no piensa más que en ellas. Su condición es peor que la de los animales. “Son como las bestias, peores aún: Son los que se olvidan de Dios” (C. VII.179).

Quien está pendiente de los recursos materiales y quien se remite a Dios son comparables a dos hombres que entran al baño. Uno de ellos es inteligente, el otro completamente tonto. Cuando el agua deja de correr, el primero se da cuenta de que el encargado ha cambiado el curso del agua y habla con él para que se la vuelva a enviar. El tonto, sin embargo, va hacia el grifo y comienza a decirle: “¡Grifo! ¡échanos agua! ¿Qué te pasa que nos cortas el agua?” Dirán: “¡Serás necio!, ¿es que los grifos oyen o hacen algo? Sólo son conductos por donde pasa lo que se vierta en ellos”.

El hombre que atesora es como un siervo a quien el rey ordena cuidar de su jardín. Ese servidor puede comer, de los frutos del jardín, lo que necesite para reponer fuerzas, sembrar y cultivarlo en condiciones, pero no debe atesorarlos, porque los frutos de ese jardín son inagotables y su señor es rico y poderoso. Si atesora sin su permiso, comete una falta contra él y le traiciona. Quien no atesora es como el siervo que está en el jardín o en el palacio de su señor y sabe que éste no le olvidará ni le abandonará sino que le dará generosamente cuanto necesite. La riqueza de su señor le permite despreocuparse de sus necesidades o de tener que recurrir a cualquier otro. Este siervo merece el amor y la atención de su señor.

El que guarda los bienes que Dios le confía es como el siervo del rey que no considera nada como suyo, ni se propone atesorar lo que tiene en sus manos ni gastarlo. Decide lo que su señor decida. Si entiende que la voluntad de su señor es retenerlos, los retiene para su señor, no para él mismo. Cuando se da cuenta de que su señor quiere gastarlos, los gasta como él desea y, en ningún caso, es criticable.

Así son los hombres del Conocimiento Divino: cuando gastan, gastan por Dios; cuando guardan, guardan por Él. Sólo buscan Su satisfacción y todo lo que hacen es por Él. Son tesoreros fieles, siervos de gran valor y nobles libertos. Dios les ha liberado del yugo de las cosas creadas; ni las buscan con deseo, ni las rechazan con desprecio. Se lo impide el amor de Dios, que se asienta en sus corazones, y Su Grandeza y Su Gloria que les llena por completo.

No es posible retener los bienes, por Dios, sin saber desprenderse de ellos por Él. Las cosas son entre sus manos lo que eran en los almacenes de Dios antes de que les llegasen, porque saben que Dios es Dueño de ellos y Dueño de lo que ellos poseen. No puede entregarse a Dios quien no supo privarse por Él. ¡Tenlo en cuenta!

[i] Sufí del S. IX originario del Jorasán (Irán).